



Jaime Eyzaguirre

VENTURA DE PEDRO E

VALDIVIA

Ediciones Ercilla

Jaime Eyzaguirre es uno de los más estudiosos escritores chilenos actuales. Profesor de historia, investigador prolijo e inteligente, posee una juventud espiritual que le impide caer en la celada de los papeles viejos, donde dormita la documentación y el tiempo tiene fisonomía de muerto. Su tránsito por ellos no demora más de lo preciso, y de nuevo asoma a la vida. Todo no ha sido más que una exploración en que la mirada y la inteligencia han ido atentas, para captar el secreto de lo desaparecido, que en seguida revive, se acompaña de movimiento y de color, se hace presente.

En esta "Ventura de Pedro de Valdivia", Jaime Eyzaguirre resucita los perdidos días de la aventura del conquistador. Le tenemos ahora ante nosotros, históricamente exacto, hombre de siempre, desde la fosa que le devuelve a que repita sus hazañas. Mucha curiosa leyenda desaparece de su alrededor, mientras camina por estas páginas, y es —todo el camino de la lectura— el que fuera entre sus compañeros y ante el cotidiano peligro de morir lejos de su tierra.

Esta obra fué honrosamente señalada entre las que se presentaron al Concurso del IV Centenario de Santiago, en el género del ensayo. Con ella, su autor fundamenta sólidamente el prestigio de escritor sobrio, elegante, bien informado de que goza entre nosotros.

ERCILLA.

COLECCION
CONTEMPORANEOS

VENTURA DE PEDRO DE VALDIVIA

JAIME EYZAGUIRRE

VENTURA DE
PEDRO DE
VALDIVIA



EDICIONES ERCILLA

SANTIAGO DE CHILE

1942

Es Propiedad
Registro N.º 8506

COPYRIGHT by
EDIT. ERCILLA, S. A., 1942

FABRICACION CHILENA

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

— Santiago de Chile

PROLOGO

Le cabe a Chile revelarse a la historia del mundo con una dignidad especialísima. Esa irrupción del espíritu y de la vida de occidente al través de sus cordilleras hirsutas, de sus desiertos de sobriedad implacable, de sus valles floridos y de sus bosques de húmeda aroma, tiene todos los acentos de una epopeya grandiosa. Lo que de más admirable pudo tejer la imaginación y la lógica marcar con su sello de duda, vistió aquí de realidad la sangre española. Ni un paso en titubeo, ni un minuto de aguarde para afrontar el peligro, ni un golpe de desaliento en las mil adversidades y fracasos. En todo, una voluntad de vencer y vencerse.

Y no hay cómo llegar al corazón y al cerebro de esta empresa sin abocarse a la figura de Pedro de Valdivia. Mientras Magallanes apenas entorna las costas australes y Almagro recorre en un viaje fugaz y desgraciado parte del territorio, sólo él concibe y realiza con mirada de estrategia la conquista de Chile y con mente de estadista sabe trazar las primeras y más difíciles líneas de la organización. Valdivia es el artífice de esta obra maestra de la audacia, el más arriesgado protagonista de la epopeya, el más fiel historiador de sus hechos de gloria y desventura, el captador más tierno y afectuoso de la belleza que exhalan la tierra, el árbol y el agua de Chile.

No es un místico del océano como Colón, ni un valiente esquilador analfabeto como Pizarro, ni un re-

trasado producto de la romántica caballescica medioeval como Diego de Almagro. Sin lograr desprenderse por completo de algunos matices de la Edad anterior, es, sobre todas las cosas, un hijo del Renacimiento: diplomático, político, esteta del gobierno y de la guerra. Se le ha comparado con ese audaz capitán y buen manejador de letras que acabó con el imperio azteca. Pero, aunque se esgrima con frecuencia el parangón para ventaja de Cortés, se olvida que la gloria de éste tuvo el favor de un rico y esplendoroso escenario y el reconocimiento efectivo, si bien parco, del Emperador, mientras que la tarea de Valdivia fué áspera y nunca facilitada por los elementos y los hombres, pues la pobreza y la traición se le cruzaron sin descanso. La pacífica muerte de Cortés, aureolado con un título de nobleza y con los halagos de una enorme fortuna, y el fin de Valdivia, con el arma entre las manos y en pos de una gloria y un poder nunca llenamente florecidos, son el término dispar de estas dos existencias.

Valdivia es el que ha escrito el nombre de Chile en la lista de las naciones. Antes de su viaje la vida en este territorio carecía de toda cohesión y las tribus indígenas, diseminadas a lo largo del inmenso espacio, no guardaban más vínculos que los ocasionales nacidos de la guerra. A Valdivia se debe la estructuración coherente de la esbelta cinta que cuelga entre la cordillera andina y el mar océano, y de su pluma brotan, como des-puntes del patriotismo, las primeras manifestaciones de amor hacia la tierra moldeada con su sudor y su sangre. Recordarle no es, pues, un capítulo de seco eruditismo sino un golpe del corazón agradecido, porque sin Valdivia no habría patria chilena.

A cubrir por nuestra parte esta deuda de reconocimiento van las páginas que siguen, hilvanadas al enterarse los cuatro siglos del acto fundacional de Santiago, primera manifestación de arraigo de la fe y de la cultu-

ra de occidente en los suelos de Chile. Hemos querido en tan propicia circunstancia exhumar de los archivos y bibliotecas olvidados, el rostro firme y heroico de Valdivia, para devolverlo a la recordación afectiva de los nacionales. Rehuyendo fantasías, nos esforzamos en presentar un cuadro perfectamente histórico de la vida del caudillo, convencidos de que no es preciso valerse de artificios de imaginación, para animar una existencia que tiene ya de por sí todo el movimiento de una novela. Nuestro relato descansa en la compulsiva rigurosa de documentos y cronistas de la época, sin que un solo diálogo o discurso incluidos, dejen de estar tomados a la letra de fuente fidedigna. Los trabajos de nuestros días, particularmente la admirable Historia de Chile bajo Pedro de Valdivia, de Don Crescente Errázuriz, nos han servido de guía en la búsqueda y crítica de las fuentes directas, a las que en todo caso se ha dado la primacía que corresponde. Hemos cuidado de eliminar toda disquisición erudita y de exhibir el texto libre de problemas que sólo interesan a los especialistas e investigadores. Así, se ha prescindido de la controversia sobre el lugar exacto de nacimiento de Valdivia, entre varios pueblos del partido de La Serena de Extremadura, consignándose simplemente, por indiscutida, la existencia en Castuera de la antigua casa solar del linaje y el establecimiento del futuro conquistador del Nuevo Extremo en esta villa luego de celebrar su matrimonio. Nuestro propósito quedaría cumplido si en esta forma hubiéramos logrado llevar a todos los chilenos, como primicia de un despertar de la conciencia histórica, y en forma grata, aunque no menos auténtica, la imagen de Valdivia, el glorioso fundador de la nacionalidad.

SANGRE Y PIEDRA

I

Cada piedra es como un instante que se roba a la fuga del tiempo. Cada arcada, una oscilación anudadora de lo ya ido y lo que adviene. Cada labra heráldica, una leyenda de caballería. Cada portal, el regazo que abraza la unidad de la historia.

La plaza de San Juan en la pequeña Castuera, la de Extremadura, tiene un cinto de casonas, austero y señorial. Y en ese iniciado siglo décimosexto, en que la Edad Media de los cruzados, de los Palmerines y Arturos, expira sonriente de verse prolongada en la gesta americana, parece que los cascos y cimbras que coronan los blasones, pugnarán por desasirse de su pétrea condición para revivir una vez más la hazaña legendaria. ¿No se ha ensanchado el mundo para que España lo cubra con su gloria? Vientos de imperio se cuelan por torreones y palacios, por cortijos y tierras de labranza. La Providencia se ha hecho española. Una cruz y una espada, un corazón y una voluntad de salvación y poderío, lo mueven todo, lo llenan todo. Y hay que prolongar la vida. Y hay que matar el tiempo, ese limitador de la empresa del hombre. Hay que atrapar un trozo de eternidad y afirmarse en un presente sin orillas.

Sí, ya lo está proclamando ese mote heráldico que tiene absorto y meditativo en la plaza de San Juan a un joven capitán: "La muerte menos temida da más

SECCION CONTROL

2

Y

CATALOGACION

vida". Lo ha oído y repetido desde niño, pero parece que ahora le sabe a particular ordenación, a llamado e imperativo ancestral. Acaso lo manda y repite aquel antecesor legendario que en el valle de Ibia, del reino de León, al decir de la antigua conseja, quedó como sobreviviente de siete hermanos exterminados en la lucha con una serpiente de invencible fiereza, a la que logró aniquilar introduciendo en sus fauces una enorme viga. Bien recordaba el hecho fabuloso el escudo armero de la casona, al ostentar la figura de dos sierpes enlazadas, cuyas bocas, enfrentándose, mordían rabiosamente los extremos de un grueso tronco.

Señores de horca y cuchillo habían de pasar a ser los descendientes del caballero de la leyenda en ese Valle de Ibia, cuyo nombre contraído de Valdivia tomaría por apellido en los tiempos históricos de don Alfonso el octavo, su ayo y consejero Don Alonso Ruiz, comendador de Calatrava. Para ilustración del linaje, tres de sus nietos, que añaden por línea de hembra la sangre de Guzmán, regia estirpe de santos y de héroes fundada por Ordoño I de León, acuden a las guerras de Andalucía, y Pero Ruiz de Valdivia, uno de ellos, Maestre de la religión calatraveña, obtiene de Su Santidad, en memorable entrevista, el uso de la roja cruz flordelisada, como insignia de su instituto.

Ha llegado la hora del cerco granadino y allí está el primogénito del Maestre Pero Ruiz, Luis Ruiz de Valdivia, Comendador de Viboras en la Orden de Santiago, con sus dos hijos, Pedro y Diego, Caballeros de Calatrava, que en feroz arremetida contra los moros, serán los primeros en escalar las torres del alcázar de la Alhambra y quiebrar el dulce y misterioso encanto de sus surtidores. Para ellos estaría reservado por la Majestad Católica del Rey don Fernando el guardar como presea la espada del último soberano musulmán de la Península.

Así desgrana nuestro solitario capitán, allá en la plaza de San Juan de Castuera, el rosario de sangre y piedra de las generaciones, en confidencia con los sillares adustos que alzara la mano de su bisabuelo Hernando de Valdivia, segundón del Maestre Pero Ruiz.

II

No hay como eludir la inquietud de una época que rasga en mil partes el místico ropaje medieval y se empina con el hombre hasta disolver el poder divino en el olvido. Y más si ante la nerviosa imaginación de un mancebo se abren cauces que no limitan, que saturan y ahogan de locas expectativas y de nunca vistas ambiciones. Ya es bastante ser del linaje de Valdivia para apretar con certero instinto el pomo de la espada. Y llevar por nombre de pila el que ilustraron Pedro, el maestre de Calatrava, y Pedro, el conquistador de la Alhambra, es echarse desde la cuna en los brazos de la guerra.

La tenaza de imperio del César Carlos V oprimía la tierra de Francia y ésta pujaba por liberarse del humillante cerco. Se encogía el campo de Europa ante el inminente porvenir de lucha y no había vida española en cierne que quisiera eludir la perduración de su nombre en empresa tan robusta y decisiva. Y cuando en 1521, el pretexto de la ruptura adviene y Roberto de la Marca, el ensoberbecido vasallo imperial, falta a sus juramentos y se introduce con ayuda de gente francesa a luchar por Luxemburgo en contra de su señor, Pedro de Valdivia, que apenas salía de los veinte años, deja tras sus ojos las anchas encinas que entornan la quietud labradora de Extremadura, para saturarse de emoción

en la llanura de Flandes. En Valenciennes, donde Carlos V congrega la suma de sus fuerzas, avista la faz augusta del más poderoso monarca del orbe. Hay en su mirada firme a la vez que acogedora y en ese mentón prolongado que denuncia afanes de dominio, todo un símbolo y un acicate. Es la gloria de España que aún no conoce ocasos y que afirma anhelos de nuevas prolongaciones.

La guerra se nutre de latitudes diversas y ya no es sólo Flandes y Navarra el frente de choque de hispano-tudescos y de franceses. Los tiempos de Fernando el Católico y Carlos VIII habían hecho de Italia el motivo principal de la discordia y la tierra lombarda sufriría una vez más el golpe de la antigua rivalidad. Las tropas del rey Francisco de Francia, al mando del Mariscal de Lautrec, debieron replegarse a Milán perseguidas por el ejército imperial de Próspero Colonna. No faltó quien proporcionara a éste las informaciones necesarias para practicar con éxito un ataque, que realiza destacando para ello la infantería española dirigida por el marqués de Pescara. La sola presencia en la puerta de Milán de este cuerpo tan temido, produce el desconcierto y la huida de la guardia que abandona la ciudad a merced de los atacantes. Y mientras en desordenada fuga se retiran por el extremo las tropas del Mariscal de Lautrec sin ofrecer resistencia, sumado a los infantes victoriosos de la compañía del capitán vallisoletano Herrera penetra en la plaza Pedro de Valdivia. Ser testigo y, más que eso, actor en un drama que se proyecta en todo el mundo; sentir cómo recaen sobre sus hombros las responsabilidades del imperio español que tiene abrazada la tierra, es tarea que lo embriaga de satisfacción y le alimenta el orgullo. Ya ha logrado situarse en el corazón de la vida europea, en el punto que determinará el camino decisivo de una historia que reclama pronto desenlace.

Los años de 1522 y 1523 mantienen invariables los avances españoles, fracasando el Almirante Bonniwet en

su intento de recuperar para Francia la ciudad milanesa. Y en marzo de 1524, cuando la muerte de Próspero Colonna entrega el mando del ejército imperial al Condestable de Borbón y al Marqués de Pescara, Bonnivet, carente de medios para oponerse al enemigo, se decide a volver a su patria, no sin sufrir antes una acometida que reduce y maltrata sus tropas.

Los éxitos obtenidos estimulan la ambición del Emperador de abatir pronto a Francisco en su propio reino. Anhela disponer, como los ingleses con Calais, de una puerta que le asegure la entrada a Francia, y así ordena que marche con tal objeto en contra de Marsella la infantería del Marqués de Pescara. El ataque resulta ineficaz ante la porfiada resistencia de la ciudad, y Valdivia con los demás soldados imperiales deben abandonar el sitio y retornan en septiembre a Italia.

Esta ligera ventaja da alas al francés para intentar una nueva expedición a la península. Los preparativos son tan veloces y la llegada a Italia del poderoso ejército de Francisco, tan inesperada, que Carlos no alcanza a organizar debidamente sus fuerzas. Pescara se repliega a Milán con sus infantes, pero pronto han de salir de allí, pues una epidemia que ya cuesta cincuenta mil víctimas, hace ilusorio todo intento de defensa prolongada. Penetran allí los franceses al mando de La Tremouille y Pescara con los suyos se retira hacia Lodi sobre el Adda, dejando una guarnición en la ciudadela para distraer al enemigo.

En noviembre de 1524 la causa del Emperador se halla en extremo comprometida. Mientras La Tremouille pone sitio al castillo de Milán, el rey Francisco, con el grueso de su ejército, asedia Pavia, donde se ha refugiado Antonio de Leiva con seis mil hombres. El Condestable de Borbón ha debido marchar con premura a Alemania en busca de refuerzos; del paradero de Pescara y su infantería nadie tiene noticias. Su misterioso des-

aparecimiento motiva las más variadas conjeturas y una ansiedad que no se oculta en Italia, al punto de fijarse un pasquín en las calles de Roma con este apremiante aviso: "Cualquiera que supiere del ejército imperial que se perdió en las montañas de Génova, véngalo diciendo y darle han buen hallazgo; donde no, sepan que se lo pedirán por hurto, y se sacarán cédulas de excomuniación sobre ello".

Replegado secretamente en Lodi aguarda entretanto el marqués de Pescara el momento oportuno para entrar en escena con sus dos mil infantes españoles. Sin apremio y con la madura reflexión del recio estratega, ve venir el instante en que ha de tocarle actuar con eficacia en esa contienda en que los intereses del imperio se encuentran amenazados. Se extingue el mes de noviembre y la nieve ahoga el panorama en uniformidad blanca, cuando cierto día, al caer de la tarde, Valdivia y los demás soldados de su compañía escuchan la orden de Pescara que les transmite el capitán Herrera de congregarse en la fortaleza. Ya de noche, el jefe se presenta al castillo a revistar la tropa. La decisión y nobleza de su semblante, arrebatada las miradas y todos aguardan la palabra que les señalará un porvenir audaz. Las disposiciones de Pescara son breves y sorprendentes: sobre la ropa exterior ha de poner cada cual su camisa blanca, y una vez cubiertos de esta manera han de descender silenciosa y cautamente por una puertecilla estrecha al campo de nieve. Valdivia y sus compañeros cumplen al instante la orden recibida y mientras abandonan la fortaleza escuchan del admirado caudillo frases que les confirman en la resolución de seguirle en un plan que desconocen: "Salid despacio, hijos, que para todos habrá en el despojo; porque os hago saber que tenemos en Italia tres reyes que despojar: el de Francia, el de Navarra y el de Escocia".

La caminata se hace en extremo penosa y el obstáculo del lodo y de la nieve agota los músculos. Llegan a las márgenes de un río y hay en la tropa un ademán de vacilación. Pescara dispone la colocación de una línea de caballos que detengan la fuerza de la corriente y sin titubear se introduce el primero en el agua helada que sobrecoge las carnes. Nadie se resiste a seguirle. En un momento todos han vadeado el río y continúan silenciosos la sonambulesca peregrinación. No es posible que el ánimo se encoja ante el misterioso poder de sugestión que es capaz de ejercer el marqués con su sola presencia. Sobre la noche agobiadora hay luminosidades de esperanza que empuian a un porvenir de gloria, anónimo pero ineludible. Y a una alma juvenil del temple de la de Valdivia le es bastante este alimento para vencer la flaqueza y envolver la debilidad.

Se esboza el amanecer cuando los expedicionarios avistan la mole de la fortaleza de Melzo, próxima a Milán. Cinco leguas han robado a las tinieblas hasta lograr sorprender el objetivo de Pescara. Como sombras se deslizan junto a las murallas que afirman cada vez mejor sus contornos al llamado de la aurora. Valdivia y los demás soldados se estrechan en el silencio y por un largo instante nada turba la paz del panorama solitario de piedra y nieve. Al fin, una voz se deja sentir desde la altura del castillo, que repercute nítida en los oídos del extremeño: "No sé qué cosas blancas veo moverse hacia aquella parte". Y llega la respuesta: "Serán los árboles nevados que se menean con el viento". Después, una pausa prolongada, que remata en un nervioso llamado de clarín. Es la orden de montar contra los asaltantes ya sorprendidos. No hay tiempo que perder. "Razón es, amigos —grita Pescara a los suyos— pues estos caballeros quieren cabalgar, que nosotros como infantes vayamos a calzarles las espuelas". Y de un salto penetra en el foso con el agua al pecho, seguido de inmediato por

toda su gente. Comienza el porfiado escalamiento de las murallas apoyándose en las picas, y al aliento de esas palabras mágicas de "¡España y Santiago!", van desbordándose los soldados por el interior de la fortaleza, que muy pronto cae con abundancia de botín y prisioneros en sus manos. Sobre los muros de la Roma pontificia un nuevo aviso viene pronto a sustituir el llamado anterior: "Los que por perdidos tenían el campo del emperador, sepan que es parecido en camisa y muy helado y con doscientos hombres de armas presos y otros tantos infantes: ¿qué harán cuando ya vestidos y armados salgan al campo?"

El inesperado golpe de la infantería española impresionó al rey Francisco que, aficionado a los lances caballerescos, envió emisarios al marqués de Pescara desafiándole a presentar batalla con igualdad de fuerza en el plazo de veinte días y ofreciéndole una recompensa de veinte mil escudos. Aceptó Pescara el reto y envió a decir al monarca que en diez días más juntaría dieciocho mil hombres para pelear en campo igual y que, en cuanto a los escudos, los guardara, pues pronto Francisco tendría necesidad de ellos.

No podía ocultarse al caudillo imperial la encrucijada en que se había colocado. Desde luego tenía que renunciar a la idea de unir sus fuerzas con las de Antonio de Leiva, refugiado en Pavía, pues las tropas francesas que sitiaban la plaza imposibilitaban por entero a éste el acceso al campo. Y, por otra parte, los hombres traídos de Alemania por el Condestable de Borbón se negaban a combatir mientras no se les cancelaran sus salarios, y era vano esperar de España o Nápoles auxilios de dinero, encontrándose todos los caminos cerrados por el enemigo. Sólo un horizonte clareaba en esos momentos: la hidalguía española. Pescara bien sabía gustar de ella como el mejor auxiliar en los instantes vacíos de esperanzas. No en balde, aunque el accidente del nacer le hacía

italiano, provenía por linaje del Condestable Ruy López de Avalo, el Bueno, a quien la incomprensión de Juan II arrastrara lejos de la soledad gris de Castilla. Se mostraba la sangre en el afecto y la confianza por esa gente española, que en todo transcurrir angustiado, era como signo inequívoco de desprendida fidelidad. Invocar su comprensión en la hora difícil para la causa del imperio, no era quedarse sin respuesta. Y así, cuando reúne a los capitanes de la infantería, basta señalarles el sacrificio para que estos lo recojan con entusiasmo presuroso: no sólo se muestran dispuestos a servir sin sueldo alguno, sino aún a ceder el dinero que poseen para pagar a la tropa alemana.

Con el día 24 de enero de 1525, y al son de tambores y trompetas, alzan los imperiales el campo para ir al encuentro del adversario. Llegan a las inmediaciones de Pavía y Pescara hace reposar la tropa en el día e inquieta en la noche al enemigo con continuos simulacros de ataque. La situación indecisa se prolonga, sin que nadie parezca dispuesto a iniciar francamente la lucha. Y entretanto los víveres van en rápido decrecimiento hasta avisarse el hambre con cruel insolencia. No cabe ya sino la audacia desesperada ante la superioridad de los franceses. Y Pescara y sus infantes españoles eran los hombres de esta audacia. "Hijos míos, les dice el Marqués, no tenemos más tierra amiga que la que pisamos con nuestros pies; todo lo demás es contra nosotros; todo el poder del Emperador no bastaría para darnos mañana un solo pan. ¿Sabéis dónde le hallaremos únicamente? En el campo de los franceses que veis allí. La otra noche en la entrada que hicimos pudisteis ver la abundancia de pan, de vino, y de carne que había, y de truchas y carpiones del lago de Pescara y de los otros pescados para mañana Viernes. Por lo tanto, hermanos míos, si mañana queremos tener que comer, vamos a buscarlo allí; y si esto no os parece bien, decídmelo para que yo sepa

vuestra voluntad". El grito unánime de adhesión al jefe no se hizo esperar. ¿A qué dilatar por más tiempo esa prueba para el honor español? Valdivia no sabe ya cómo detener el impulso que le sacude. Hay un vértigo irresistible en la incertidumbre y no hay vida para un joven hidalgo de la España imperial si se le priva de luchar por lo imposible.

Esa misma noche Pescara da la orden de prender fuego a los pabellones para dar al adversario la ilusión de huida e impulsarlo así a abandonar sus posiciones. Sobre un hermoso caballo tordillo —el Mantuano—, armado de una celada borgoñona y llevando un jubón de carmesí raso con una rica camisa de oro y perlas, semeja para Valdivia la concreción de una victoria inexplicable. El propósito de seguirle hasta el fin cobra de esta manera un nuevo estímulo.

La primera arremetida de los franceses causa serio estrago y este éxito inicial los mueve a abandonar sus atrincheramientos y lanzarse a campo libre. Era lo que esperaba Pescara para hacer una fuerte entrada por los flancos en descubierto. "Ea, mis leones de España —dice a los suyos— hoy es el día de matar esa hambre de honra que siempre tuvisteis, y para esto os ha traído Dios hoy tanta multitud de pécoras". Y al grito de "¡Santiago y España!" carga con ellos y realiza una horrible carnicería.

El ejército de Francisco I ve quebrar sus filas al golpe de esa nube de infantes que se precipita con vertiginosa celeridad introduciendo la descarga mortífera de sus arcabuces en todas direcciones. La confusión se hace cada vez mayor, mientras los sitiados de Antonio de Leiva distraen en torno de la ciudadela a algunos escuadrones franceses y les impiden acudir a la batalla en auxilio de los suyos.

Ya queda firme tan sólo el centro de la tropa congregada en torno del monarca. Pero la acometida veloz

de la infantería y la destreza con que Valdivia y sus compañeros saben deslizarse por entre los caballos, acaba al fin con esta última. El extremeño verá caer en tierra herido al propio rey Francisco y al soldado Juan de Urbieta colocarle el estoque al pecho, obligándole a rendirse.

III

Valenciennes y el mentón imperativo de Carlos... Melzo y los descamisados... Pavía y el rostro ancho y lujurioso de Francisco... Ya no son más que evocaciones. Desde el año que sigue a la prisión del rey francés y en que muere el Marqués de Pescara, Valdivia se ha reintegrado a la vida tersa y sin oscilaciones de Extremadura. De sus andanzas por tierra de Flandes e Italia queda a manera de testimonio el grado de Capitán y un continente digno que introduce líneas de gravedad en veinticinco años de vida apenas cumplidos.

¿Fué la aureola de sus aventuras la que le abrió en el villorrio de Zalamea de La Serena las puertas de la familia de Francisco Ortiz y doña Leonor González de Gaete? ¿O el rumor de la belleza de doña Marina, la hija de éstos, lo que le obligó a abatir desesperadamente su altivez de capitán español? Acaso ambas cosas. El hecho es que a poco andar el tiempo los vecinos de Castuera ven incorporarse una nueva pareja a ese ritmo labradoreesco que parece proteger de inquietudes la hojarasca recortada de los encinares. Entre el mesón de Diego Caballero y el solar de Pedro Calderón, ha establecido su hogar el Capitán Valdivia. ¿Y es mucho presumir que el despunte de caudillo ya columbrado agoniza desesperadamente en la opresión prosaica de campesinos y mesoneros? La vida ya en inicios, esa loca vida

de azares en casa de nombradía, ¿merecerá la sepultura del anonimato pueblerino? Castuera es la cuna de donde se han ido derramando los vástagos del linaje de Valdivia por todas las aldeas del partido de La Serena: Campanario, Zalamea, Villanueva. Castuera es punto de partida, no meta. Y Castuera tiene en la plaza de San Juan un llamado a la aventura, al desasosiego glorioso, una humanización de aquel decir evangélico de que quien pierde su alma la ganará. "La muerte menos temida da más vida", repiten los sillares ante el rostro del joven capitán en la vigilia de sus meditaciones. Es el legado ineludible de Hernando de Valdivia, el bisabuelo. ¿Y qué podrá contra un argumento de sangre y piedra el realismo agostador de mesoneros y labradores?

POR TIERRA DEL SOL

I

Tarde o temprano había de rodar también hasta Castuera la leyenda del Paraíso encontrado. Sí, nada menos que del Paraíso que el navegante de las visiones, Cristóbal Colón, supo descubrir en un deambular agónico por el océano hirviente del trópico. Porque, no otra cosa vino a ser para ese caminador de mares el hallar tras la isla de Trinidad y después de surcar las Bocas del Dragón, la apacible naturaleza del golfo de Paria en la costa de Venezuela. Una flora que se adelantaba a recibir el golpe de los ojos en sinfonía inagotable de aromas y colores. Y el ala de pájaros nunca vistos, que introducen gérmenes de oscilación en el firmamento terso. Y la risa del agua que patina su juventud por los pedruscos. Era el lugar de iniciación de la historia humana, el Paraíso recobrado después de un azaroso arrastrarse carente de ruta y de sentido por climas de fuego que angostan la voluntad.

Todo el encanto de lo desconocido, toda la atracción de un paisaje preñado de exuberancia. Y habitantes exóticos de secretos infranqueables que esconden tesoros de perlas, esmeraldas y oro. No necesita más la imaginación del Capitán Valdivia para huir del sopor de la aldea y echarse por la ruta abierta de la aventura. Al finalizar 1534, había partido ya Jerónimo del Ortal con ciento cincuenta hombres a hacerse cargo del Gobierno

de Paria. Y ahora, iniciado el siguiente año, Jerónimo de Alderete recluta en su nombre nuevos contingentes en el puerto de Sevilla. Pronto se suma a ellos Pedro de Valdivia, dejando en Castuera a doña Marina con el ensueño de un regreso cargado de fortuna.

Una navegación bajo el signo aplastante del clima tórrido. Una horrible inmovilidad de días en que las velas escuálidas buscan vanamente la fuerza de un viento que ha huído. Un cielo que se cubre inesperadamente de negro para derramar sin compasión chorros de agua caliente sobre los cascarones de madera prontos a ser engullidos por el mar. Y al fin la isla de Cubagua, iniciación del Paraíso.

Hasta allá acude a encontrar el refuerzo Jerónimo de Ortal. Ya ha partido, por el río Paria, hacia el interior, el lugarteniente Alonso de Herrera, y Ortal con Alderete y los suyos siguen la misma ruta, con la mira de llegar a reunirseles seis meses más tarde. No es un viaje capaz de marcar sinuosidades. Hay una uniformidad en la aventura que muy pronto aburre la mente curiosa de Valdivia. Después de todo lo que busca es un escenario de heroísmo y fama que no es capaz de darle la selva hermética. Por eso se muestra pronto a abandonar Venezuela cuando allí llega el eco del pedido que de un contingente de soldados, ha hecho don Francisco Pizarro a la Audiencia de Santo Domingo para afianzar la conquista del imperio de los Incas. Al finalizar el año 1536, se alista en Tierra Firme con Diego de Fuenmayor, pasando a Nombre de Dios y de allí a Panamá, donde la expedición permanece tres meses "aviando los navíos". Sigue a las costas del Perú, arribando a la bahía de Tumbes desde donde continúa por tierra a la ciudad de Los Reyes a ponerse a las órdenes del Marqués Gobernador.

II

Ya ha quedado atrás el tedio de Venezuela y un panorama de movimiento y esperanza comienza a desdoblarse ante sus ojos. Tierra cargada de historia de misterio, cogida en medio de su distraído éxtasis por la audaz voracidad de los Pizarros, poseía el Perú todo el encanto de una novelería caballeresca que se despereza en la existencia. Allí hay donde anchar ambiciones y entintar la espada que ya se cae de inacción.

El preludio es señalero de buenos rumbos. Don Francisco Pizarro, el bastardo analfabeto que la sorpresa del tiempo ha empujado a Marqués y Gobernador por la Majestad Cesárea, pasa la hora de una inquietud amarga. Sus hermanos Hernando y Gonzalo, hombres de corazón turbulento, que traman sin descanso la perdición del Adelantado Don Diego de Almagro, se hallan sitiados en la ciudad del Cuzco por un inmenso ejército de doscientos mil indios, y todos los refuerzos dirigidos en su favor han resultado infructuosos. Se hace necesario preparar sin tardanza una expedición en forma y colocar al frente de ella a individuos de señalada destreza militar. Valdivia arrastra tras de sí todo el prestigio de las guerras de Flandes y de Italia, en que la táctica estrategia del siglo halló adecuado campo de expresión. Su llegada al Perú en esos instantes debía saberle en forma grata al Marqués, urgido de concursos hábiles y de vivas y felices experiencias. Y fué así, cómo en el punto común de la recíproca necesidad se encontraron estas dos voluntades. Cuando en julio de 1537 Valdivia era elegido Maestre de Campo del ejército de Pizarro, el instinto le gritaba que el cominillo de su ambición había logrado ancha masa donde asirse.

Cuatrocientos cincuenta hombres equipados salen de la ciudad de los Reyes a la del Cuzco para liberar a los hermanos del Marqués. Pero en la fortaleza del Guarco ya los detiene una noticia que sobrecoge a Don Francisco. Gómez de León y otros mensajeros le enteran que el Adelantado Almagro, de regreso de su expedición a Chile se acercó al Cuzco, que dice caer en los límites de su gobernación, logró dispersar a los indios sitiadores, tomar la ciudad y apresar a Hernando y Gonzalo. No es para describir el despecho del Marqués ante nueva semejante que coloca otra vez frente a sí, y con inicios de guerra victoriosa, a su incómodo rival. Ya se creía libre de él desde que le vió alejarse hacia los parajes desconocidos de Chile que habrían podido dar cuenta de su vida, y ahora parece volver con más ímpetu que nunca a disputarle la tierra del Sol donde no ha de haber más señorío que el de su linaje advenedizo. Poseído de furor "e mirando hacia el cielo, decía que mucho se holgaba haber sido Almagro el primero que rompió la paz y fué contra lo jurado, ya que los hados suyos y de sus compañeros querían que en la senitud dellos entrambos contendiesen en guerras civiles, e fuesen ellos tenidos por los autores e principales movedores, de lo cual él ponía por testigo de no holgarse, ni que quería pasar adelante porque el Rey dello sería muy deservido."

¿Qué hacer en tales circunstancias? En una reunión de capitanes, Valdivia y los demás aconsejan discreción y prudencia. Más vale buscar un avenimiento y remitir mensajeros al Adelantado con cartas de conciliación "escritas con palabras blandas e amorosas", sin perjuicio de destacar emisarios a Lima para prevenir de lo ocurrido y enviar a Gómez de León en busca del refuerzo de Alonso de Alvarado a la provincia de los Coras.

No había pasado mucho, cuando Pizarro, hallándose con sus hombres en Cajamarca en espera de Alvarado

y los suyos, ve regresar a León con tales muestras de abatimiento que le trae nuevo sobresalto.

—“¿Qué causa ha sido para que así hayais dado la vuelta? ¡Decidme presto las nuevas que traéis!”, prorrumpe Don Francisco a grandes voces.

—“Paciencia es menester que en este tiempo se tenga”, le responde a manera de preludeo sugestivo Gómez de León. Y luego le informa que sabe por los indios de Cochacaxa de que Alvarado ha caído también en poder de Almagro.

No ya palabras, sino gritos frenéticos son los que salen de la garganta de Pizarro:

—“No merecían mis obras ni hermandad que con Almagro he tenido, para que tan cruelmente hubiese tratado mis cosas e mostrádose cruel e a la clara mi enemigo, y entrado al reino con banderas tendidas y tocando atambores, como si por ventura yo me hobiera declarado contra el servicio del Rey e negádole la obediencia de vasallo que le debo, y él, por su mandado e autoridad, viniera a reducir las provincias a su servicio; e no contento con haber entrado en la ciudad del Cuzco, como ya acá sabemos, e preso a mis hermanos, ir contra Alonso de Alvarado, que estaba aguardando mi mandado, e prenderle e desbaratarle, caso por cierto muy feo, e que me pesa que por él haya sido hecho. E fuera bien que si la ciudad del Cuzco dice caer en los límites de su gobernación, que se viniese a ver conmigo, pues yo tengo la tierra a mi cargo por mandado de S. M. e soy su Capitán General de las Provincias, y que mirara que fundé yo aquella ciudad e la gané del poder de los indios, e que vistonos entrambos, determináramos el negocio, e cayendo en su gobernación quedárase con ella con la bendición de Dios; mas no quiso él hacerlo así ni acordarse del juramento que fué hecho por entrambos en la ciudad del Cuzco. Pues que así lo ha querido, yo espero

en Dios de me satisfacer, e primero perderé la vida que dejar de ser restituído en lo que me tiene ocupado."

Pero a nada podía conducir tanto derroche de palabras e imprecaciones. Era necesario tomar sin tardanza alguna resolución, pues el cariz de los acontecimientos no permitía dilaciones. Así lo comprendió Pizarro, tornado ya a la calma y para ello llamó de nuevo a consejo a sus oficiales.

Valdivia era buen sabedor del arte de la guerra, pero no menos de los ardides diplomáticos. Y si en tierras de Italia había bebido lecciones de estrategia militar, no anduvo lejos por cierto de atrapar también la argucia de los políticos renacentistas. Conocedor de los hombres, no desdeñaba el esfuerzo que por caminos no cruentos había de conducir a una victoria segura. Por eso, lejos de recomendar a Pizarro la lucha armada, sostiene en el Consejo con empeño, y logra adicionar muchos votos a su parecer, que don Francisco vaya al Cuzco a entrevistarse con Almagro, "porque acordándose de la hermandad que tenían entre ellos, se adobarían las cosas e vendrían en todo paz y conformidad". La guerra, en las actuales circunstancias, podía acarrear peligrosas consecuencias, ya que por una parte daría ocasión a los indios a sublevarse contra los españoles aprovechando sus disensiones, y por otra pondría en peligro la vida de Hernando y Gonzalo, prisioneros del Adelantado. La libertad de estos últimos se lograría en cambio mediante una gestión directa de Don Francisco, que alcanzaría a solucionar de seguro todos los aspectos del diferendo. No era difícil suponer que Almagro, hombre generoso y confiado y de reconocidos impulsos de caballerosidad, sería fácilmente envuelto por la astucia refinada y la especiosa argumentación del Marqués y que éste, sin sacrificios de vidas y riesgos de proyecciones no soñadas, alcanzara un completo triunfo para su causa.

Pero el Bachiller García Arias se opone al plan de Valdivia y busca de persuadir a Pizarro que regrese a Lima a preparar la resistencia armada. Así lo logran al fin del Gobernador, no sin que éste, pesando las razones de su Maestre de Campo, encomiende al Licenciado de la Gama y otros caballeros gestionar ante el enemigo la libertad de sus hermanos.

III

Ya van asomando en Valdivia los lindes de los cuarenta años y se expande en él toda una plenitud de vida. Por la cabeza grande que orlan cabellos rubios, denunciadores de un lejano arraigo gótico, transcurre siempre la fiebre de una ambición aún no satisfecha. Por la mirada azul, fina y risueña, pasa mucho de observación aguda del hombre, de captación del ambiente propicio a los grandes anhelos. Ese ademán de señorío que no le abandona, dice, más que la estatura mediana, de su misión en potencia de dirigir a los hombres y asentar poderío sobre tierras extensas. Pero hay afán de diluir la atención de los demás en estas inquietudes y deseos personales, tras la apariencia de servidor incondicional de causas extrañas. En su tarea secundadora de las miras de Pizarro, nada podría ver un observador poco cuidadoso fuera de una voluntad entregada por entero a las órdenes del Marqués Gobernador. Y, sin embargo, no ha abdicado de su albedrío. Más es consejero que instrumento de Don Francisco, aunque cuando éste desecha sus recomendaciones y opta por caminos más brutales y pérfidos, bien se guarda de contradecirlo y de salvar su orgullo hiriendo el del levantado bastardo. Por el momento es más prudente inclinarse y callar. Sólo así podrá comprar

el afecto de ese hombre ordinario y caprichoso que le será peldaño indispensable en sus planes de engrandecimiento.

Proseguía Pizarro en Lima sus aprestos guerreros y el Maestre de Campo Valdivia, con fidelidad y disciplina secundaba las órdenes del jefe, cuando el Licenciado Gama y sus compañeros regresaron de la embajada en el Cuzco. No había sido posible obtener la libertad de los prisioneros. Almagro, oscilando siempre entre las opiniones de sus capitanes, se había resistido a suscribir de inmediato un acuerdo definitivo, proponiendo en cambio designar dos delegados por cada parte para que procedieran a la demarcación de las Gobernaciones.

No dejaba de embargar al Marqués la inquietud al constatar la persistencia de Almagro en sus pretensiones territoriales y el peligro que corría la vida de sus hermanos. Bien persuadido estaba de que era necesario vigilar con el arma al brazo y hallarse pronto a encarar cualquier evento. Pero se encontraba lejos por otra parte de desdeñar la diplomacia aconsejada por Valdivia y sobre la que éste insistió en una nueva reunión de capitanes. De ahí que se mostrase dispuesto a acoger la propuesta del Adelantado de constituir una comisión mixta encargada de delimitar los territorios.

La llegada de dos hombres que nadie espera, cambia de súbito la escena de sombras. Cueto y Villanueva, dos soldados pizarristas del Cuzco, traen al Marqués la nueva de que Almagro ha abandonado la ciudad del Inca en dirección a Lima, llevando consigo al prisionero Hernando y que entretanto Gonzalo, burlando con habilidad la reclusión de que en el Cuzco era objeto, ha huído con Alonso de Alvarado por los ásperos senderos de la sierra, encontrándose ya en las inmediaciones de la Ciudad de los Reyes. Abrazos y jaculatorias debían replicar por parte de Don Francisco a tan feliz novedad.

Pronto ordenó a todos los capitanes que salieran al encuentro de su hermano, y a Gomiél, su maestresala, que aderezase una cena pantagruélica y bien rociada de que los inesperados peregrinos y sus festejadores supieron dar buena cuenta en Pachacama, "en los verdes prados e riberas frescas de aquel río". Robustecido el cuerpo y alegrado el espíritu entraron al siguiente día a la ciudad de Lima donde el Marqués Pizarro, con Pedro de Valdivia, a la cabeza de más de quinientos hombres de armas les daba una recepción cariñosa.

Esta súbita y feliz recuperación de Gonzalo debía tornar aliento y ánimo al Marqués, hasta entonces tan sobrecojido, y estimular sus deseos de tomar venganza del Adelantado. Por el momento la circunspección era necesaria, pues había de obtenerse la libertad de Hernando; pero alcanzada ésta, las expresiones y apariencias conciliadoras debían ceder lugar al ataque fiero y sin cuartel.

Iniciado su plan, destacó al mercedario Fray Francisco de Bobadilla y al Factor Illán Xuárez de Caravajal como Embajadores ante Almagro, que había sentado su real en Quincha. Pidieron ellos a Don Diego que se promoviera una reunión de pilotos capaces de determinar científicamente la extensión y límites de las gobernaciones y que por ambas partes se estuviera a lo que éstos resolvieren, ínterin el Emperador no dictaminare otra cosa. Entretanto, y como un paso efectivo a la reconciliación de los viejos amigos y socios, solicitaron la libertad de Hernando Pizarro.

No accedió Almagro a esta última petición, estimando con razón que liberar desde luego a Hernando, el promotor de la desavenencia, era alejar por entero toda expectativa de paz. Y en cuanto a confiar a muchos árbitros la solución del diferendo, estuvo porque se entregara a uno solo para evitar dilaciones y se manifestó

dispuesto a aceptar como tal al propio embajador de Pizarro, Fray Francisco de Bobadilla.

Fácil es suponer la acogida que un nombramiento semejante podía encontrar en Don Francisco y la complacencia con que Valdivia constataría este nuevo rapto de ingenua confianza de Don Diego, principio de su no lejana perdición.

Con mucho aparato se instaló el árbitro Bobadilla en el pueblo de Mala y dispuso de inmediato la comparecencia de ambos contendores. Estos llegaron con un séquito de doce caballeros al lugar de las vistas y no obstante las iniciales y aparentes manifestaciones de afecto, dieron en descubrir muy a las claras su resentimiento y odiosidad. Habían ellos jurado solemnemente, antes de la reunión, respetar la integridad personal de su rival e impedir de sus acompañantes, fijados en igual número, cualquier conato de hostilidad. Pero ¿podía ser esto obstáculo a Don Francisco para concertar con su hermano una traidora sorpresa al Adelantado? Poco después del Marqués, abandonaba Lima Gonzalo con un grupo de hombres armados, y oculto entre los cañaverales circundantes, ponía atento oído al santo y seña anunciador de la llegada de Don Diego al pueblo de Mala. Sea que Don Francisco, guardando un resto de nobleza, prefiriera no consumir el alevoso atentado, o que Almagro, sabedor de lo que se tramaba en su contra, redujo a mínimos instantes la junta y regresó con rapidez a Chíncha, el hecho es que el esperado sonido de trompeta no se escuchó y Don Diego libró con vida de la entrevista.

Días de jués la sentencia del mercedario Bobadilla segaba las ambiciones de Almagro, dejando en los territorios del Marqués la disputada ciudad del Cuzco.

Las voces de despecho de Don Diego y sus imprecaciones contra el mal fraile dan a su Teniente Rodrigo Orgóñez campo para incitarle una vez más a tomar

pronta venganza en la persona de Hernando. Pero tampoco ahora quiere abrirse a tan negros consejos. Será gobernador de las tierras disputadas como fruto de una paz sostenida. Le horroriza comprar con sangre española una pulgada de suelo incaico.

Y he aquí que las cosas se desplazan por imprevisto sendero. Llega de la corte una cédula que ordena a los contendores estarse donde los encuentre la provisión mientras el monarca no resuelva otra cosa, y despachar a Hernando a España para hacer entrega al Rey de su parte en el tesoro de Atahualpa, "con la más brevedad que se pueda, porque las necesidades de acá lo requieren".

Si algún desabrimiento podía causar en el Marqués la idea de resignarse por ahora, y pese al fallo de Bobadilla, a aceptar la sujeción de la ciudad del Cuzco por Almagro, todo se le iluminaba ante la perspectiva de libertad de su hermano. Almagro, vasallo sumiso y venerador de las órdenes reales, no podía retener a Hernando sin proclamarse en abierta rebelión contra el monarca que obligaba a éste a viajar a España. Muy bien saben tocar esta cuerda de disciplina y obediencia a los mandatos de la corte los emisarios que van de Lima a Chíncha y con facilidad obtienen la entrega del prisionero jurándose por éste que no perturbaría la paz y que reconocería a Don Diego la posesión del Cuzco hasta nueva orden del rey.

Cada paso de Almagro es una estela de ingenuidad y nobleza. Cada paso será también para él un oprimir la distancia hacia el abismo. Y lo que cree avance decisivo de concordia sabe sólo a consternadora noticia al corro de sus parciales. Como impelido de súbito golpe se alza Rodrigo Orgóñez, y tomando con una mano su barba y con la otra haciendo ademán de decapitarse, se pone

a decir a grandes voces: "¡Ay de ti, Orgóñez, que por la amistad de Almagro te han de cortar ésta por la garganta!" Y la voz de un soldado llega a Don Diego: "Hasta agora, Almagro, no eran menester armas e yo no tenía pica, e agora haré una con dos fierros porque bien menester nos hará."

Por la niebla del campamento adormecido se arrastrará lúgubre el paso de una copla:

"Almagro pide paz,
los Pizarro, guerra, guerra;
ellos todos morirán,
y otro mandará la tierra."

IV

¿Se han hecho, por ventura, las órdenes del rey para ser obedecidas a la letra en la distancia de ultramar? Dar a ellas externa expresión de acatamiento, claro está, pues vienen del señor natural. Pero, otra cosa es cumplirlas en su médula. Un buen servidor del monarca no es el que aplica el rígido marco de la ley, sino el que sabe torcer su sentido al calor de imprevistas realidades. El rey no pudo prever a tan enorme lejanía la aparición de nuevas circunstancias que, conocidas por él, le habrían, sin duda, movido a dictaminar en muy otra forma. Con lo que ha de llegarse a concluir que más obediente y fiel vasallo es el que en tales casos actúa contraviniendo las órdenes del monarca que cumpliéndolas, y que leal servidor del rey es aquel que comienza por deservirlo.

Su Majestad reclama el envío inmediato con Hernando Pizarro de su cuota en el rescate de Atahualpa. Pero ¿no será más conforme con el real servicio dilatar

este viaje y confiar a Hernando la pacificación de los naturales, afianzando así el dominio de la corona en tierras del sol? Una orden del Marqués así lo dispone y hasta el ojo menos avizor descubre el golpe que tras la burda comedia legalista se trama para perdición de Almagro.

No se hace esperar en el campamento de Don Diego, en el valle de Zangalla, el cartel de desafío. Pizarro requiere perentoriamente a su rival que abandone la tierra que ha ocupado dentro de su Gobernación. Almagro responde que dará estricto cumplimiento a la Real Provisión, no pasando del lugar donde ella le encontró y reteniendo los territorios ya ocupados por sus huestes hasta nueva disposición del monarca. Pero comprende que sus adversarios no están dispuestos a dilatar el logro de sus ambiciones y que ya las armas se agitan con altivez en sus manos. La ciudad del Cuzco será sin duda el blanco principal de sus ataques y se precisa sin tardanza organizar su defensa. Para ello abandona Zangalla, dejando allí un pequeño resguardo y caminando por la cresta andina viene a establecerse con el grueso de sus hombres en Guaytara.

Guaytara es un nido de águila en el nervio agreste de la sierra. Lugar a que se arrastran penosas dos intrincadas sendas que entornan hondos despeñaderos, es atalaya dominadora del camino del Cuzco y llave de acceso a la ciudad del Inca. Dos destacamentos al mando de los Capitanes Chaves y Salinas coloca el Adelantado en el curso de ambas vías, con orden de escrutar el horizonte y advertir del posible avance enemigo. De seguro, aquella protuberancia andina recogerá el primer golpe de las espadas.

Corta el viento las palabras y el hielo serrano introduce su lanza hasta los intersticios del alma, El silen-

cio ha entornado el ámbito con su grueso capote y apremia a doblarse en la confianza. En lo alto, oscila el pulso de las estrellas...

Pero el tiempo de ausencia ya parece sufrir un tajo en la distancia. Pisadas y más pisadas de cabalgaduras que apremian el espacio, van habitando el silencio. Y después, nada.

Cuatro leguas ha devorado el Marqués hasta detener las agotadas bestias en la falda de la sierra. Se abren allí los dos senderos trepadores que anudan como sierpes la dureza del monte. Hernando abandona su caballo en la llanura y se anima a ascender con un grupo de soldados. Coge la otra vía el Maestre de Campo Pedro de Valdivia, "bien entendido en la malicia de la guerra". Hostigado por hielo de muerte se arrastra con sus hombres por los pedruscos, intuyendo aquí y allá en la lobretez los bruscos cortes que empujan al abismo. El tiempo, en burla de los osados, parece distender con malicia la duración de la empresa. Van cediendo a la fatiga y ya quedan algunos tumbados sin aliento. Pero el jefe se aferra de su voluntad sostenida y continúa reptando. Por fin alcanza la cima, donde los vigías de Don Diego reclinan en manso descuido. "¡Pizarro! ¡Pizarro!", gritan con súbito estrépito los no esperados visitantes, blandiendo sus armas. Tal sorpresa y espanto se produce en los de Almagro que sólo atinan a salvarse en la fuga. Se hace el desbande general y la oscuridad produce el choque de amigos con amigos, que se enredan confusos en la huída. "¡Pizarro! ¡Pizarro!", reiteran con más ímpetu los asaltantes mientras se lanzan a perseguir en la espesa tiniebla a los enloquecidos hombres del Adelantado.

Ha acudido al alboroto Rodrigo Orgóñez con cien jinetes y topa a poco andar con Francisco de Chaves que con cortado respiro le participa del asalto pizarrista y del perdimiento de las posiciones. Arrancándose los pelos de

la barba, prorrumpe Orgóñez en toda suerte de denuestos contra el infeliz capitán, doliéndose amargamente de haber "perdido aquel paso por fiallo de hombre temeroso e sin constancia". ¿Qué ocurrirá ahora que queda libre al enemigo el camino del Cuzco?

En la llanura aguarda impaciente el Marqués a Hernando y a Valdivia. Por su mente inquieta y nerviosa se suceden en vértigo atropellador los obstáculos e imprevistos con que han debido chocar en la empresa. La traición de los barrancos que vela la oscuridad ¿no habrá dado cuenta de su hermano o del capitán extremeño? O los hombres almagristas, enfilados en la penumbra ¿no habrán caído sobre ellos para ultimarlos en su cansancio? Hay una larga espera, un prolongado vacío que buscan de rellenar locas suposiciones dispares.

Y al fin la realidad. Unos gritos. Un correr de bullos. Y ya, junto a sí, el parloteo de los triunfadores. Toda una esperanza cubierta.

Con alegría ancha y desbordada interroga Don Francisco a Valdivia sobre los azares de la expedición. ¿Cómo ha podido robar su propósito a la sierra y a la noche, sin que un solo hombre perdiera la vida? El Maestro de Campo, breve y tranquilo, relata los pormenores y a los abrazos agradecidos del jefe, responde con parquedad y firmeza que, "tocando a su servicio, no recibía por trabajo caminar días e noche".

Seguir las huellas del Adelantado por la ruta de Guaytara es tarea que pronto ha de abandonarse. Sin tiendas, bastimentos ni recursos, no cabe transitar por el país de la nieve. Quiebra el frío los huesos y paraliza el obrar, y en el curso de la jornada ya caerá sobre ellos el hambre para reducirlos a la impotencia y acaso a la muerte.

Vuelven todos al valle del Inca y allí prepara Hernando su expedición guerrera al Cuzco. Son setecientos hombres los escogidos y los encabeza el Maestre de Campo Pedro de Valdivia. Llegan al valle de La Nasca, donde es posible avituallar la tropa con el despojo de los indios, y tomar el camino de la sierra que sale a los Lucanes para seguir a la provincia de Parinacocha. El reposo de algunos días da fuerza para atravesar amplios campos de nieve que desembocan en la región de los aimaraes. Allí Valdivia dirige la corta de madera para la fabricación de picas, en la que trabajan sin descanso los indígenas. Todos los preparativos bélicos están dispuestos y previstos por el Maestre de Campo, que ya tiene impaciencia por enfrentar al enemigo. La jornada se reanuda ahora por la provincia de Chumbivilcas con tan inusitada rapidez que no deja cobrar aliento. A manera de hitos de esta peregrinación siniestra, van quedando en el camino los cuerpos exánimes de los indios que han sucumbido al peso de la carga.

V

Arrastrando la miseria de su cuerpo enfermo se ha desplomado en una silla a las puertas de una casona del Cuzco Don Diego de Almagro. Trae la sangre herida de muerte y el mal avanza al estímulo de amarguras e inquietudes sin tregua. Después de la sorpresa de Guaytara hay amenazas serias para su causa. Y el temor de un fatal desenlace parece acentuarse ahora que vigías apostados en los vericuetos de los montes han traído la noticia del paso del río Apurímac por el puente de Cacha de una gruesa columna militar que se dirige rápida hacia el Cuzco.

La llegada del fiel Orgóñez interrumpe el tejido de fatídicos presentimientos que acosan su mente cansada. Hinchado de optimismo, después de practicar la revista de su tropa, viene éste a depositar en la mano de su jefe las voluntades de cuatrocientos hombres de temple. Pero su fogoso entusiasmo no es capaz de borrar el rictus de tristeza que parte el rostro de Don Diego. Y de esa naturaleza carcomida sólo escucha palabras casi suplicantes:

—“¿No habría algún medio de paz, si se requiriera a Hernando Pizarro que no llevase a rompimiento este negocio, pues S. M. de ello tanto sería deservido, y sin esto habría muerte de muchos?”

A Orgóñez ya fastidia este afán conciliador que le bota la espada de la mano y le quiere, inconsciente, entregar con amarras al adversario. Ya hay una cadena larga de felonías y perjuros de los Pizarro para seguir con credulidad de niño aguardando armonía de su parte. Lo que ahora pide el momento es resolución y entereza para ganar la batalla inevitable y más vale encomendar la causa a la voluntad de Dios que gastarse en inútiles parlamentos y gestiones. El andar del tiempo no admite retroceso posible y pues Don Diego ha “querido dar la vida a Hernando Pizarro, digno era de cualquier mal que le sucediese”.

No declinaba aún el día cuando se tuvo noticia de hallarse la tropa enemiga a dos leguas de la ciudad. Orgóñez salió entonces muy de alba con sus hombres a cerrarle el paso al Cuzco, estableciéndose en la próxima llanura de las Salinas. También Almagro ha querido seguir a los suyos, pero su abatimiento físico le impide montar a caballo y ha de dejarse conducir en unas andas por indios de servicio que le llevan a una loma donde podrá escrutar seguro el panorama. Y al separarse de sus capitanes, con palabras entrecortadas y desfallecidas les recuerda sus esfuerzos por impedir la lucha y les pide

actuar con decisión ya que la fatalidad les ha arrastrado a la pelea.

Los pizarristas han avanzado con rapidez y sin obstáculos y a la hora del crepúsculo apenas un pequeño río separa ya a ambas fuerzas. La noche cae sobre los campos preñados de sospechas y aquí y allá pronta está el arma a repeler el ataque. Nada ocurre, sin embargo, y las crestas andinas revelan los primeros despuntes de la alborada en medio de una paz que ya agoniza.

El Maestre de Campo Valdivia distribuye la gente de caballería en dos escuadrones que encabezan Hernando Pizarro y Alonso de Alvarado, mientras se abre camino por el riachuelo que limita ambas fuerzas el Capitán Pedro de Castro con los arcabuceros. Ya ha logrado remontar la otra orilla e iniciar desde una pequeña loma el fuego contra los almagristas mientras los jinetes al grito de "Viva el Rey" se abalanzan sobre éstos en una carga cerrada. "¡Santiago a ellos!", responde por su parte Orgóñez y trata con los suyos de repeler el ataque. Mientras chocan hierro contra hierro y se entremezclan ambos grupos en desesperado desorden, llegan con la infantería Valdivia y Gonzalo Pizarro. Blandiendo al frente de los suyos el estandarte real para infundirles aliento en medio del fuego de los artilleros, ordena Valdivia tirar las "pelotas de alambre" contra las picas de los almagristas que oponen resistencia a los escuadrones de caballería.

Ha visto operar el arma nueva en las guerras de Europa y puede hablar de su eficacia. Traída desde Flandes a estas tierras por el Capitán Pedro de Vergara, impresiona la pluma del Inca Garcilaso de la Vega, fina incursión del alma española en el misterio indígena. "Las pelotas de alambre —nos describe con grave minuciosidad— se hacen en el mismo molde que las comunes, toman una cuarta o una tercia de hilo de hierro y a cada cabo del hilo hacen un garabatlillo, como un anzuelo pe-

queño y ponen en él un cabo de hilo, en él un medio molde y el otro en el otro medio; y para dividir los medios moldes, ponen en medio un pedazo de una hoja de cobre o de hierro delgado como papel y luego echan el plomo derretido, el cual se incorpora con los garabattillos del hilo de hierro y sale la pelota en dos medios divididos, asidos al hilo de hierro. Para echarlos en el arcabuz los juntan como si fueran una pelota entera y al salir del arcabuz se apartan y con el hilo de hierro que llevan en medio, cortan cuanto por delante topan".

Cada "rociada" de pelotas de la infantería de Valdivia es un talar de picas almagristas y un boquerón abierto a los estragos de los jinetes de Hernando. Las filas del Adelantado van cediendo a la presión de muerte y el desconcierto se va apoderando de sus miembros. El retroceso ya tiene gestos de huida. Rodrigo Orgóñez no quiere, entretanto, ceder pulgada y lanza y baraja golpes guiando con destreza su caballo en medio de la confusión. "¡Victoria, victoria por Pizarro!", grita uno de los parciales del Marqués. "¡No la verás tú, villano!", le replica Orgóñez. Y rápido introduce su espada por la boca enemiga abatiendo al soldado. Sigue la implacable refriega y ya el cerco se estrecha en torno de Orgóñez. Una bala desploma su caballo y queda al fin solo a pie rodeado de seis pizarristas. "¿No hay algún caballero entre vosotros a quien yo me dé?", pregunta convencido ya de la inutilidad de toda resistencia. "Sí, daos a mí", le responde Fuentes, criado de Hernando. Y desarmándole, le cortó la cabeza de un tajo.

Al cuadro de sangre van ya entrando las sombras, engrosadas con nubes de tempestad y con el día expira en el alma de Don Diego el último resquicio de esperanza. Desde esa empinadura de tierra que domina el valle, su cuerpo debilitado ha tenido que soportar dos horas de cruel tensión y ver a los suyos batidos en lamentable derrota. ¿A qué seguir escrutando visiones fatídicas? Pen-

samente alzado por los indios de servicio sobre el lomo de una mula, se dispone a regresar al Cuzco donde le irán a asir sus adversarios victoriosos. Y mientras la cabalgadura enfila por los senderos en caminar acompañado, comienza el agua del cielo a limpiar el campo del Inca de sangre española.

EN LA HUELLA DE LA ANTIPODA

I

Sobre el cerro de plata de Porco, en la región de las Charcas, germina la fortuna de Valdivia. Aplastado ya don Diego, su instinto de aventura y ambición le han llevado a acompañar a Hernando en intrincada expedición a la altiplanicie, sufriendo la adustez de la sierra y superando la repulsa de tribus bárbaras y guerreras. Las vetas y filones de prodigiosa riqueza se desnudan ante los ojos ávidos, siempre insatisfechos. No ha bastado saquear el tesoro de los incas. Queda siempre la hambruna nunca apagada de metal noble. Y comienza el reparto. A Valdivia toca una mina y el hermoso valle de la Canela que ha de producirle más de doscientos mil castellanos de renta. Ya es todo un señor de plata y tierra. Rica y aderezada mesa, prestigio y dignidad y abundante vasallaje, que atrae murmuraciones. ¿Por qué este Valdivia, de postrera actuación en la empresa del Perú, ha venido a estrechar el lugar de los que fundieron la primera estrofa de la epopeya? Cada golpe en la veta de Porco es un acicate de la envidia. Se hace necesario que el señor Marqués en persona realice en esta comarca más justiciera repartición. Van y van al Cuzco los reclamos y pedidos y al abrirse el año de 1539 se decide al fin Don Francisco a visitar el territorio de la nueva conquista. Recorre las márgenes del Titicaca, donde empuñó Tiahuanaco la mole de sus templos y palacios para

mirarse en la quietud del agua, y hace alto en el lugar de Chuquiabo, que el tiempo haría grande y floreciente ciudad de La Paz. Allí le están ya esperando los mil insatisfechos, para abrumarle de peticiones. Pero ¿qué hace también entre ellos Valdivia, el acaudalado minero de Porco y estanciero de la Canela? ¿Se atreverá a requerir aún más mercedes? A su rostro no aflora lo que bulle en su interior, y ninguno de esos hoscos aventureros es capaz de comprender que en algún caso pueden las sedes del espíritu echar por la borda a la riqueza.

Pizarro ya ha escuchado quejas y ha dictaminado con astucia y discreción, procurando complacer ambiciones y acallar murmullos. Bien sabe cómo ha de poner en juego todo el recurso de su diplomacia para tranquilizar la vehemencia de esos rudos hombrotos, cuya adhesión es para él tan decisiva. Ha tocado su turno a Valdivia y el Gobernador se adelanta a recibirle con no disimulado afecto. De seguro vendrá a pedirle alguna merced de tierras o alguna rica encomienda y aunque el complacerle sería grato por ser su Maestre de Campo hombre de tanta pro, lealtad y destreza, no sabe cómo podría esta vez reprimir las protestas airadas de los envidiosos. Valdivia comienza a hablar y cada una de sus palabras llega a los oídos del Marqués con la más extraña de las sonrisas, afirmando acentos desconocidos y jamás imaginados. Dice que el valle de la Canela, que entorna la sierra agreste, le está oprimiendo, que esa vida de mollicie le seca el alma. Hay un anhelo de explayar inquietudes, de vencer obstáculos, que resiste el soborno de plata del cerro de Porco. Hay un llamado de raza, una exigencia ancestral aún no cumplida, ni realizada. Lejos, Chile, la región del desamparo, espera al hombre que la arrastrará al cauce de la historia. ¿Que ya fracasó el Adelantado en la empresa? No será esto para preocuparle. El señor Santiago, que bendice el arma de España, mantendrá como hasta ahora el lustre de su espada

y nuevas tierras sumará al imperio del César Carlos, como nuevas almas a la religión de Cristo.

Con estupefacción oye Pizarro el firme discurso de Valdivia. "E viendo mi voluntad —dirá éste más tarde— el Marqués me dijo que se espantaba cómo quería dejar lo que tenía, que era tan bien de comer como él, e aquella mina, por emprender cosa de tanto trabajo." Pero ¿quién será capaz de disuadir al forjador de resoluciones tan irrevocables y ahogar el eco de una gloria ambicionada? Pizarro intuye que se encuentra ante un trazo de vida definitiva y no intenta obstruir su desborde. Toda resistencia se dobla poco a poco, hasta escuchar al fin Valdivia de sus labios "que se holgaba dalle contento en todo lo que él quisiere".

Se abría la inicial de un nuevo libro de caballería. En la lejana Castuera un puñado de sonrisas corona las albas tumbas de los Valdivia.

II

Sobre la puerta de la casa de Valdivia en el Cuzco, ondea la bandera de enganche. Ha extendido ya el Marqués Pizarro la provisión que le autoriza como su Teniente Gobernador para realizar la conquista de las tierras de Chile, y comienzan los preparativos de la expedición que una voz de pregonero anuncia por las calles. Pero ¿quién pensará en ayudarle en tan estéril viajes? "No había hombre —escribe más tarde al Emperador— que quisiese venir a esta tierra y los que más huían de ella eran los que trujo el Adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó, quedó tan mal infamada, que como de la pestilencia huían della". Todavía danzaba a lo vivo sobre las mentes el cuadro de

hambre, pobreza e infortunio recogido en esa comarca sureña. Pesares sin cuento, y la muerte acechando en cada encrucijada. No era tarea de hombre sesudo el reiterar tal acometida y menos desdeñar en su cambio la riqueza y poder ya cimentados. Valdivia se fatiga escuchando las mil razones de la lógica y no cede su voluntad de artista de la gloria. "Muchas personas que me querían bien y eran tenidos por cuerdos —consignará después— no me tuvieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa semejante". Pero su haber de nueve mil pesos de oro, ya invertido, nada significa. Cada caballo cuesta dos mil pesos, cada espada, cincuenta, cada capa, más de cien, y una botija de vino de tres azumbres no se obtiene por menos de sesenta. Entonces ha de recurrir a mercaderes y prestamistas. Cuán pocos se atreven, sin embargo, a arriesgar su dinero. Apenas se elevan los recursos a quince mil pesos en caballos y armas. Pero ¿hay sensato que pretenda lanzarse a la conquista de un país, cuajado de peligros y de estériles recompensas, con medios tan pueriles?

Y acaso ya se ha encontrado el hombre que deberá completar decisivamente los preparativos expedicionarios. Se llama Fernán Núñez y está pronto a aportar veinte hombres armados a caballo. Buen auxilio, sin duda, siempre que el precio a la ayuda sea llevadero. Pero a medida que los socios se van acercando en el conocimiento, ven la poca compatibilidad de sus deseos. Porque en esta aventura no caben dos cabezas ambiciosas y mandonas y una tendrá que inclinarse en el servicio y obediencia de la otra. Los celos y enconos se acentúan y parece que ya no les guía otro propósito que el consumir la recíproca eliminación. Un día, a cincuenta jornadas del Cuzco, caen sobre Núñez cuatro indios disfrazados que le dan con los puñales hasta dejarlo por muerto. No habrá ya tiempo de pensar en sociedades cuando apenas se retiene la vida en el cuerpo. Y mien-

tras Núñez restaña heridas y alimenta venganzas imposibles, Valdivia ha logrado encontrar un cooperador más avenible para sus planes de conquista y podrá colocarse pronto lejos de las manos de su rival.

El rico comerciante, Francisco Martínez, que llega de España cargado de armas, caballos y esclavos, está dispuesto a celebrar una "hermanable compañía". Aporta nueve mil pesos de oro en especies para avituallar a los expedicionarios a cambio de percibir la mitad de los beneficios que se obtengan de la empresa. Sin duda la exigencia del socio es grande, pero tan sólo así habrá manera de vestir de realidad un afán de gloria que amenaza ya esfumarse. El apoyo de Martínez, hombre de amplia visual mercantil, va tornando además poco a poco en simpatía el desdén que ahogaba el proyecto expedicionario. Y lo que en su favor no pudo el celo soñador de un capitán, lo obtiene de improviso el cerebro calculador y frío de un comerciante. Ya van apareciendo interesados en enrolarse en las huestes. Y los emisarios enviados a las regiones de los Chunchos y los Chiriguano en el Chaco, para alcanzar los restos de un contingente fracasado y cautivarlos con una nueva posibilidad de oro y honores, encuentran acogida segura.

Corren los primeros días de diciembre de 1539 y la expedición ha de ponerse a la marcha. Pero, he aquí que un obstáculo no imaginado arremete de pronto contra los planes del incansable extremeño, a punto de acabar con ellos.

Nadie aguarda entonces en esos reinos del Perú a Pero Sancho de Hoz, el antiguo escribano y secretario de Pizarro en los albores de la conquista, que después de alcanzar tan buena suma en la distribución del rescate de Atahualpa, regresara con boato y magnificencia a la metrópoli a celebrar matrimonio en la imperial Toledo "con una señora de mucha suerte, doña Guiomar de Aragón". Mas, no era el tal Pero Sancho hombre de dor-

mirse en los laureles y bien pronto la nunca saciada ambición metióle en la cabeza el deseo de perpétuar fama de su nombre, conquistando nuevas tierras a la corona. Sabe introducirse en la Corte del Emperador y requiere de éste licencia para, a su "costa y minción", "armar en la Mar del Sur dos navíos y hacer de velas latinas y de remos más navíos, si más fuesen menester, de la cantidad y manera que convengan", con el fin de navegar hasta el Estrecho de Magallanes "y la tierra que está de la otra parte dél y, de ida o de venida", descubrir "toda aquella costa del sur y puerto de ella". Encuentra en el monarca acogida y se le concede la licencia para excursionar por esos mares; pero "de ida o de vuelta —se le advierte— descubriréis toda aquella costa de la parte del dicho Estrecho, sin que entréis en los límites y pasaje de las islas de tierra que están dadas en Gobernación a otras personas, a conquistar, ni gobernar, ni recalar, si no fuere por mantenimiento para sustentación de la gente que lleváredes..."; otorgándosele asimismo desde luego, y con la promesa de futuras mercedes, la Gobernación de cuanto descubriere allende los límites de otras concesiones.

Llega Pero Sancho cuando nadie le espera, a la ciudad del Cuzco y se presenta ante el señor Marqués reclamando para sí, en virtud de las reales provisiones, el derecho a comandar la expedición que ya Valdivia tiene pronta a salir para Chile. Bien sabe Pizarro que una real cédula anterior le autoriza para enviar a conquistar y poblar la Gobernación de Nueva Toledo, y que los documentos exhibidos por el importuno visitante sólo prometen a éste el gobierno de las tierras que descubriere "de la otra parte del Estrecho o de alguna isla que no sea en paraje ajeno"; pero conoce el orgullo de Pero Sancho y la ufanía con que éste habla de sus vínculos en la Corte le llena de inquietud. Se halla fresco el luctuoso fin del Adelantado y este hecho, que le clava la

conciencia, ha empañado su prestigio ante el monarca. Los enemigos no descansan en su contra y acaso sumen a sus quejas la acusación de desobediencia al César si prescinde de las credenciales que ahora le exhibe Pero Sancho. La amistad y buenos servicios le llevan por otra parte a amparar a Valdivia, yendo por lo demás, muy unido a este sentimiento, el de conservar bajo su tuición los territorios que éste intentaba conquistar.

Medita Pizarro la fórmula que ha de armonizar tan antagónicos intereses y después de sondear al de Hoz y a Valdivia, invita a ambos a una junta de cordialidad en su casa. Allí, alrededor de una mesa bien aderezada, entre viandas servidas en rica vajilla, va aflorando la confianza y naciendo el necesario acuerdo. Al retirarse los dos comensales de la casa del Marqués están transformados en socios de una empresa común. Valdivia partirá de inmediato al sur con sus expedicionarios y Pero Sancho se le reunirá cuatro meses más tarde con dos buques equipados de abundante provisión, cincuenta caballos y doscientas corazas.

Ha surgido una nueva sociedad para iniciar la conquista de extensos territorios. ¿Iría a tener más fortuna que la celebrada años atrás en la iglesia de Panamá bajo el signo eucarístico entre Pizarro y Almagro para abordar la empresa del Perú y que acabó con uno de los pactantes en el cadalso?

III

De la diestra episcopal de Fray Vicente Valverde ha brotado un signo de cruz para cubrir con su santo e invisible conjuro las cabezas que se inclinan. La luz opaca y olorosa de la catedral cuzqueña recoge la gravedad de

los rostros bravíos, y en pos del espaldarazo divino no habrá quien detenga a estos caballeros de andar imposible y absurdo, burladores ensañados de la prudencia.

Valdivia está adelante y pronuncia palabras de promesa. El primer templo que se alzare en la tierra de Chile será para honrar la Asunción de María y la primera ciudad erigida llevará el nombre del Apóstol Santiago. Y mientras barrocas columnas de incienso anudan bóveda y suelo, parece una vez más afirmada en el escueto grupo esa voluntad de espada y cruz que es el trasunto de toda empresa española.

Son apenas siete peninsulares, a los que siguen unos mil indios de servicio, los que inician desde el Cuzco en enero de 1540 la caminata a Chile. Cierto es que a poco de abandonar la histórica urbe incaica se agregan tres o cuatro soldados más y que conforme a las noticias de emisarios se abriga la esperanza de que vendrán a sumarse en el camino algunas columnas de los desengañados expedicionarios de los Chunchos y Chiriguanos. Pero ¿qué son, aún así, frente a los quinientos hombres con que años atrás se dirigiera al mismo rumbo Don Diego, el Adelantado? ¿Qué podrá esperar este puñado insignificante si a la brillante tropa almagrista la arrastró el fracaso, el desaliento y la desgracia?

Alvar Gómez, hombre de empuje, sobrino del infortunado Almagro, ha sido escogido como Maestre de Campo del pelotón de visionarios que abandona el Cuzco, al decir de Valdivia, "no con tanto aparato como había menester". Van también allí Francisco Martínez, el socio capitalista, resuelto a contabilizar las ganancias de la aventura, y el escribano Luis de Cartajena, imagen de ese legalismo racial que no puede excluir ninguna acción española. Hasta los culpables amorios caben en tan pequeño cortejo. Inés Suárez ha atado su destino al

del jefe de tan singular expedición. Treinta años tenía cuando abandonó la Península, donde era casada en Málaga, y recaló en Tierra Firme con una "sobrinita". ¿Fué allí donde la conoció Valdivia cuando se aprestaba a pasar al Perú? ¿O pocos meses después, ya en el dominio del Inca? Poco importa. El caso es que la ruta de ambos se confunde y que el lugar de Doña Marina ha venido a ocuparlo esa paradójica mujer de femenina lascivia y voluntad y entereza de varón.

Sigue la columna su marcha con añoranzas de gloria y fama y de áureo provecho y nó ajena por cierto a los pecaminosos llamados de la carne, que difícilmente faltan donde se ha hendido brazo de mujer. Pronto viene a golpearla el desfile nunca breve de los contratiempos. Muere de improviso el Maestre de Campo Alvar Gómez, ornato de la expedición y ha de sucederle en tan delicado cargo, el fiel Pero Gómez de Don Benito. En el valle de Talama cae de improviso un grupo de indígenas sobre los exploradores y el socio Martínez es herido de gravedad, debiendo ser transportado a Arequipa por Bautista Ventura, su hermano, y Juan de Almonacid. No han abandonado aún los términos del Perú y el número de soldados, de suyo escueto, ya comienza a decrecer. De los auxilios pactados por Pero Sancho de Hoz y de los refuerzos que se aguardan de los Chunchos, nada se sabe. En todas partes un horizonte de miseria, vacío de esperanza. Ni oro ni gloria.

Van transcurridos dos meses de viaje y al llegar al valle de Tarapacá el desaliento ya los agobia. ¿A qué continuar bajo tal signo, si parecen ir sumiéndose en una oscura e irreversible emboscada? Hace alto la caravana y Valdivia destaca a su Maestre de Campo, Pero Gómez de Don Benito, en busca de refuerzos y víveres. En el campamento se suceden horas de ansiedad y todo indica que la loca aventura ya va en su término. Pero, antes

que el comisionado Pero Gómez estuviera de regreso "sin gente alguna, porque no halló ninguno que quisiera venir de su voluntad", comienzan a descender de la altiplanicie los restos esperados de la fracasada expedición a los Chunchos y Chiriguanos. Y poco a poco se va juntando en torno de Valdivia una tropa numerosa. Ya llegan a algo más de cien hombres y entre ellos figuras de relieve militar como la de Francisco de Villagra, noble hijodalgo de Astorga, cuya actuación resuelta como Teniente General en la lamentable jornada de los Chunchos es de todos admirada; la de Pedro de Villagra, su sobrino y compañero, que como él está persuadido de que más vale venir a la desacreditada comarca de Chile que continuar "por tierras donde andaba el demonio suelto"; la de Jerónimo de Alderete, viejo amigo de Valdivia en la estancia en Venezuela; y la del Bachiller Rodrigo González Marmolejo, llamado a dulcificar con el auxilio religioso la rudeza de la aventura.

Valdivia encuentra en el crecer de su hueste un nuevo acicate para remontar su confianza amenazada de derrota. Prosigue la marcha y las privaciones y durezas se renuevan, pero ya pueden sobrellevarse con mayor optimismo. Y cuando un día caldea como nunca el sol del desierto atacameño y la sed ofende las bocas, el ingenio de la única mujer que los acompaña viene a procurar bebida a los sufridos expedicionarios. Llama a un indio y le ordena "cavar la tierra en el asiento donde ella estaba y habiendo ahondado cosa de una vara, salió al punto el agua tan en abundancia que todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por tal misericordia". Tiempo transcurrirá y seguirán testificando en hiperbólica gratitud "ser el agua de la mejor que han bebido la del jagüei de Doña Inés, que así se le quedó por nombre".



Francisco de Villagra

IV

Se ha apoderado la noche del campamento español. Aquí y allá se diseminan las tiendas cerca de un arroyuelo. Aquí y allá irrumpen los destellos rojos de las fogatas por entre la lobreguez dominante. Cubre a la partida de aventureros el reposo del silencio. Es la hora de las tinieblas, de las espesas tinieblas que solazan al Príncipe de este mundo, que mueven al impulso negador y arrastran al vértigo del abismo. Se hace el aire denso de sospechas y las encrucijadas repliegan secretos de traición.

Un corro de sombras, tenue, al principio, más firme y acentuado en seguida, se acerca al campamento. Ya traspone sus lindes y penetra resuelto a un toldo de más envergadura que acaso sirva de albergue al jefe de la expedición. Pero no es allí. Vuelven las sombras a emerger de la tienda y esta vez las acompaña su habitante, el soldado Bartolomé Díaz, que se apresta a servirles de guía al punto deseado. Los golpes indiscretos de las lumbreras van delatando algunos rostros: Juan y Diego de Guzmán, Antonio de Ulloa, Diego López de Avalos y... Pero, ¿quién es éste que huye de la luz? No es posible advertirlo, porque con suma destreza se ha deslizado ya al gran toldo de Valdivia con sus acompañantes. Todo está allí "a oscuras, sin candela". Cauteloso se acerca al lugar donde se halla el lecho y va "tanteando en la cama y sin hablar él y los que con él iban". Pero de improviso se incorpora sobresaltada una forma humana y el silencio se rasga con un grito de mujer:

— "¿Quién sois? ¿qué buscáis?"

— "¿Dónde está el capitán?", pregunta a su turno la voz del desconocido, con visible despecho.

—“No está aquí. ¿Qué le quereis? ¿quién sois? ¡decidme quién sois!” exclama Inés a grandes voces.

—“Señora, soy Pero Sancho de Hoz”, responde después de un helado intermedio el visitante.

—“Cómo ¡un hombre como Vuestra Merced entra en casa ajena? ¡mal me parece!”

—“Como yo soy servidor del capitán, no se maraville Vuestra Merced”, dice Pero Sancho con no escondido propósito de velar su agitación.

Al ruido de los gritos llegan Luis de Toledo y otros soldados que tienen a su cargo el resguardo de la tienda. Ya el de Hoz y sus acompañantes han logrado sobreponerse y con asombrosa flema explican el deseo que hasta allí les condujo, a poco de arribar al campamento, de presentar sus saludos al jefe de la expedición. ¿No era, después de todo, Pero Sancho socio de Valdivia y, en consecuencia, hombre de toda su confianza?

Inés Suárez, que ha saltado ya del lecho, se esmera por su parte en disimular lo que le dice su corazón de mujer y lo que denuncian esas dagas que “entre las calzas y los borceguíes” traen los sospechosos huéspedes. Y mientras aguarda la llegada del Maestre de Campo Pero Gómez de Don Benito, a quien ha enviado aviso de lo que ocurre, da de cenar con toda calma a Pero Sancho, Avalos, Ulloa y los Guzmanes.

Muy ajeno estaba por cierto Valdivia de imaginar lo que ocurría en su campamento. Se había adelantado con unos diez hombres hacia el lugar de Atacama la grande, a reunirse con un nuevo destacamento, resto también de la expedición de los Chunchos, que allí le aguardaba hacía dos meses comandado por Francisco de Aguirre y Rodrigo de Quiroga. Hasta ese lugar llega de improviso, en veloz carrera, el soldado Juan Jiménez, con otro compañero, a requerir del jefe su pronto regreso. El Maestre de Campo, considerando lo ocurrido de suma gravedad, dada la calidad del culpable, estimó más conveniente de-

jar en las manos del propio Valdivia la adopción de las medidas adecuadas. Al fin, Pero Sancho era su socio y decía tener despachos reales que le conferían la gobernación de las tierras por descubrir. La materia era delicada y sólo la prudencia y sagacidad del jefe expedicionario serían capaces de zanjar las dificultades. Este comprendió que no debía dilatar por un minuto su regreso y lo inició desde luego, junto con Aguirre y Quiroga, caminando sin descanso durante toda la noche.

No perdían entretanto el tiempo Pero Sancho y sus secuaces. Mientras Pero Gómez de Don Benito ordena levantar el campo y cuando la columna se ha puesto en marcha, hay manera de filtrarse entre los soldados y soplar a sus oídos promesas sobornadoras. Juan de Guzmán sabe hacerlo con singular destreza y Antonio de Pastrana, ganado también a la causa, echa a correr la especie, que dice provenir de Antonio de Ulloa, de que Pero Sancho viene con facultad de conceder encomiendas. La noticia se esparce rápida y se transmite de boca en boca, debilitando en los codiciosos su fidelidad a Valdivia. La obra de disgregación moral sigue efectuándose con constancia y Pero Sancho de Hoz se mueve aquí y allá con arrogancias de jefe. ¿No trae él provisiones de gobierno emanadas del mismo Emperador, mientras Valdivia es apenas un Teniente de Pizarro? Sin duda que le corresponde el mando de la expedición y así, con justo título, puede adelantarse a reprender a Pero Gómez de Don Benito que ha dispuesto la preparación del campamento nocturno en un lugar poco adecuado:

—“Maestre de Campo, mal asentado está este campo, y no se ponga otra noche de esta manera”, le advierte con altivez de superior.

—“No me lo digais otra vez —le responde el aludido, con ojos en llamas— porque yo no os conozco a vos para obedeceros sino a Pedro de Valdivia; y si otra vez me lo decís os colgaré del primer árbol”.

Pero Sancho se repliega sobre sí para alimentarse una vez más de su creciente amargura y despecho. Desde que se separó en el Cuzco de Valdivia, a raíz de convenir con éste la sociedad, la estrella del infortunio no ha cesado de acompañarle. Se había dirigido a Lima con el propósito de equipar los barcos con que, conforme al contrato, debía reunirse cuatro meses más tarde con el hidalgo extremeño. Pero, hombre "variadizo, vano e presuntuoso", y que "sabía muy poco", va enredándose en compromisos y obligaciones hasta verse arrastrado por los acreedores a la cárcel. Si le dejan al fin en libertad provisoria es para que vaya a la empresa de Chile a reunir recursos con qué cancelar sus deudas. Así sus sueños de grandeza se ven barridos por una cruel e implacable realidad. Ir a Chile en tales condiciones, sin haber cumplido en nada de lo pactado, para resignarse a desempeñar un papel oscuro e insignificante en la expedición, era la máxima de las humillaciones. En su desmedida vanidad y ambición no pudo conformarse con tal extremo. Después de todo traía él reales provisiones que le otorgaban el gobierno de las regiones australes. Iría, pues, hasta el campamento de Valdivia a exigirle la entrega del mando. Y su justa petición contaría indudablemente con apoyo entre los soldados donde tenía fieles amigos. En Lima ya hay quienes estimulan su proyecto y están prontos a secundarle. Juan de Guzmán, Ulloa, Avalos y Gonzalo de los Ríos, entre otros, se muestran dispuestos a seguirlo en la aventura. Abandonan juntos la ciudad de los Reyes y siguen al sur hasta Arequipa. Allí los preparativos del viaje se hacen cada vez más sospechosos. Hay quien ve a Pero Sancho adquirir varios puñales y repartirlos entre sus amigos. A esa altura Gonzalo de los Ríos prefiere retraerse de semejante compañía y no mezclar su persona y la de un grupo de hombres a su mando en tan tenebrosa y poco segura peregrinación. Los demás siguen resueltos en pos

de su jefe. Y a medida que transcurre el tiempo, una nostalgia negra, la honda melancolía del pecado, va apoderándose del de Hoz. Su rostro contraído y nublado, y su mirar hosco extraña ya a sus propios compañeros, hasta que cierto día, en la encomienda "de un fulano Mendoza, hermano de María de Escobar, en Acari", Alonso de Chinchilla le interroga:

— "¿Por qué estais triste?"

— "Tengo *songonana*", ruge desde su herido interior Pero Sancho.

"Songonana", tristeza del corazón, porque la forma en que ha de dar muerte a su odiado y temido socio le atormenta en todo instante.

Ya sus planes siniestros no son secreto para nadie. Y cuando en las casas del Marqués Pizarro alguien subraya las miras evidentes con que a Chile se dirige Pero Sancho, y el peligro que corre Valdivia, Don Francisco, viejo conocedor de los hombres, no parece inquietarse por la suerte de este último. "Mira —le dice a su interlocutor— tan necio viene Pero Sancho de España como fué; no tengo yo por de tan poco sostén a Pedro de Valdivia que no sepa lo que le conviene mejor que Pero Sancho, que es un asno; e por intercesión de Pedro de Valdivia fuí yo contento que ficiese el Pero Sancho en compañía con él esta jornada, pero sus cosas de Pero Sancho no son de hombre, e así no ha cumplido cosa de las que puso con Valdivia, ni puede, e por esto, porque conozco el valor de ambos, digo lo que he dicho, que no me quita el sueño."

Después de una marcha forzada de toda una noche ha logrado Valdivia juntarse con el grueso de su expedición. Ni inquietud ni preocupación alguna logran descubrirse en su rostro. Parece que nada supiera de lo ocurrido, pues avanza a saludar con expresión gentil a Pero Sancho. Sigue adelante la columna y un hilo de interrogación une a todos los espíritus. Al fin la carava-

na hace alto en Atacama la grande. Sancho de Hoz y sus cómplices son detenidos y se alza una horca como muda respuesta a las conjeturas. ¿Tuvo en realidad Valdivia el propósito de ajusticiar a Pero Sancho, o a la inversa buscó una coyuntura para exhibir su magnanimidad? Lo cierto es que la súplica del Bachiller González Marmolejo, que sabe invocar la religiosa clemencia cristiana, y la intercesión de Francisco de Villagra, que tiene "por costumbre de siempre rogar por los presos e por los que poco pueden, por ser, como es, hombre muy piadoso e buen cristiano", le inclinan por caminos más benignos. En realidad, sabe que su socio cuenta con partido en alguna gente de la expedición y que el trabajo sedicioso que emprendieran Juan de Guzmán y sus secuaces no ha sido infecundo en la tropa. El futuro de la expedición y hasta su propia seguridad personal podrían quedar comprometidos por un acto de violencia extrema. Y esta es razón fuerte para perdonar a los conspiradores a cambio de su inmediato regreso al Perú, lo que ellos aceptan, muy gozosos de haber salido de la aventura con el alma junto al cuerpo. Sólo Pero Sancho mira con gran sobresalto la sentencia. La idea de volver con las manos vacías al país donde le aguardan ávidos e implacables acreedores que le perseguirán sin descanso, le atormenta. Se ha librado de la muerte, pero ¿qué género de existencia le aguarda por delante? Lleno de congoja "se echó a mis pies —contará más tarde Valdivia— rogándome le llevase conmigo, porque estaba adebdado y le habían soltado de la cárcel de la cibdad para ir la jornada, e si allá volvía moriría en ella por debdas que debía". Valdivia no pretende extremar el rigor del castigo y piensa que menos peligroso será Pero Sancho junto a sí y en estrecha vigilancia, que libre en el Perú o acaso en España, donde su despecho podrá llevarle a urdir intrigas en su contra e indisponerle con el Marqués Pizarro y la corte. Con serenidad y cálculo pesa las razones y está

por acceder al pedido de Pero Sancho no sin tomar con éste las debidas precauciones. Durante los dos meses de descanso que impone a su hueste en Atacama, le mantiene vigilado y cuando la caravana reinicia su marcha al sur del país, ya ha sabido sacar con argucia del de Hoz, y en forma que no quede ni apariencia de presión, una escritura de renuncia de sus derechos en la compañía por no haber cumplido en su oportunidad con sus obligaciones.

V

No había sido por lo demás carente de inquietudes la estancia en el valle de Atacama. Resultaba poco menos que imposible mantener plenamente satisfecho a ese conglomerado heterogéneo de hombres faltos de disciplina, que hasta entonces tan sólo llevaban una vida de privaciones y sacrificios en la que no se vislumbraban trazas de recompensa. No era pues extraño que un tal Escobar comenzara por proferir frases de rebelión en contra del capitán de su compañía, amenazándole con despojarle del mando y transformarle en miserable yanacona o indio de servicio. Dejar sin escarmiento impulsos semejantes, era estímulo para la anarquía general y así Valdivia, enérgico, ordena ajusticiar al culpable que sólo libra la vida gracias al accidente de haberse cortado la cuerda cuando se le aplicaba la pena del garrote. Perdonado por el jefe a cambio de su inmediato destierro, fué a concluir sus días en un convento de España.

Seguía por otra parte flotando en el ambiente ese espíritu de conspiración alentado por Pero Sancho y sus amigos. Entre ellos, Juan Ruiz se esmeraba en convencer a los soldados que abandonaran la jornada y re-

gresaran al Perú, pues la tierra de Chile no era capaz de dar de comer a treinta hombres. Su espíritu sedicioso llegó al punto de apostrofar al mismo Pero Sancho por no haber concluído aún con la vida de su antiguo socio y rival. "Si yo lo hubiera de hacer, le dijo, ya yo hubiera dado con Pedro de Valdivia al través". La respuesta del jefe expedicionario, enterado pronto de todo, fué acabar una noche en la horca con el rebelde, después de un brevísimo sumario.

A este estado de inquietud venía a sumarse la carencia de víveres. Los indígenas de los contornos, noticiados desde el Perú de la llegada de los españoles, habían destruído sus siembras y ocultado los alimentos para ahuyentar con la pobreza y el hambre a los visitantes. El trabajo para procurarse recursos era bastante arduo. Grupos de exploradores van y vienen sin descanso por cada rincón del valle tras las provisiones necesarias y con la mira de dejar a la tropa suficientemente dotada de medios con qué emprender el penoso tránsito por el desierto que ya se avecina.

En agosto de 1540 Valdivia levantaba el campo, después de haber hecho descansar a sus hombres por más de dos meses y proseguía el viaje al sur por lugares cargados de penurias y en que la naturaleza mostraba un horrible desamparo. "Son tan ásperos y frios los vientos de los más lugares de este despoblado, apunta el cronista Mariño de Lobera, que acontece arrimarse el caminante a una peña y quedarse helado y yerto en pie por muchos años, que parece estar vivo, y así se saca de aquí carne momia en abundancia. De estos cuerpos muertos iban topando en mucho número a cada paso arrimados a riscos y barrancos, tanto que sirven de señales del camino para no poder perderse, estando todos tan frescos que parecen recién muertos, siendo de más de trescientos años según la relación que dan los indios de entre los cuales salieron los que así se helaron en el camino". Jor-

nadas de ocho a quince leguas por ese páramo, hasta detenerse aquí y allá ante un pequeño manantial de aguas salobres, que da aún más estímulo a la sed desesperada. Y seguir caminando sin esperanza de un lugar de abrigo ni de leña para desentumecer los miembros, hasta embarcar, por fin, después de un mes de agonía, en el valle de Copayapo o Copiapó.

La primavera se asomaba allí con prodigalidad por entre los bosques de chañarales y algarrobos y los espinos floridos, en saludo de confianza y de consuelo a los aventureros exhaustos. Había donde holgarse, al menos por un lapso, pues pronto comenzarían los indios a inquietarlos con frecuentes asonadas y a entorpecer la recolección de víveres, al punto de tener Valdivia que gastar no escaso tiempo, según recordará más tarde, "en buscar las comidas, que nos las tenían escondidas de manera que el diablo no las hallara".

Fué en una de estas salidas del campamento para ahuyentar a los enemigos y reunir provisiones, cuando a él llegó un último refuerzo de cerca de veinte hombres encabezados por Alonso de Chinchilla, Alonso de Córdoba y Gonzalo de los Ríos, antiguos amigos de Pero Sancho. La aparición del nuevo contingente no podía sino reanimar las esperanzas nunca disueltas del conspirador empedernido. Y así, ufano, comienza a desatar su lengua en exclamaciones de alegría, participando a todos que por fin ha arribado su Maestre de Campo, título que adjudica a Chinchilla. El aludido, que parece dispuesto a amparar estos anhelos, prorrumpe también en expresiones que desdicen con el natural acatamiento al jefe ausente, y bien pronto es señalado como la cabeza indudable de una nueva rebelión.

Sigue Valdivia fuera del campamento, ajeno a lo que ocurre. Pero hay un corazón que vela, un brazo de apariencia fina, aunque de temple nunca bien conocido que contiene de inmediato la catástrofe. No dispone de títulos

legales que justifiquen el mando, pero una palabra, una mirada de esa Inés Suárez son ya suficientes ¿Quién se habría atrevido a desdecirla cuando ordena, categórica, la prisión de Chinchilla? Las voces de los conspiradores se extinguen en las gargantas y todas las bravatas de Pero Sancho se paralizan.

Ya de regreso, Valdivia se impone sin sobresalto de las intenciones de Chinchilla, que, tembloroso, confiesa sus designios y descubre los antiguos planes de Pero Sancho a cambio de reconciliarse con el jefe. Con desdén escucha éste la delación miserable y perdona una vez más. Ahondar las diferencias en medio de una empresa difícil que reclama la cohesión de todos, no habría sido prudente. Más aconsejable era procurar atraer a los resentidos y ligarlos a la ventura de una causa común, sin perderlos, claro está, de vista, ni dejar de mantener sobre ellos una estrecha vigilancia. Por un tiempo conservó todavía en sus manos una especie de trofeo de esta lucha siempre renovada, hasta que cierto día que platicaba con Francisco de Villagra, Jerónimo de Alderete y Martín de Candia, "toma —dijo al último— este puñal, porque con él me quisieron matar." Había sin duda en ello un secreto instinto de barrer con el estímulo de rencores y de despejar la mente de recuerdos ingratos.

El valle de Copayapo o Copiapó era el lugar que las provisiones del marqués Pizarro señalaban como inicio de los territorios cuyo sometimiento era confiado a Valdivia. Llegaba, pues, recién, al cabo de tantas penurias, a la puerta de este país que el fracaso de la expedición de Almagro denunciara como cargado de miseria e inseguridad y merecedor al desprecio y abandono. Pero también llegaba, por fin, después de tantos años de inútil buscar y de insatisfacción continua al despunte de una aventura exclusivamente suya en que ponía la cifra de su esperanza siempre prolongada. Este viaje descabellado, en que los horizontes de alegría eran relámpagos y en

que se luchaba contra el hombre y los elementos, sin que le fuera posible reclinar su confianza ni aún sobre la propia gente española; esta conquista absurda, cargada de incógnitas, le pertenecía por entero. ¿Qué fin alcanzaría, qué recompensa a los sinsabores pasados y a los que le tenía escondido un porvenir ausente de perspectiva?

Armado de todos sus arreos y después de haber dispuesto la distribución de sus soldados en escuadrones, Valdivia se dispone con toda solemnidad a tomar posesión del país, que ha bautizado con el nombre de Nueva Extremadura. "Escribano —grita con voz clara, dirigiéndose a Cartagena— estad atento a lo que digiere e hiciere, y dadme por fe y testimonio en manera que haga fe a mí, Pedro de Valdivia, capitán general que soy de este ejército, cómo en nombre de la Majestad del Emperador Carlos V, Rey de España y mi señor natural, y por la Real Corona de Castilla, tomo la posesión de esta provincia y valles, por sí y por las demás provincias, reinos y tierras que más descubriere, conquistare y ganare y las que en esta demarcación adelante o por cualquier parte quedaren por descubrir o conquistar". Y luego de decir estas palabras comenzó a cortar ramas de árboles con la espada, a arrancar yerbas y remover piedras. Cumplidas así las formalidades que el viejo derecho contemplaba para tales casos, agregó: "Si la posesión que he tomado, alguna persona por sí o por algún príncipe o señorío del mundo me la quisiere contradecir, aquí la espero en este campo armado para lo defender y combatir hasta la rendir o matar o echar del campo". Una cruz alzada sobre un montículo, y ante la que todos inclinaron respetuosos la cabeza, vino a quedar como enseña de conquista espiritual en el valle de Copayapo, llamado por Valdivia de la Posesión a manera de testimonio de la incursión dominadora que iniciaba por las tierras finales del mundo,

LA CIUDAD DEL APOSTOL

I

Alrededor de dos meses permanecieron los españoles en el valle de la Posesión continuando en seguida la ruta en medio de frecuentes emboscadas de los indígenas. Replegados en las espesuras o detrás de las peñas, enviaban de súbito a los viajeros lluvias de flechas, yendo más de una a alcanzar fatalmente su blanco. A fin de despejar el camino, Valdivia destacó pequeñas patrullas exploradoras que daban fuertes batidas a los atacantes. Con todo, la inseguridad no quedó despejada y a ello hubo de sumarse en las inmediaciones del río Coquimbo el contratiempo de la huida de cuatrocientos yanaconas de servicio. Cierto es que los exploradores lograron conservar otros tantos, pero no dejaba de afectarles la imprevista pérdida de tan crecido número de auxiliares, cuya misión esencial era la de servirles de bestias de carga.

La situación nunca mejorada, hacía temer al jefe por la lealtad de sus hombres y porque el desaliento acabara por aniquilar las voluntades. Era preciso mover a diario todos los resortes de la persuasión y comunicar a los compañeros de penurias esa fe en el éxito aún no vislumbrado que a él jamás abandona. Entonces los reúne y, recordando el mágico poder de la palabra del marqués de Pescara, que supo infundirle optimismo en los duros inicios de su carrera de soldado, se dirige también con acento vibrante al grupo de aventureros: "Como la honra sea una

cosa de que tanto nos debemos preciar, caballeros y compañeros míos, y aquella se llama verdadera que con trabajos y fatigas se adquiere, no nos deben espantar y desmayar los presentes, pues son el toque donde se muestran más los quilates del valor y la virtud de cada uno". Y después de señalar —hombre del Renacimiento, al fin— los ejemplos de la historia clásica en que el triunfo fué de los abnegados, agregó: "No se alcanza el descanso sino por medio del trabajo. A dilatar venimos la fe y a servir a Dios y al Rey, y para extenderla y ganar honra y fama y descanso perpetuo, es menester pasar dificultades, que siempre se siembra con trabajo y se coge con alegría".

No estaba demás por cierto esta arenga de estímulo, pues el tránsito del valle de Aconcagua, cuya denominación de Chile vino a extenderse a todo el país, debió realizarse en medio de azares y en continua actitud de defensa. El poderoso cacique Michimalongo presentó a los españoles una resistencia que, difícilmente vencida, vino a encontrar prolongación en los ataques de los jefes Catipto y Tanjalongo. Al fin, enterados ya once meses de marcha desde la partida del Cuzco y después de recorrer con tanta privación e inquietud cerca de ochocientas cincuenta leguas, Valdivia y sus compañeros logran remontar la cuesta de Chacabuco y abrirse a la belleza del valle del Mapocho.

La luz del verano en inicios, empeñada en borrar de la lejanía los macizos contrafuertes de la cordillera, daba a los mismos la transparencia del cristal. En el dorso de ese inmenso empinarse de la tierra al cielo, manchas de nieve que han resistido el calor estival, impedían con la precisión del contraste que las copas se esfumarán en el infinito. Abajo, y siguiendo la suave pendiente de las laderas, los bosques de robles, cipreses y laureles se apiñaban cercando el valle y arrebatándole aún buena parte de sus derechos. Después el agua. El

agua del río de cauce pedregoso y abierto que de descenso en descenso, a poco de vislumbrar la roca del pequeño montículo del Huelén, se parte en dos brazos que muy lejos volverán a sentir la urgencia de la unidad. El agua que la mano indígena ha atraído hasta el lecho de canales que entornan olorosos vergeles de arrayán y albahaca, y que va a refrescar la tierra de los maizales.

Después de instalar su campamento en el peñón del Huelén, acaso el 13 de Diciembre, día de Santa Lucía, que por algo tomó desde entonces el cerrillo este nombre, Valdivia salió a reconocer el valle con veinte jinetes. Era el lugar indicado para asentar los reales definitivos de la expedición. Hermosura del paisaje, que no puede ser insensible al ojo del Renacimiento, prendido como está en las redes de la naturaleza. Fertilidad del suelo, confirmada por la abundancia de población que lo cultiva con sorprendente cuidado y que, a más de hacer posible la alimentación de la hueste, permitirá a sus hombres obtener pronto los beneficios del repartimiento de indígenas.

Al paso de las cabalgaduras se abaten en los cuadros sembrados las cañas débiles de los maíces y los robleales quiebran sus ramas para acoger en la espesura a los extraños visitantes. Grupos de indios, sorprendidos en sus faenas, huyen de inmediato con visibles muestras de temor. Pero Valdivia, azuzando las cabalgaduras, logra dar caza a varios de ellos y hablándoles con benevolencia por medio de intérpretes, los envía a sus caciques con recados de amistad.

Pronto comienzan a llegar los jefes indígenas al campamento español: Vitacura, Huelén-Huara, Apoquindo y demás señores de los muchos rincones y vericuetos del valle. Conformándose a las disposiciones del César Carlos V, que con el consejo de teólogos y juristas prescribía recurrir ante todo a la persuasión y emplear sólo en último término la guerra para asentar la fe y la soberanía, Valdivia, luego de congregados los caciques, co-

menzó a adoctrinarlos, según la fórmula oficial del doctor Palacios Rubio, en los misterios de la religión y a exhibirles los títulos de dominio que tenían los reyes castellanos sobre estas tierras: "Yo, Pedro de Valdivia, criado de los muy altos y poderosos reyes de Castilla y de León, domadores de las gentes bárbaras, su mensajero y capitán, os notifico y hago saber, como mejor puedo, que Dios nuestro Señor, uno y eterno, crió el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quien vosotros y nosotros y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes y procreados y todos los que después de nosotros vinieron. Mas, por la muchedumbre de generaciones que de éstos ha procedido, desde cinco mil y más años que el mundo fué creado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, porque en una sola no se podían sustentar y conservar. De todas estas gentes, Dios Nuestro Señor, dió cargo a uno que fué llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese señor y superior, a quien todos obedeciesen, y fuese cabeza de todo el linaje humano, doquier que los hombres estuviesen y viviesen y en cualquiera ley, secta o creencia, y dióle a todo el mundo por su servicio y jurisdicción. Y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma, como en lugar más aparente para regir el mundo, también le prometió que podía estar y poner su silla en cualquier otra parte del mundo y juzgar y gobernar todas las gentes, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquiera otra secta o creencia que fuesen".

En seguida pasó a explicarles cómo uno de los sucesores de Pedro en el Pontificado había hecho donación a los Reyes de Castilla de todas las tierras de las Indias, quedando por tal motivo sus habitantes constituidos en vasallos de estos monarcas y como todos obligados a recibir los misioneros que les enviaban para instruirlos en los misterios de la verdadera y santa Religión Católica,



Pedro de Valdivia

so pena de ser reducidos a viva fuerza "al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Magestad".

No pudo ser muy del gusto de los caciques esta requisitoria político-religiosa que en último término involucraba el despojo de sus dominios. Y aunque se mostraron fingidamente conformes, al despedirse de Valdivia pensaron sólo en los medios que habían de emplear para verse libres de los conquistadores.

El parecer de los capitanes vino a confirmar a Valdivia en su propósito de crear allí la primera población. Y así, invocando el día 12 de Febrero de 1541 el "nombre de Dios y de su bendita Madre y del Apóstol Santiago", declaró fundada la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, en la isla que formaban los dos brazos distendidos del Mapocho. A poco andar, el 24 del mismo mes, el alarife Pedro de Gamboa practicó el trazado a la usanza de las leyes castellanas, dividiendo el terreno en manzanas de ciento treinta y ocho varas por lado a las que separaban calles de doce varas. Uno de los cuadros del centro se dejó libre para plaza, fijándose al costado norte de la misma la ubicación del solar de Valdivia y al poniente el terreno donde había de alzarse la Iglesia bajo la advocación de María.

Practicada la repartición de los sitios, diéronse de inmediato los pobladores a la tarea de alzar sus viviendas de madera y paja. En este trabajo pudieron servirse del concurso de los naturales que hasta el momento seguían presentándose como amigos y que no les manifestaban indicios de animosidad.

La fundación de la ciudad bajo el patrocinio del Apóstol de las Españas importaba dar cumplimiento al voto hecho en el templo del Cuzco poco antes de iniciarse la expedición y abrir bajo tal auspicio la tarea de sometimiento efectivo de los muchos territorios de la Nueva Extremadura. Pero para Valdivia, el nacimiento de Santiago envolvía aún otro alcance. Iba a traer consigo la

creación de una nueva autoridad que en la vieja tradición democrática española era contrapeso al poder abusivo de los reyes y que prevaleciendo de la distancia acababa por arrogarse su representación. Muy bien sabía Valdivia todo esto al instituir el 7 de Marzo el Cabildo y nombrar por primeros Alcaldes a Francisco de Aguirre y Juan Dávalos Jufré. Integraba este cuerpo con gente de su mayor confianza, como que ya estaba meditado cierto plan en cuya realización le iban a prestar decisiva ayuda. Pero también escogía para Procurador, dando a sus designaciones visos de ecuanimidad y en el fondo para servirse de sus propios adversarios, a Antonio de Pastrana, el confidente de Pero Sancho.

II

Flota el otoño sobre los techos pajizos de la aldea minúscula. Por entre las neblinas matinales se perfilan los macizos de árboles de ramas desnudas. El polvo veraniego ha desaparecido bajo la alfombra gruesa y amarilla de la hojarasca. Pronto caerá la primera lluvia, y casa y suelo se confundirán en el lodo. Los dos brazos del Mapocho engrosarán su caudal amenazando con sus tentáculos la existencia del villorrio. Es preciso acelerar las obras de construcción y atesorar los víveres, a fin de estar prevenido frente a las necesidades e inclemencias de la estación por venir. Valdivia y los señores del Cabildo vigilan sin descanso el trabajo de los indígenas y procuran ganarse su confianza, sin lograrlo, por cierto, pues a medida que el tiempo va transcurriendo se acentúa en ellos el ademán de altanería. Ya de los gestos van a las palabras y anuncian abiertamente su propósito de dar muerte a todos los españoles, borrando su existencia de

la tierra de Chile, como ha ocurrido, según dicen, en el reino del Perú, donde no queda ya ningún cristiano, pues todos han muerto y con ellos el Gobernador don Francisco Pizarro, en las guerras de los bandos rivales.

No deja de causar inquietud entre los pobladores de Santiago del Nuevo Extremo la idea de que estos decires de los indios puedan tener algún asidero. Verse solos, abandonados en una tierra hostil, a gran distancia de España, sin tener donde recurrir en los momentos difíciles, no era por cierto muy tranquilizador. Valdivia bien percibe el efecto causado por tales noticias y aunque en el fondo no da a ellas ningún crédito, considera llegado el momento de servirse de tal coyuntura para el logro de una ambición largo tiempo acariciada. Hasta entonces todos sus esfuerzos han ido sólo a acrecentar la gloria del Marqués Pizarro, cuyo Teniente es. ¿Ha cargado con multitud de deudas, con sinsabores y peligros para que otro que no ha cooperado con un céntimo, ni ha expuesto su vida en ninguna acción, se vista con los resultados? ¿No era ya tiempo de sacudir esta tutela y levantar cabeza de jefe independiente? Sí, pero había que hacerlo con cautela. Pero Sancho y sus secuaces espían sus menores movimientos, prontos a tildarle de rebelde y a enemistarle con Pizarro cuya ayuda puede serle necesaria. La idea de que se le ungiera por Gobernador, en razón de haber caducado sus poderes de Teniente por muerte del Marqués, debía partir del Cabildo, el órgano representativo por excelencia del poder real en esta lejana colonia. Allí estaban sus amigos: Aguirre, Villagra, Alderete, que estarían dispuestos a secundarle y a mover la opinión de los habitantes en favor de su nombramiento. Al fin, no sería la primera vez que en el Nuevo Mundo un Cabildo invistiera con los atributos del gobierno al mismo que poco ha le había dado la existencia. El ejemplo de Cortés, que fundó el municipio de Veracruz para recibir de sus manos, en nombre de Su Majestad, la gobernación de Nue-

va España e independizarse de Diego Velásquez, de quien era Teniente, no le era por cierto desconocido a Valdivia. Todo estaba en operar con destreza y en no dejar rastro de presión.

Concluida el 10 de Mayo la misa con que el Cabildo iniciaba sus reuniones, se congregó el respetable cuerpo presidido por sus Alcaldes Francisco de Aguirre y Juan Dávalos Jufré. ¿Era para los concurrentes un secreto que esta reunión, celebrada después de quince días de receso, tenía por objeto lanzar oficialmente la idea de hacer a Valdivia Gobernador? No obstante, como si por primera vez plantearan asunto tan delicado, los ediles se dieron a la tarea de examinar en detalle las razones que justificaban la medida, no olvidando de cerrar toda escapatoria a las objeciones que pudieran alzarse en su contra. Si era efectivo aquello de la muerte del Marqués Pizarro, demás estaba insistir sobre la urgencia de conceder título de Gobernador a Valdivia, "hasta en tanto que S. M., informado de todo, mandase lo que más a su servicio conviniese". Y por otra parte, aunque "esto no fuese verdad, por lo que convenía al bien de esta tierra y lo que resultaría en pro del servicio real, era bien se hiciese la dicha elección". Y así, después de mucho platicar, mandan venir al Procurador Antonio de Pastrana y le ordenan hacer "un pedimento en que por él requiriese a los señores del Cabildo que eligiesen al dicho Teniente por Gobernador y Capitán General en nombre de Su Majestad".

Poca gracia debió hacerle sin duda al amigo de Pedro Sancho el verse constreñido a dar un paso de esa naturaleza. Después de todo, se trataba de cooperar a la consolidación del poder de Valdivia sobre bases infinitamente más sólidas y amplias, abriendo un cauce sin límites a sus ambiciones. Pero era imposible resistirse a una orden dada en cuerpo por todo el Cabildo y sujetar un movimiento que ya había prendido en la mente de muchos.

¿No sería mejor dirigirlo en forma que quedara siempre la posibilidad de volver contra el propio Valdivia el aparente beneficio de su nombramiento de Gobernador, presentándole ante los Pizarro como un rebelde? Ya era un antecedente decidir el que el Teniente hubiera efectuado la toma de posesión del valle de Copayapo no en nombre del marqués, su señor, sino del rey de quien no llevaba provisiones. Y ahora vendría a agregarse como una coronación de ese plan de sublevación bien meditado el que Valdivia se hiciera alzar por Gobernador, cortando así todo vínculo de dependencia con su superior jerárquico. Colaborar pues en la intriga del jefe expedicionario era ayudar a su hundimiento.

Dos semanas tarda Pastrana en cumplir la comisión del Cabildo. Al fin este cuerpo se reúne para escuchar la lectura del requerimiento. Es toda una pieza dialéctica que impulsa con el peso de argumentos incontrovertibles a la elección gubernativa de Valdivia. Los Alcaldes y Regidores se muestran ampliamente satisfechos y uno a uno van confirmando y haciendo suya la tesis del documento de Pastrana. Termina la sesión y el Cabildo en cuerpo se dirige a participar al Teniente su acuerdo. Este se halla departiendo con un grupo de sus amigos: Bartolomé Flores, Gaspar de Vergara y otros, y al verles llegar con tan solemne aparato, les interroga sobre el móvil de la visita con apariencia de ignorarlo todo. La respuesta es la lectura que el Escribano Cartagena hace una vez más del requerimiento y de la resolución del Cabildo de darle acogida. Valdivia oye con tranquilidad sin que el rostro denuncie lo que ocurre en su interior. Al fin, con palabras breves y reposadas, pide se le dé copia de los escritos para meditar su contenido y responder lo "que le pareciese convenir más a la felicidad que debía e obediencia a S. M. y al Gobernador y marqués don Francisco Pizarro, su señor".

No demora sino dos días en llegar al Cabildo la comunicación anunciada. En ella rehusa categóricamente Valdivia el título de Gobernador. "Yo debo tanto —dice— al marqués mi señor, y he recibido de él tan señaladas mercedes, y él está tan satisfecho de mi humildad en su servicio, que en ninguna manera aceptaría la tal elección, ni me eximiría de su obediencia por cosa ninguna de interés ni honra que me pudiese venir contra su voluntad, ni me dejaré de tener por su servidor y lugarteniente". Por otra parte, para llenar cumplidamente sus deberes de fiel vasallo no le era necesario el cargo de Gobernador, "pues con él —afirma— no tengo de dejar de servir a S. M. en lo que he comenzado y tengo entre manos, hasta que muera".

Estos y otros argumentos esgrime Valdivia en su escrito para justificar su repulsa al ofrecimiento de los señores del Cabildo, "aunque —se cuida de agregar, para dejar así la puerta abierta a nuevos ofrecimientos— yo creo pueden vuestras mercedes hacer lo que hacen por el poder que S. M. da a sus Cabildos y ellos están en su nombre para proveer las cosas que tocan a su servicio".

Nuevamente el Procurador Pastrana, en nombre del Cabildo, redacta un requerimiento en que pone en relieve los males que se seguirían de la no aceptación del gobierno por Valdivia y horada con astucia el razonamiento de éste sobre su necesaria fidelidad a Pizarro. "Dado el caso, observa Pastrana, que el Marqués y Gobernador don Francisco Pizarro sea vivo, lo que no creo porque no es nueva para que indios la levanten de su cabeza, es tan grande el inconveniente y mayor, porque tiene hermanos y deudos y criados y otras personas aceptas a su servicio, que por mandar la tierra y por mejor decir, robarla y gozar de nuestros sudores, pondrán mal al dicho Teniente con el dicho marqués. Y aunque le tenga buena voluntad, este oro es tan amado que querrá más para la camisa que para el sayo; y martillándole ca-

da día sobre ello, se la pondrán mala, diciéndole que conviene a su honra y estado enviar otro Teniente, porque no se le alce el primero con la tierra enviándola a pedir a S. M. para que se sepa está debajo de su protección, y que es él la principal causa de haberse conquistado, pacificado, poblado y descubierto y sustentado, ganando autoridad con sudores ajenos. Y que para esto es bien remueva al primero y haga nueva provisión. Y como en este caso siempre prevalece el parecer de los presentes y pierden los ausentes aunque sirvan bien, aunque haciéndolo al contrario es justo removerlos, podría ser perdiere el dicho señor Teniente y le engañe la confianza que en el dicho señor Marqués don Francisco Pizarro tiene. Y viniendo nuevo Teniente, que no puede faltar, como no ha faltado en las demás tierras, lloraría él con un ojo y nosotros con dos, porque los nuevamente venidos, no sólo no dan los indios a quien merece, como S. M. manda se haga por sus reales provisiones, ni descargan su real conciencia, pero quitan a los conquistadores los pocos con que los hallan”.

Valdivia que conoce bien por dónde van los afectos del Procurador, no puede sino ponerse en guardia ante su juego. Acoger sin más el requerimiento importa confesar que sus razones traducen con exactitud lo que muchas veces ha meditado en el secreto de su alma. Y es también dejarse cazar en una burda trampa. ¿Qué era, después de todo, la argumentación de Pastrana sino una diestra incitación a sublevarse contra la autoridad de Pizarro? No. Había que rehusar de nuevo y esperar que el pueblo entero, ya preparado por los amigos, le ungiera por Gobernador. De esta manera quedaría disipada toda sombra de maquinación de su parte y nadie podría tildarle con fundamento de rebelde ni ambicioso.

Al son de una campanilla empleada para la misa, “porque no había otra mayor”, y que agita febrilmente en sus manos el negro Domingo, pregonero público de

Santiago del Nuevo Extremo, se han ido agrupando el día 10 de Junio los vecinos de la ciudad "en un tambo grande que está junto a la plaza". Hecho silencio, el Procurador informa al pueblo de los diversos requerimientos practicados a Valdivia y de la negativa de éste a aceptar el gobierno, y pregunta a los congregados si juzgan oportuno insistir una vez más ante el Teniente. A grandes voces claman todos que se torne "de nuevo a importunar al dicho señor Teniente para que acepte el cargo de electo Gobernador en nombre de S. M. por todos ellos y por el Cabildo".

No trascurre sino un día y ya hay ocasión de "importunar" a Valdivia. A la salida de misa y en presencia de todo el vecindario se le lee un nuevo requerimiento, al término del cual los Alcaldes y Regidores, en medio de general algarabía, se van sobre el Teniente y levantándolo en los brazos le aclaman por Gobernador. Valdivia, dando muestras ostensibles de desagrado, logra desprenderse de sus amigos y con voz entera, bien calculada para que todos le oigan, pide al pueblo que no insista más en su pedido, pues uno es quien "piensa el bayo y otro el que lo ensilla". Y luego de decir esto se encierra en su casa.

Pero ¿qué importa después de todo que no quiera recibir el gobierno? No faltará quien esté dispuesto a aceptar y a sacrificarse por el común. Hay ya quienes se empeñan en deslizar estos intencionados pensamientos por entre los grupos de colonos que comentan en la plaza. Pero hay también oídos alertas que llevan pronto la noticia a Valdivia. Bien comprende que ha llegado el momento de actuar sin demora y de no estirar la cuerda por más tiempo. Rápido abandona su morada y aparece de nuevo en la plaza, invitando al pueblo que haga silencio. Acallado el corro, y después de tomar colocación en una silla, habla a los asistentes:

—“Señores: ya vuestras mercedes saben los requerimientos que me han hecho para que yo acepte el cargo de electo gobernador y capitán general por vuestras mercedes en nombre de S. M., para que en su real nombre las gobierne y tenga en justicia, hasta en tanto que hecha la relación, mande proveer aquello que más a su servicio convenga. Y pues vuestras mercedes han visto mis respuestas y no curado de ellas me ponen delante que en aceptar lo que me piden sirvo más a S. M. que en dejarlo de hacer. Y porque yo creo que así es, pues vuestras mercedes todos a una voz lo dicen, e yo sólo soy el que lo contradigo, podría estar errado. Y aunque acertase yo, vale más errar por el parecer de todos. Cuanto más que éste debe ser el bueno, pues se dice que la voz del pueblo es la de Dios. Y porque aquí al presente no hay letrado con quien yo me pueda aconsejar y me declare en este caso lo que más conviene al servicio de S. M. y mi voluntad es de no errar en él, debajo el protesto que aquí presento, sacado de mi pobre juicio y del estudio de las armas en que yo he hecho profesión y no de letras, digo que, aceptándolo vuestras mercedes y debajo dél, yo acepto el cargo de electo gobernador por el Cabildo, justicia e regimiento y por todo el pueblo de esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo en nombre de S. M., y así me intitularé hasta en tanto que S. M. otra cosa envíe a mandar, por mejor poder servir a nuestro príncipe, rey e señor natural, y no en otra manera, por hacer placer a vuestras mercedes, señores justicia e regimiento, y a todos los demás caballeros y gentiles hombres de este pueblo que aquí presente estáis y tanto que lo habéis rogado y lo deseáis.”

Y después, dirigiéndose al Escribano Cartagena, pide que le extienda un traslado fiel de todas las actuaciones del Cabildo y pueblo para obligarle a aceptar contra su voluntad y sin menoscabo de su obediencia al marqués Pizarro, el cargo de Gobernador. Ha alcanzado el logro

de sus deseos y con fría intuición del porvenir, este hombre que se dice de armas y no de letras, sabe adoptar sus precauciones, aguardando desde luego, documento en manos, a los posibles acusadores. Que alguien le tache en el futuro de infiel a su señor, de rebelde o presionador de voluntades y ya habrá con qué salvaguardar su conducta tras la responsabilidad colectiva.

III

Continuaban alzándose con paciencia y lentitud las primeras casas de Santiago del Nuevo Extremo y Valdivia, temeroso de asonadas indígenas, practicaba periódicas caminatas a los alrededores a fin de espiar los planes de los nativos e impedir peligrosas concentraciones. El mayor cuidado le daba el norte, donde el poderoso Michimalongo organizaba en el valle de Chile una resistencia a todas luces amenazadora. Hasta allá llegó el Gobernador y después de una penosa batida logró, con la cooperación de Rodrigo de Quiroga, apresar al cacique aconcaquino, que supo resistir fieramente con sus hombres detrás de unas empalizadas hábilmente dispuestas en un lugar "fuerte e montuoso e áspero".

Siguiendo en su política, Valdivia intentó atraerse la confianza de Michimalongo y demás caciques capturados, deseoso así de librarse en el futuro de nuevas luchas y de obtener con facilidad el sometimiento del país. Sus manifestaciones de benevolencia a los vencidos iban por otra parte encaminadas a conseguir desde luego noticias sobre la ubicación de las minas de donde los naturales remitían oro a los Incas y de las que hasta entonces no se había encontrado rastro alguno. Después de un conciliábulo, los jefes indígenas se mostraron dispuestos a

guiar a los españoles dos o tres leguas más allá, a Malgamalga, en la desembocadura del "río grande de Chile y Quillota" donde en efecto ellos encontraron señales visibles de explotación minera. Tan grande fué su contentamiento que se dieron de inmediato a forjar en sus cabezas los más fantásticos proyectos, imaginándose que el oro les iba a ser tan abundante como para fundar ricos mayorazgos, obtener condados y construir "torres de oro, comenzando desde luego a hacerlas de viento". No pudieron pues sino recibir con entusiasmo la oferta de los caciques de proporcionarles brazos para la explotación de las minas, y pronto fueron congregándose mil quinientos indígenas que iniciaron las faenas avudados y dirigidos por dos españoles entendidos en el laboreo de metales, Pedro de Herrera y Diego Delgado. Un destacamento de quince soldados al mando de Gonzalo de los Ríos colocó el Gobernador a fin de mantener el control de las obras, mientras no lejos de allí, en la playa de Concón, otro grupo de indios y españoles se dió a la tarea de construir un bergantín. Era necesario obtener sin tardanza auxilio del Perú, pues la escasez de víveres y de hombres hacía bien problemática la expansión de la conquista, y aún el mantenimiento de los colonos en los lugares en que se habían instalado. Sabía Valdivia que enviar una expedición por tierra para solicitar estos refuerzos importaba reproducir todas las penalidades de que recién venían saliendo y que se conservaban frescas en las mentes de todos. Era preciso obrar con más seguridad y rapidez, y sin duda la vía marítima prestaba estas ventajas. Construido el bergantín se enviaría una comisión al Perú portadora de un cargamento de oro de Malgamalga capaz de convencer por sí solo de los beneficios que irrogaba la empresa de Chile.

Todo iba muy bien cuando Valdivia debió abandonar la vigilancia de los trabajos de Malgamalga y de Concón y regresar con premura a Santiago. Una carta del

Teniente Gobernador, Alonso de Monroy, requería urgente su presencia, pues ciertas actitudes dudosas indicaban el posible estallido de una rebelión. Ya en la ciudad, no creyó sin embargo oportuno tomar medidas precipitadas en contra de los posibles culpables, por lo que dejó transcurrir varios días aparentando ignorar lo que en su contra fraguaban y en espera de que la vigilancia que ejercía sobre los más sospechosos le permitiera al fin obrar con entero discernimiento y justicia.

Una circunstancia imprevista vino a dar nuevo giro a los acontecimientos. Con sus cabalgaduras ya sin ánimo y cubiertos de sudor y polvo desembocan súbitamente una noche por las callejas del villorrio dos hombres que van a hacer alto en la plaza junto a la casa de Valdivia. Son Gonzalo de los Ríos y el negro Juan Valiente, únicos que han sobrevivido a una inmensa catástrofe. Los indios de Malgamalga se han alzado y dado muerte a todos los españoles del destacamento y han quemado asimismo el bergantín de adelantada construcción. La noticia gravita dolorosamente sobre los ánimos que ven esfumadas tantas esperanzas y una vez más expuesta la vida a peligros sin cuento. Cuando ya parecía posible comenzar a enderezar la existencia por vía de cierta normalidad y la fortuna se mostraba pronta a detener su huida interminable, cae de nuevo sobre ellos el peso de una noche de amenazas. Porque, indudablemente ese golpe de los indios no sería sino el inicio de una rebelión general que los sorprendería en pobres condiciones de defensa. La crudeza del invierno, la escasez de víveres y el reducido número de hombres eran un pesado augurio para las formas del porvenir. Y a todo esto debía sumar Valdivia el peligro de una revuelta intestina que cada día se le hacía más inminente y que en esos instantes vendría a importar la consagración del caos y el aniquilamiento total de los españoles.

Sin pérdida de tiempo se echa el Gobernador sobre su caballo y seguido de cuarenta jinetes parte a Concón resuelto a comprobar por sí mismo la magnitud de la catástrofe y a intentar una batida a los indios traidores. Ya en el lugar del siniestro puede constatar que no eran hiperbólicas las informaciones de Gonzalo de los Ríos y que los daños sufridos resultaban del todo irreparables. Y no iba a ser posible ni siquiera desahogarse tomando venganza de los naturales, pues frente al gran número de los concentrados en las inmediaciones habrían sido arrollados irremisiblemente. Debíó contentarse con pequeñas escaramuzas y reconocimientos, que no fueron del todo infructuosos, pues logró recoger algunos indios de servicio de los españoles muertos, que andaban fugitivos, y hasta apresar varios de los caciques traidores, entre ellos Atangalongo. No era posible hacer más, ni conveniente alejarse mucho tiempo de Santiago donde los conspiradores actuaban sin descanso en la penumbra. Y por eso puso en marcha las cabalgaduras hacia la ciudad.

La poca esperanza que aún hubiera podido conservarse en ese vecindario quedó bien luego disuelta al comprobar por el relato de Valdivia y sus compañeros la magnitud del mal y la impotencia en que se encontraban de castigar a los culpables. Pero si esto causó hondo pesar en los más, no fué sino motivo de contentamiento para los adversarios del Gobernador. Poco a poco habían ellos tejido los hilos de un plan siniestro que iría a rematar en el asesinato de Valdivia y en la fuga al Perú de los hechores en el bergantín de Concón con todo el oro reunido. Y aunque el imprevisto vino a destruirles esta posibilidad, pensaban con razón que no debían descuidar esos instantes de abatimiento para su provecho y hastío, y que un trabajo inteligente en los soldados podría hacer triunfar un motín contra ese Gobernador que les quería a la fuerza mantener en tierras sin horizontes de fortuna y preñadas de desgracias.

El retorno de Valdivia de su expedición a Concón sin haber logrado enfrentar al enemigo, tenía los visos de una derrota y era el instante psicológico para hacer estallar provechosamente la revuelta. Todo habría salido muy bien a los conspiradores si no mediara la falta de mesura de uno de ellos, Alonso de Chinchilla. Era mucho pedir a una vehemencia como la suya, discreción por largo tiempo, y que al ver regresar a Valdivia marcado de desaliento contuviera el desborde de una alegría delatadora. Y así, presa de verdadera locura ante el mal del adversario, echa mano sobre un manojito de cascabeles y sale con ellos dando brincos y saltos por la plaza, en medio de la estupefacción de los pobladores que no atinan a justificar esa provocación al dolor general.

Ya contaba Valdivia con un antecedente público que le permitiría actuar con fundamento sobre sus enemigos e inquirir el fondo de sus intenciones. Ordena prender al insolente Chinchilla y lo entrega a la vigilancia del Alguacil Mayor, Juan Gómez de Almagro, hijo de aquel prudente Alvar Gómez que a poco de salir del Cuzco falleció como Maestre de Campo de la expedición.

Hay que estar muy alerta sobre lo que el prisionero recibe, pues le es mandada la comida desde las casas de su suegro Antonio de Pastrana, ya bastante sospechoso en su lealtad. Y así, mientras el prisionero da cuenta de las viandas, Juan Gómez, que no le pierde de vista, alcanza a descubrir un pequeño billete en una tortilla de rescoldo que va entre los alimentos. "No confeseis, porque no se sabe nada", dice el mensaje, que por sí solo envuelve la más fuerte acusación en contra de Pastrana y de Chinchilla. Este, al comprender que el documento sorprendido por el Alguacil podía ser causa de su definitiva perdición, rápido se lo arrebató de las manos y echándose a la boca se lo tragó.

Muy sobre aviso quedó ya Valdivia con la pista del billete y pronto, al decir del buen cronista Mariño de Lo-

bera, la carta vino a ser para Chinchilla "amarga en el estómago, aunque había sido quizás dulce en la boca", como "sucedió a San Juan, a quien Dios mandó por medio de un ángel que tragase un libro, el cual fué en su boca dulce como miel y en el estómago amargo como acibar". Y por cierto que bien amarga le fué, pues resultó motivo determinante de que se le aplicara el tormento para averiguar el nombre de sus cómplices, que en breve se encontraron como él presos y sometidos a estrecha vigilancia. No eran escasos ni poco importantes, pues, a más del Procurador Pastrana, figuraba comprometido otro miembro del Cabildo, el Regidor don Martín de Solier, caballero de alcurnia cordobesa. Y como era imposible pensar en conspirar sin Pero Sancho, claro está que también se hallaba ubicado en primera fila entre los culpables, siempre esperanzado de verse investido con la Gobernación.

Valdivia actúa implacable. En tres días se sustancia el proceso y cinco hombres resultan ajusticiados, entre ellos Chinchilla, Pastrana y Solier. La vida se guarda no obstante una vez más para Sancho de Hoz. No será sin duda porque el Gobernador se forje muchas ilusiones de una futura enmienda, ni acaso tampoco porque le guíe un particular sentimiento de conmiseración. Dé nuevo el cálculo político hace a Valdivia contenerse y no cargar con la muerte del antiguo Secretario del marqués Pizarro que en el Perú y en la corte cuenta con vínculos e influjos no desdeñables. El escarmiento de los principales cómplices era suficiente para amedrentar a Sancho, al menos por algún tiempo, y en cuanto a otros soldados que parecían vinculados también a la conspiración, más valía fingir ignorancia de su culpa, pues había que escatimar las pérdidas de vidas españolas después de la catástrofe de Concón.

IV

11 de Septiembre de 1541. Los primeros tonos del alba avanzan su baile de frescura sobre los toldos rubios de la cabecera del Nuevo Extremo. Se prolongan aún las horas del reposo y tan sólo vela en la ciudad el soldado Santiago de Azoca, quien cumple con "la modorra de la centinela". Quedan allí cincuenta hombres y el resto, con el Gobernador, ha partido a batir algunas acumulaciones indígenas que se aproximan amenazadoras desde las márgenes del Cachapoal. Hay ya el ánimo hecho a una tremenda ofensiva de los naturales y Valdivia cree salvar la ciudad saliendo al encuentro de sus enemigos. No es para descuidarse, porque en ello va la vida, piensa de seguro Azoca, en lucha con el cansancio que trabaja por ganarle. Y en verdad que oído y vista han de estar alertas, pues ya un rumor agita el ámbito que no parece llamado a estímulo de confianza. Es el acercarse de una marejada cada vez más espesa que redobla el volumen de su potencialidad y trae conciencia de su fuerza incontenible. Ya el aire sostiene gritos salvajes que estremecen el alma europea y centenares y miles de brazos blanden con fuerza armas primitivas que reciben enhiestas los dorados despuntes de un sol apenas iniciado sobre la nieve de las cordilleras.

Sin perder un momento acude Santiago de Azoca a dar parte al Teniente General Alonso de Monroy y al Maestre de Campo Francisco de Villagra, que con rapidez distribuyen la gente para la defensa. Esta se abre de un principio con denuedo y con visos de desesperación, pues no pueden confiar mucho en el éxito cincuenta hombres rodeados de una feroz oleada de ocho a diez mil enemigos. Todo el coraje y la resistencia están en juego por

espacio de horas y horas. Por los ángulos del caserío, columnas de humo anuncian el incendio que de la incipiente ciudad realizan los atacantes. Chisporrotea la paja y los maderos se retuercen oprimidos por las llamas que engullen aperos y bastimientos. El calor del mediodía se acentúa sofocante. Pero hay que seguir luchando en el cerco cada vez más estrecho y replegarse al fin a la plaza como último recurso. En una parte está Monroy, en otra Villagra, más allá el clérigo Juan Lobo, diestro espadachín; en seguida, Francisco de Aguirre, dando sin parar con la lanza y, en fin, Pero Sancho de Hoz, libre de sus grillos y haciéndose con el valor perdonar sus felonías. Caen y caen las flechas como en torrente desbocado, rebotando muchas sobre las armaduras, clavándose otras en la carne descubierta e hiriendo algunas de muerte a las preciosas y escasas cabalgaduras. No hay que ceder, se repiten entre el sudor y la sangre unos a otros los españoles, haciendo detonar sus arcabuces y tirando y parando golpes. Y continúa el combate sin tregua ante el sol que va bajando.

La única mujer de ese campamento aguerrido, no podía estar descuidada en la hora de prueba. Con gran solicitud ha ido dulcificando las heridas y poniendo una nota de optimismo en un cuadro que sólo mueve al absoluto desaliento. Pero debe interrumpir estos cuidados porque unos gritos salidos de las habitaciones contiguas le dicen que los siete caciques que allí tiene en rehenes el Gobernador, parte de los cuales trajo de regreso de Concón, están llamando a Michimalongo y a sus miles de acompañantes, ya muy próximos, a que acudan a liberarlos. Con la espada desnuda penetra Inés Suárez en el cuarto donde vigilan a los prisioneros Francisco Rubio y Hernando de la Torre, y mueve a éstos con fuertes razones a dar muerte sin tardanza a los jefes indios como medio de amedrentar a los atacantes. No se muestran por cierto muy inclinados a condescender a tal pedido los dos sol-

dados, que imaginan tener más segura la vida si a su vez respetan la de los caciques rehenes. Pero Inés Suárez insiste con impaciencia y no es fácil eludir esas palabras que llevan imperioso acento.

—“Señora, ¿de qué manera los tengo yo de matar?”, inquiera tímido el de Torre.

—“De esta manera”, responde la aludida. Y completando con hechos las escuetas palabras, comienza a decapitar a los prisioneros, cuyas cabezas son lanzadas al lugar donde bregan los sitiadores. Hecho esto, la brava mujer se coloca una cota de malla y sale a la plaza al sitio más arriesgado de los defensores.

Pero de súbito se advierte que entre los atacantes comienza a prender la incertidumbre. Esas cabezas de caciques venidas por los aires, les prueban que no está dispuesta a ceder la fiereza española y acaban por introducir el temor en sus filas. De ello saben aprovecharse los sitiados que al mando de Monroy, y después de invocar el nombre de Nuestra Señora del Socorro, arremeten contra los indios en un último esfuerzo y con tal denuedo, que éstos huyen despavoridos, dispersándose en todas direcciones. Hasta más allá del río van en su seguimiento con las cabalgaduras salvadas del asedio, logrando alejar en definitiva a los enemigos de los lindes de la ciudad.

V

Cuatro días tarda aún Valdivia en regresar a Santiago. Su excursión por las márgenes del Cachapoal ha sido provechosa, pues le ha permitido batir a los indígenas y dar con tierras de admirable feracidad y abundante volatería. Avisado del ataque de Michimalongo no pudo volver con más prontitud, pues la aspereza de los ca-

minos y el continuo choque con los naturales hacían su marcha lenta y difícil. Estaba por otra parte lejos de imaginar hasta dónde había llegado a ser de funesta para los conquistadores la embestida de los indígenas a la ciudad. Cuando su mirada coge ese montón de escombros calcinados de los que emergían, a manera de recuerdo, una que otra casa de la plaza mayor; cuando pudo verificar la muerte de dos compañeros, las heridas de los demás, la pérdida de quince de los treinta caballos que allí se encontraban, el desaparecimiento casi completo de las ropas, provisiones y aves domésticas, hubo de acudir a toda su voluntad para no derrumbarse en el desaliento. Cualquier otro que no fuera este hombre curtido en los reveses y porfiadamente terco ante los abandonos de la fortuna, habría sin duda cedido y acabado por reconocer su derrota. Desde su llegada del Perú apenas ha tenido un instante de tranquilidad, un momento que pudiera justificar el optimismo. Choques con la indiada, traiciones e intrigas de españoles, quema del bergantín que habría podido alcanzarle refuerzos y ahora, destrucción entera de Santiago, el primer paso firme a un asentamiento en esta tierra que parece empeñada en huírsele de las manos llevándose el manojito de sus esperanzas de poderío y gloria.

Hay que reiniciar toda la obra y por cierto que en las peores condiciones. Quizás en ese momento de oscuridad se le llenaron los oídos de esas palabras cuerdas con que procuraron vanamente rebatir su proyecto de expedición los amigos prudentes del Cuzco. Pero otra vez las desechó como tentación perversa. No hay que ver en la desgracia sino un agrandarse de la obra emprendida, un toque más de color en ese amasijo de audacias que es la conquista de América. Y no vendrá de él un gesto de ahorro a la adversidad que le conduce ciego a metas de alto honor. No, no podrá ser vencido. Seguirá y persuadirá a los otros que sigan.

Ya está recio y firme como si nada hubiera ocurrido, ordenando con seguridad, y no escatimando palabras de estímulo para los compañeros cuyo ánimo se precisa levantar a toda costa. Y, claro está que lo logra, comunicando a los aventureros una fe y una solidaridad admirables, sin las cuales no es posible persistir en la tarea bellamente loca de dominar la tierra de Chile.

Uno en pos de otro van colocándose los adobes por las manos pálidas y tristes de los indios peruanos de servicio, hasta lograr revivir las habitaciones derrumbadas. Y después, esas mismas manos, que no se doblan al cansancio, secundadas siempre por las españolas, se darán a la tarea de sembrar el escaso maíz arrebatado a los indios y dos "almuerzas" de trigo, único vestigio de cereal librado del incendio. De este pequeño montón, que por dos veces es posible hacer caber en el hueco de ambas manos, sabe la diligencia primorosa sacar, a pesar de la avanzada estación, la fabulosa cosecha de doce fanegas. Y todo con qué fatiga y cuidado, como que en ello va la vida de una población amenazada en muy próximo tiempo de perecer de hambruna. No menos solicitud se gasta en la reproducción de los únicos animales domésticos que subsisten: tres puercos y dos aves de corral. Es todo lo que ha podido librarse y gracias a la oportuna acción de Inés Suárez.

Mientras una parte se entrega de lleno a la desesperada función labradora, la otra monta guardia, pronta a repeler la sorpresa indígena. Valdivia está aquí y allá, multiplicándose con solicitud no igualada. Tan pronto es campesino, que hurga con ansias en el surco el brotar lento de la simiente, como soldado vigilante que recorre los contornos ahuyentando las acumulaciones adversarias.

Es un transcurrir sin tregua y que no vislumbra más descanso que la posible venida de refuerzos del Perú. No obstante, en la búsqueda de éstos hay que renunciar a la



Alonso de Monrou

ruta segura del mar, desde el malhadado incendio del bergantín de Concón, y no resta sino acudir al camino por tierra preñado de sorpresas ingratas y repasar esa huella de muerte de que acaban de librarse con horror apenas unos meses.

Alonso de Monroy está pronto a sobrellevar esta arriesgada misión y Valdivia se resigna a desprenderse de su valeroso Teniente General ante una necesidad que no admite dilaciones. Pedro de Miranda y cuatro jinetes más le acompañarán en el viaje, y a manera de tácito y elocuente argumento capaz de desvanecer en el Perú la atmósfera de desprestigio que rodea el nombre de Chile, llevarán por disposición del Gobernador siete mil pesos de oro conservados del tiempo de la explotación de Malgamalga y que los pobladores se muestran llanos a ceder. Entonces, para alivianar la carga de las cabalgaduras, Valdivia hace fundir del precioso metal las estriberas y las guarniciones de las espadas y dos vasos para el uso de los expedicionarios. Sencilla forma de transportar a las lejanas distancias la preciosa carga y no menos hábil manera de persuadir a la soldadesca que deambula por calles de Lima y del Cuzco que Chile se ofrece con virginal abandono a llenar su brutal fiebre de codicia.

Todo está pronto y los seis peregrinos, hincando una rodilla en tierra, reciben del Gobernador la bendición y una vez más el cúmulo de insistentes recomendaciones y encargos. Y ya alzados sobre las bestias, sueltan las riendas en pos de una aventura de trazos incógnitos de que pende la vida de más de un centenar de hombres.

Atrás, entre paja y adobe, queda Santiago del Nuevo Extremo oprimiendo el cúmulo de angustias y esperanzas de Valdivia.

DESDOBLANDO HORIZONTES

I

Por dos veces ha caído el invierno sobre el desamparo de los colonos. Por dos veces la primavera busca de suspender las inquietudes del alma y prodiga algún aliciente en el corazón oprimido de Valdivia.

¿Qué ha ocurrido en este largo transcurrir, en esta espera que se prolonga en desafío absurdo de crueles realidades? Un año y otro año han ido anudando sus cuentas de desventuras, en que alternan el hambre, el frío y la inseguridad de la vida. Aquí las condiciones de caudillo del Gobernador han estado como nunca en juego. Hubo de ser, como lo consigna él mismo, "el primero a los peligros, porque así convenía; padre para los favorecer con lo que pude y dolerme de sus trabajos, ayudándolos a pasar como de hijos y amigo en conversar con ellos; geómetra en trazar y poblar; alarife en hacer acequias y repartir aguas; labrador y gañán en las sembreras; mayoral y rabadán en hacer criar ganados; y, en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor".

Se necesita de su temple de acero para conservar en disciplina a esta población que encorva sobre la tierra las carnes apenas disimuladas por los harapos, en afán de coger el fruto de sus entrañas, que no es ya el trigo y el maíz de consumo escatimado, sino raíces y cebolletas, las cuales con sabandijas y cigarras han debido constituir

durante meses su más precioso alimento. Se necesita también del sentido previsor y de las dotes militares de Valdivia para mantener entretanto en jaque a los indígenas, siempre dispuestos a la ofensiva, organizar sistemáticas expediciones a fin de ahuyentarlos de los contornos y construir un cerco de adobes de más de tres metros de altura para la mejor defensa de la ciudad. Y esta obra, lo recordará más tarde al Emperador, la "hicieron a fuerza de brazos los vasallos de V. M. y yo con ellos. Y con nuestras armas a costas trabajábamos desde que lo comenzamos hasta que se acabó, sin descansar hora; y en habiendo grita de indios se acogían a él la gente menuda y bagaje, y allí estaba la comida poca que teníamos guardada y los peones quedaban a la defensa y los de a caballo salíamos a correr el campo y pelear con los indios y defender nuestras sementeras."

Desesperada monotonía de vida o muerte que ha sido posible sobrellevar alimentándose en la esperanza de la pronta llegada de Monroy con los refuerzos, pero que ya excede todos los límites al enterarse dos años de abandono en que no se tienen del emisario las menores noticias.

Al fin llega el día en que unas blancas alas se asoman sobre la línea sin relieve del horizonte de agua de Valparaíso y el ojo inquieto de un yanacona apostado por Valdivia sabe a tiempo cogerlas antes que se desvanezcan en la lejanía. Pronto eleva sobre las planicies columnas de fuego y las alas antes distantes, comienzan a acortar el espacio y, en gracioso balanceo, se deciden a aceptar la invocación desesperada de las fogatas.

Algunas horas más tarde ha llevado el fiel yanacona a Valdivia la noticia del arribo del "Santiagoillo" con refuerzos del Perú y toda la población se deja arrastrar por la alegría, enviándose por el Gobernador un destacamento al frente de Francisco de Villagra para ir al encuentro de los tan esperados auxiliares.

El jefe de la expedición, Diego García de Villalón, viejo amigo de Valdivia, conocedor de las necesidades de éste por las informaciones que le suministrara en Arequipa Alonso de Monroy, se dió a la tarea de equipar una nave que para el efecto le cedió a cambio de la mitad de su importe Lucas Martínez Vegaso, hermano de aquel Francisco que había actuado como socio capitalista del conquistador de Chile cuando éste organizaba su viaje en el Cuzco. No se contentó Lucas Martínez con distraer su navío del negocio de las minas, que mucho le producía, sino que aún invirtió más de diez mil pesos en pertrechos y armamentos, costeó gratuitamente el transporte de los que quisieran venir a Chile y dió a Monroy auxilio en dinero para que organizara el traslado de otro refuerzo que debería seguir por tierra.

El equipo del "Santiaguillo" importaba sin duda un nuevo gravamen para la hacienda exhausta del Gobernador, que debería alguna vez reponer a los celosos amigos sus riesgos y desembolsos. Pero esto no tenía por qué inquietarle dada la enorme confianza que le asistía sobre el éxito final de su empresa que ahora veía salvada del más inminente de los peligros. Si el auxilio de soldados era poco menos que insignificante, la ayuda en vestidos, armas y alimentos resultaba preciosa y utilísima, asegurando la vida y el progreso de una colonia próxima a desaparecer. Y hasta la presencia de Francisco Martínez, venido a Chile en el navío a recoger su parte en los beneficios de la conquista, y que pudo ser motivo de nuevas contrariedades y diferencias, dió ocasión a que se llegara entre los socios a un satisfactorio arreglo. Pronto Martínez se cercioró del ningún fruto económico que con cargo a la compañía podía reclamar de Valdivia y gracias a la fuerza persuasiva de éste acabó por contentarse con una encomienda de indios en el pueblo de Colina a cambio de la renuncia de sus derechos. De esta manera el extremeño, con argucia y diplomacia deshacía esta sociedad, co-

mo años antes la que le ligaba a Pero Sancho, y concretaba en su sola persona todas las perspectivas de la empresa.

La exigüidad del contingente de hombres de armas tuvo sobrado complemento tres meses más tarde, cuando en Diciembre de 1543 Valdivia recibió el refuerzo terrestre de su Teniente Monroy, compuesto de muchos indios y de setenta españoles bien armados y provistos. La llegada de su valioso auxiliar le vino a imponer con más detalle de las ocurrencias del Perú, de que ya tenía noticias por Diego García de Villalón y demás tripulantes del "Santiaguillo". El marqués Pizarro había perecido asesinado por los parciales de don Diego de Almagro, el mozo, y la guerra entre éste y el Gobernador Cristóbal Vaca de Castro, enviado por el Rey a apaciguar la tierra, se hallaba en su punto culminante al llegar Monroy a ella. En espera de los acontecimientos había éste seguido viaje a las minas de Porco donde recibió buena acogida de los propietarios que cultivaron amistad con Valdivia, y luego de enterarse de la derrota que en las Chupas logró infligir a los almagristas, Vaca de Castro, fué donde éste en demanda de ayuda para los abandonados colonos de Chile. La petición no encontró una acogida entusiasta del Gobernador, pues no podía en circunstancias tan delicadas como las que transcurrían en el Perú, distraer fuerzas militares en una empresa de dudoso resultado. Y así Monroy quedó de hecho abandonado a su suerte, que no fué tan adversa, pues supo encontrar comprensión en un hombre de recursos y empuje, Cristóbal Martín de Escobar, que fuera de alistarse junto con su hijo Alonso, proporcionó los medios económicos para reclutar a los setenta expedicionarios españoles y demás indios auxiliares.

No sólo había sido nula la cooperación material de Vaca de Castro a los planes de Valdivia, sino que en cierto modo llegaba a entrabar los arrestos de independencia que éste se esmeraba en justificar con la designa-

ción gubernativa arrancada al Cabildo y pueblo de Santiago. En efecto, le enviaba dos provisiones, una de las cuales previendo el caso de muerte del conquistador de Chile, nombraba a Monroy como sucesor; y otra que confirmaba al extremeño en el título de Teniente Gobernador que le había concedido Pizarro. Si la primera provisión no podía desagradarle dado el afecto y confianza que tenía puestos en su valeroso colaborador, la segunda, en cambio, importaba reducirle nuevamente al papel de mero subordinado del Gobernador y estrechar el campo de sus ambiciones. Claro está que Valdivia no iba a dejarse ahogar por esta pequeña contrariedad habiendo logrado superar tantas otras de mayor fuerza. Sin inmutarse mucho por el caso, se guardó de difundir la existencia del incómodo documento y siguió denominándose, como si nada hubiera ocurrido, Gobernador electo por el Cabildo y pueblo en nombre de Su Majestad. No en balde había aprendido a la vera del Marqués Pizarro la ciencia de conciliar el incómodo contenido de las provisiones reales con el mundo opuesto de las propias conveniencias, y la distancia y el aplomo convidaban a aplicar en Chile estas buenas normas de la jurisprudencia macuca.

II

Ya había medios y recursos para revelar toda la extensión de estas tierras de que él se decía Gobernador y que en realidad apenas conocía hasta el cercano deslinde del Cachapoal. Su deseo era trasponer la frontera e ir a reducir a los indios en los lugares en que aún se solazaban de su plena libertad. Le urgía además someter a su dominio todo el territorio que iba hasta el estrecho de Magallanes, antes que concesiones reales lo vinieran a

entregar a otras manos, reduciendo así a pobres contornos la gobernación de sus desvelos.

Pero, antes de aventurarse en excursiones por la región del sur, creyó necesario practicar algunas correrías por el valle de Aconcagua, en el que el temible Michimalongo meditaba sin duda un nuevo golpe sobre Santiago, apenas repuesto de su destrucción. De allí las bandas guerreras, cada vez más exaltadas, llegaron a enviarle cartel de desafío, haciéndole saber por mensajeros que estaban deseosas de medirse con los nuevos soldados de refuerzo y comprobar el verdadero alcance de su arrojo y valor.

Con ochenta hombres fué Valdivia a contestar el reto y aunque en diversos choques resultó vencedor, se mantuvo por los indios el grueso de la resistencia. Estos se defendieron admirablemente tras sus fortificaciones y pircas, no pudiendo ser desalojados, y una vez más el Gobernador tuvo que regresar a la ciudad sin conseguir su objeto.

No se dió por vencido, sino que luego de descansar unos días con sus hombres, volvió en persecución de los naturales, esta vez con mejor resultado, pues, después de destruir tres de sus fortalezas, dispersó buen número de ellos obligándolos a repasar las márgenes del Maipo. Y en una nueva expedición logró ahuyentar al norte de Quillota a Michimalongo e infligirle una derrota en el valle de Limarí, aunque no pudo capturar al peligroso adversario que supo a tiempo escurrirse de sus manos.

Las diversas excursiones por la tierra del norte hicieron comprender a Valdivia la urgencia de establecer allí un reducto de población estable que garantizara el tránsito al Perú, tan amagado de fatales sorpresas indígenas. Esta idea, que en él iba tomando cuerpo cada día, vino a parecerle de impostergable realización al llegar a comprobar que en esas costas había ocurrido el naufragio de un barco de socorro, cuyos tripulantes, sorprendi-

dos por la indiada, en medio del total abandono, perecieron asesinados. Fijóse en el capitán Juan Bohón para confiarle esta delicada misión y en verdad que no quedó desairado, pues, a raíz de una campaña pacificadora de la comarca desarrollada con éxito en tres meses, pudo él echar ya en Agosto de 1544 las bases de la nueva población en un lugar de apacible clima que a poco ahoga su arrastrar amodorrado en el violento golpe de la ola. La Serena sería el nombre de esta segunda ciudad. Es toda una evocación del terruño distante, de ese trazo de geografía humanizada que entre la piedra y la encina acunó la ambición del caudillo apenas comenzada a distenderse. Va en ese nombre acaso una pasajera nostalgia, un saludo que renueva la fidelidad a los deberes de la casta aún no plenamente cumplidos.

Mientras Bohón parte a llenar su tarea y tras él los hombres de su escolta, sugestionados con la pronta recompensa prometida por Valdivia de ricas encomiendas "de indios que nunca nacieron —según confesará más tarde el Gobernador— por no decirles habían de ir sin ellos a trabajos de nuevo después de haber pasado los tan crecidos de por acá", transcurre Santiago en medio de la angustia del más crudo de los inviernos. Chorreaman los cielos agua implacable y el Mapocho, hinchando sus dos arterias, amenaza estrangular al poblado que se apiña en su centro. Por todas partes cieno y más cieno, resbaladizo e intransitable. Es la completa paralización de toda la actividad. Valdivia tiene que aguardar en su estrecha prisión el declinar del tiempo malo y reprimir la impaciencia que le está royendo desde el día en que sus vigías de la playa de Valparaíso le trajeron la noticia del arribo de un nuevo barco del Perú. Pasarán dos largos meses y caerá aún mucha agua hasta que le sea permitido emprender viaje al vecino puerto y enterarse por sí mismo de la presencia del navío "San Pedro", en el que Pedro Calderón de la Barca, criado de Vaca de

Castro, ha traído para negociar en Chile más de diez mil pesos en mercaderías de verdadera necesidad.

No es sólo el refuerzo de provisiones para los colonos lo que hace acoger con júbilo a Valdivia la llegada del "San Pedro". Viene allí un hombre que le secundará valiosamente en sus planes de ensanchamiento del ámbito geográfico de la gobernación, tan reducido hasta el presente. Desde las primeras palabras que cruza con ese marino genovés, ve en sus ojos vivos e inquietos un golpe de inteligencia, de audacia y resolución que ha de transformarle en su mejor aliado y en un seguro y noble confidente. Tiene Juan Bautista Pastene, el capitán de la nave, toda la despreocupación del hombre que siente fe en su destino y que rechina en la confianza de su fortuna. Hay en él, más goce en el riesgo de la aventura superada que preocupación por obtener posiciones espectables. No verá, pues, Valdivia sombras de rivalidad en sus servicios y sí mucha franqueza y lealtad en el rostro abierto y generoso que el destino le ha colocado delante.

No transcurren muchos días y Valdivia ya inviste a Pastene con el cargo de Teniente de Capitán General en la mar, confiándole la misión de ir con el "San Pedro" y el "Santiaguillo" a explorar las costas del sur acercándose en lo que fuere posible al Estrecho de Magallanes, cuya toma de posesión tanto preocupa al Gobernador. La partida de la expedición, en que participa la más granada oficialidad, es precedida de una ceremonia solemne en el puerto de Valparaíso. Valdivia, con todos sus arreos y tremolando un estandarte, se acerca a Pastene: "Capitán —le dice—, yo os entrego este estandarte para que bajo la sombra y amparo de él sirváis a Dios y a Su Majestad y defendáis y sustentéis su honra y la mía en su nombre y me deis cuenta de él cada e cuando os la pidiere, y haced juramento y pleito homenaje de lo cumplir." Se adelantó Pastene a recibir el estandarte, prometiendo hacer en todo lo que le fuere mandado, agregando Valdi-



Juan Bautista Pastene

via que le enviaba a reconocer las tierras del sur hacia el estrecho de Magallanes para tomar posesión de ellas en nombre de Jesucristo, de Su Majestad y del suyo propio.

Ya el viento ha hinchado las velas hacia horizontes de incógnita. Sobre el palo del "San Pedro" flotan en la seda del estandarte el ansia española de imperio y la propia esperanza del caudillo. Allí el águila del César Carlos estampa la fuerza de su garra rapiñera y más abajo las sierpes de Valdivia, en apretado enlace, muerden el madero de una ambición dura y resbaladiza.

III

Mucho queda aún por recorrer hasta topar con ese límite ideal de la gobernación que es el estrecho de Magallanes. Así lo sabe Valdivia de labios de Pastene cuando a poco menos de un mes regresa éste de su expedición. Toda una larga y prolongada costa a la que algunos ríos se agolpaban trayendo el murmullo extraño de bosques impenetrables. Y en caprichosa diseminación, aquí y allá, reductos indígenas afanosos de poblar el silencio empecinado. Todavía ni vestigio del paso anudador de ambos mares.

¿Cómo intentar el dominio de esa tierra amplia con la sola ayuda de doscientos españoles? ¿Y cómo atraer nuevos refuerzos sin exhibir en el Perú el argumento vivo del oro? Felizmente ha regresado ya a Santiago Francisco de Villagra después de llenar una comisión de Valdivia. Se hacía necesario atraer a los indígenas, que huyendo de las inmediaciones de la ciudad, habían traspuesto el Maule, pues en otra forma el reparto de encomiendas era para los colonos una dádiva ilusoria y el trabajo de

las minas de todo punto irrealizable. Y ahora podía contarse ya con algunos grupos que gracias al poder persuasivo del Maestre de Campo se mostraron dispuestos a regresar a su antiguo asentamiento y a reiniciar pacíficamente el cultivo de la tierra, asegurando así el sustento de la población.

Se hacía posible volver al laboreo de las minas sin que las inquietudes del hambre y de la guerra torcieran el ánimo. Pero Valdivia, que no desea comprometer la paz del futuro a cambio de un efímero presente ventajoso, juzga más prudente confiar este trabajo a los indios traídos del Perú. Se trata de una obra en extremo pesada en que la explotación del hombre por el hombre alcanza su culminación y si se echa sobre las espaldas de los naturales de Chile, acabará provocando violentas reacciones en circunstancias en que con gran dificultad se han podido trazar los contornos de una armonía indispensable.

La explotación minera se realiza con gran eficacia, lográndose reunir hasta setenta mil castellanos de oro. Pero de ellos, menos de la mitad corresponden a Valdivia y éste necesita ingentes sumas en vestir de realidad sus proyectos. Para el hombre que navega en ambiciones desbocadas y que busca con premura y pasión concretar el ímpetu de su poder, tiene el dinero un eficaz valor instrumental. No hay en él codicia, pero sí mucha, muchísima ansia de mando y su alma renacentista conoce el poder de convicción que es llamado a tener un montón de piezas rubias. Por eso le consume una como fiebre de poseer oro y más oro, que sabrá convertir en nuevos brazos españoles taladradores de selvas infranqueables y ensanchadores de una tierra que ha llegado a amar con pasión en fuerza de identificarla con su destino. ¿Cómo ha de contentarse con lo que le ha cabido en la partija de la producción de la mina, si su obra está apenas bosquejada? No; habrá que urgir a todos que le cedan su

parte, porque el bien común así lo requiere. Una y varias veces lo dice y repite en todos los corrillos de la escueta ciudad. Pero sus palabras parecen desvanecerse sin que llegue la calurosa correspondencia. Habrá entonces que urdir con más ahinco y, si es preciso, amenazar.

Ha terminado la misa en el templo rústico de techo pajizo y anchas murallas de adobe. De espaldas al altar, donde acababa de producirse la Divina inmolación, está de pie Valdivia. Con un gesto imperioso detiene a los asistentes que se aprestaban ya a abandonar el recinto y los deja inmóviles, estáticos, aguardando su palabra. La oratoria se desenvuelve en un principio pausada y recia: Todos saben lo que urge contar con nuevos refuerzos y que no es posible dilatar por más tiempo esta petición de ayuda, ya que sólo con apoyo del Perú podrá reafirmarse la conquista y lograrse de ella los frutos que se esperan. Pero ¿cómo obtener sin oro este auxilio indispensable? —Aquí ya el discurso va subiendo de tono.— Si los medios escaseaban, hasta de los vasos del altar habría que echar mano, y, claro está, que todos los presentes habían de aprontarse a ceder su dinero para una empresa de tan señalado honor para el nombre de España y de indudable beneficio colectivo. Sí, él necesitaba con urgencia sus puñados de oro y los pedía a todos en préstamo para consolidar la dominación del César en la tierra de Chile. Pero, que lo oyeran bien: —y ahora venía el punto culminante de la peroración— el que no le diera el dinero a las buenas, “supiese que se lo sacaría y el pellejo con ello”.

Algunos vecinos se resignan a someterse a este empréstito forzoso y ponen de inmediato sus talegas a las órdenes del Gobernador. Pero otros, y de los más acaudalados, buscan de eludir la imperiosa demanda, hasta constatar por la experiencia que Valdivia no es de los que dejan mucho margen entre el decir y el obrar. La orden dada al Alguacil Mayor para prender a Francisco

de Vadillo, Juan de Higuera y Bartolomé Sánchez, y colocarlos de cabeza en el cepo y sin comida hasta que aflojaran la última pepa de oro, fué suficiente para que los empecinados abrieran presurosos la bolsa y se aprestaran sin titubeos a hacer entrega de su contenido. "Cosa del diablo es que aquí no ha de tener hombre cosa propia", murmuran por lo bajo los poco espontáneos prestamistas, mientras ven esfumarse de sus manos el producto de tantas fatigas y desvelos. Pero ¿quién se atrevería a contrariar esa voluntad de acero y a cerrar al visionario su camino?

Valdivia ha confiado a los fieles amigos Monroy y Pastene la delicada tarea de transportar el tesoro al Perú y reclutar allí el nuevo refuerzo. Los acompañará un hombre que llegó a Chile con intenciones siniestras, pero que ha mostrado tal compostura en los últimos años que parece haber alcanzado una radical transformación. Es Antonio de Ulloa, cómplice de Pero Sancho en el fracasado intento de asesinato del despoblado de Atacama, que en fuerza de súplicas obtuvo el perdón de la pena de destierro aplicada a sus demás compañeros y continuó en la expedición actuando con fidelidad. Acaba de recibir noticias de España que le comunican la muerte de su hermano mayor y ha resuelto regresar allí a recoger la herencia de sus bienes. Marchará, pues, al Perú con Monroy y Pastene, para seguir después rumbo a la Península donde, según promete al Gobernador, visitará a Carlos V para imponerle en detalle de la conquista de Chile y de los méritos de su caudillo.

Ya todos los preparativos del viaje están cumplidos, sin que queden olvidados algunos ricos presentes para Vacá de Castro, que acaso le inclinen esta vez con más eficacia a los pedidos de Valdivia. Ha ido éste a carenar el "San Pedro" a La Serena, donde "hay un cierto betume que lo da Dios de sus rocíos y se cría en unas yerbas en cantidad, que es como cera, y dicen es para esto muy

apropiado". Y al fin pueden los comisionados hacerse a la vela, rumbo al Perú, el 4 de Septiembre de 1545, llevando una extensa carta del Gobernador para Carlos V, con cargo de dirigirla a España "por vía de mercaderes".

IV

Cómo ha corrido la pluma en afán de retener el cúmulo de acciones transcurridas y de mover con ellas la admiración y la benignidad del Emperador. No hay detalle de impresión que pueda allí estar omitido. Desde la salida del Cuzco y el dificultoso tránsito por los desiertos del norte, hasta la fundación de Santiago, con su ruina, reedificación y años de hambre, todo aparece en pormenores. Recuento prolijo de tanta hora inquieta, desmoronada y de resurrección, en que tan sólo queda el pago de la gloria y de la fama. ¿Qué sacrificio, privación y angustia han quedado excluidos de la aventura críspada de Chile? Y él, el caudillo de la imposible tarea, ha querido darse para todos con afectos de padre, echando aliento en la bocas escépticas y prestando apoyo al que iba por derrumbe. Ha ejercido la autoridad en el Real nombre por voluntad del Cabildo y pueblo, y espera del invicto monarca la confirmación de esta investidura. Su tarea no va por las rutas bestiales e insaciables de los buscadores de oro. Hay todo un propósito constructivo y de estabilización del honor y de la cultura de España en las nuevas tierras halladas: "Por mirar yo lo que al servicio de V. M. conviene, me voy poco a poco; que aunque he tenido poca gente, si tuviera la intención que otros gobernadores, que es no parar hasta topar oro para engordar, yo pudiera con ello haber ido a lo buscar y me bas-

taba; pero por convenir al servicio de V. M. y perpetuación de la tierra, voy con el pie de plomo, poblándola y sustentándola". Es el jefe de visual incontenida, el artífice de amarras eternas, altivo impugnador del aventurero carente de horizonte divino y humano, que ha labrado el signo de su vida en los viles cosquilleos de la codicia. Que lo comprenda bien el Emperador: quien le escribe no sólo es un soldado valeroso, sino también un estadista. Y un hombre de tan insaciables quereres que no sería fácil atajar en su carrera. Pide para sí la gobernación de Chile, porque ya la tiene ganada como nadie con su sacrificio continuo, pero la extiende hasta las aguas del Estrecho donde su ambición ha llegado antes que sus plantas. Y si, contrariándole, se da a otro la región austral, ya vendrán los disturbios, pues no está dispuesto a cejar en su propósito. El César así lo comprenderá en estas entrelíneas tan abiertas: "El peso de esta tierra y de su sustentación y perpetuidad y descubrimiento, y lo mismo de la de adelante, está en que en esos cinco o seis años no venga a ella de España por el estrecho de Magallanes capitán proveído por V. M., ni de las provincias del Perú, que me perturbe... A V. M. aquí se lo advierto y suplico, porque, caso que viniese gente por el Estrecho... si nos viesen litigar sobre la tierra, está tan vidriosa que se quebraría y el juego no se podría tornar a entablar en la vida."

Nada parece preocuparle ni tenerle recluido el seso y amarrado el corazón fuera de la empresa de Chile. Pero ¿no hay allí paso a la aventura galante, e Inés Suárez, no es el vivo testimonio de otras inquietudes, de otras ternuras? En balde se hurgaría aquí tras la nota sentimental. Lo que lo liga a ella no parece salir de marcos de fisiología. Que le ha dado tierras y encomiendas, es cierto, pero en todo esto va más el premio al valor indiscutible del soldado que aún el pago a los favores de la carne. Y que no se busque un solo rasgo de entrega

de su voluntad en manos de esa única mujer española arrastrada a la odisea de Chile. La independencia del obrar la ha conservado y la conservará siempre, impermeable a todas las influencias. Hace poco llegó hasta él Inés Suárez repitiendo empeños de terceros, y tal fué su enojo y juramento, que la echó de su presencia "dándola al demonio" y la habría despedido de su casa si no fuera por los ruegos de Monroy, allí presente. No; no cabe dilapidar afectos ni dejarse subyugar por los embrujos de una mujer, cuando se está entregado por entero al cumplimiento de una obra gigante. En él se ha hecho carne la idea de forjar una nación, de ir desdoblando de la nada el mapa de un nuevo reino, sin dar espacio en el corazón a otros frutos. Hombre del Renacimiento, siente el llamado a la creación artística y actúa como un nuevo Pígmalión enamorado de su Galatea. Su obra ha recibido la fuerza incontenida de su amor, pero al volcar en ella la médula de su ser; no lo ha hecho sin que le guíe la esperanza de recobrase acrecentado. Ni por un momento esconde su propósito de que Chile sea a perpetuidad el vocero de su nombre y de su gloria. Lo dice y lo repite al Emperador: "No deseo sino descubrir y poblar tierras a V. M. y no otro interés, junto con la honra y mercedes que será servido de me hacer por ello, para dejar memoria y fama de mí."

No hay renunciamiento posible al goce de los sentidos cuando se trata de saborear la hondura de la obra creada y acariciar la dulce suavidad de sus contornos. Y, en cambio, es seguro que la imaginación vendrá en socorro y complemento de lo que los sentidos nunca podrán descubrir y que el amor, piadoso, descuidará insistencias que limiten y reduzcan la imagen sublimada. Es lo que ocurre en la descripción que envía al César del fruto de sus desvelos; recuento de cualidades sin ánimo de verlas aminoradas: "Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo por-

que es muy llana, sanísima y de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos si no es cuando hace cuarto de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al sol que no le es importuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio dellas, y las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está lleno dello, y donde quiera que quisiere sacarlo allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar, y agua y yerba para sus ganados, que parece la creó Dios a posta para poder tenerlo todo a mano".

Y el hombre de sobriedad curtida en cien combates, que no ha doblado su hirsuta voluntad ante el revés continuo, está aquí de hinojos, derrotada su altivez y en confidencia de amor y rendimiento a la belleza, como nuevo Pigmalión ante el encanto invencible de su Galatea.

V.

Comenzaba el año 1546 cuando Valdivia en persona se resuelve a explorar las regiones del sur a la cabeza de sesenta jinetes. Las informaciones de Villagra y de Pastene le servirían de guía precioso en este viaje, con que quería extender efectivamente la conquista a esos lugares, echando los fundamentos de una nueva ciudad. Parte de los que le acompañaban serían sus primeros pobladores y el aliciente de obtener más ricas encomiendas les había llevado hasta renunciar con gusto las que ya poseían en la ribera del Mapocho. Va con los expedi-

cionarios el soldado Diego Díaz, criado de Valdivia, cuyo alistamiento ha producido un serio choque entre el Gobernador y el Cabildo. El Alcalde Rodrigo de Araya, dando curso a una demanda por deudas en contra de Díaz, decretó el embargo de su caballo, lo que causó serio disgusto al Gobernador que requería indispensablemente de la cabalgadura para el proyectado viaje. Araya, parapetado en los fueros de la corporación edilicia, se atrevió a mantener su providencia, alegando estar fundada en justicia. "Lo que yo mando ;no es justicia?", le repuso airado Valdivia. Y ordenó detener al Alcalde en casa de Luis de Toledo, donde hubo "destarse medio derecho" mientras Díaz montaba la bestia en seguimiento de su implacable señor.

Caminan en un principio sin inquietudes por tierras exploradas y sometidas. Pero a medida que se internan por parajes desconocidos, se revelan a sus ojos agrupaciones indígenas cada vez más abundantes y que más lejos parecen mostrarse a un entendimiento pacífico. El viejo sistema de Valdivia de despachar mensajeros con proposiciones de amistad, no encuentra ningún eco. Y una mañana, trescientos guerreros caen sobre los españoles y les presentan fuerte batalla. Trabajo cuesta a los atacados, a pesar de la superioridad de sus armas, librar-se de los asaltantes y no por mucho tiempo, pues esa misma noche, en el asiento de Quilacura, han de hacer frente a un compacto ejército de cerca de ocho mil indios. Dos largas horas dura el combate, en que se pierde un caballo y quedan varios otros heridos, hasta que la muerte del jefe de los enemigos provoca su dispersión.

Continúa Valdivia descendiendo más al sur y da con las anchas aguas del Bío-Bío, en cuyas márgenes su ojo de estrategia ha escogido el asiento de la nueva población. Pero sus compañeros se resisten a mantener por más tiempo la permanencia en esos parajes. Son apenas un puñado y la ferocidad y el número de los habitantes

de la región llegarán a concluir con sus vidas. Se sabe todavía, por indios prisioneros, que una inmensa concentración de guerreros se está realizando en las inmediaciones y que esa misma noche se abalanzarán sobre los visitantes en busca de su exterminio. No queda pues más remedio que huir a tiempo y por desiertas y escondidas encrucijadas, antes que sea demasiado tarde.

Valdivia comprende la inutilidad de toda resistencia a estos dictados de la lógica y se resigna a dilatar sus anhelos para tiempos mejores. Unas grandes fogatas, brochazos de rojo y oro en la oscuridad del aire, harán creer a los indios que allí está instalado el campamento español, mientras por sendas ocultas en las cercanías de la costa galopan de vuelta a Santiago el Gobernador y sus soldados.

El regreso incuba nuevos problemas. Los compañeros más fieles y abnegados reclaman con urgencia la completa reforma del repartimiento de indígenas. Se había realizado éste el año siguiente de la fundación de Santiago, con falta de conocimiento del país y de sus habitantes, procediéndose a una excesiva distribución de los pocos naturales que lograron colocarse bajo la dominación de los conquistadores, lo que hizo que las rentas de las encomiendas resultaran en la mayoría de los casos ínfimas cuando no ilusorias para sus beneficiarios. El correr del tiempo había destacado suficientemente a los más merecedores a tales recompensas y no resultaba justo mantenerlos en una condición equivalente a los que habían prestado servicios insignificantes.

Valdivia pesaba muy bien la importancia y la justicia de estas razones, pero no quería aparecer dando el primer paso en una medida que necesariamente iba a crear enconos y podía blandirse más tarde en su contra como acto abusivo o de favoritismo. Había que dar la sensación de que la voz del pueblo reclamaba esta reforma y

que él actuaba como mero ejecutor de la voluntad general.

A igual que en el caso de la elección de Gobernador, la máquina es preparada con sumo cuidado, revisiéndose cada actitud del más adecuado ropaje legal. El 6 de Julio de 1546, se dió el primer paso al través de Bartolomé Flores, que en su calidad de Procurador de la ciudad representó al Cabildo la urgencia de modificar el reparto de las encomiendas, ya que su producido no permitía mantener y sustentar el decoro de los beneficiarios. Proponía la reducción de éstos dejando para los posibles despojados el consuelo de verse resarcidos en el futuro cuando se extendiera la dominación a los regiones del sur, que se sabían muy pobladas de indígenas. El Cabildo apoyó las razones de Flores y se trasladó en cuerpo a la casa del Gobernador a transmitir su acuerdo. Lo recibió Valdivia con la solemne gravedad de otras veces y, después de escuchar los razonamientos que sabía de memoria, contestó con la frase sacramental de sus comedias, que "haría aquello que le pareciese convenir al servicio de S. M. y bien de sus vasallos y de la tierra y perpetuación de sus naturales".

Veinte días dejó pasar el Gobernador para cubrir las apariencias y dar a su veredicto la impresión de ser la resultante de un estudio meditado y justiciero. Al fin la sentencia se dió a luz y de sesenta encomenderos bajó el número a treinta y dos. Los favorecidos eran, claro está, los más leales y eficaces cooperadores de su obra. Pero ¿quién de los despojados iba a aguardar con resignación el veredicto? Valdivia trataba de neutralizar el inevitable mal efecto con la socorrida promesa a los perjudicados de ricas encomiendas luego que la conquista alcanzara a las tierras australes. Pero sabía que nadie iba a contentarse con bellas palabras y como, por su parte, estaba resuelto a no variar el curso de su voluntad, corrió desde luego al encuentro de las reclamaciones y al-

borotos, dictaminando que todo ex encomendero que profiriese ante sus antiguos indios u otras personas palabras en contra de su sucesor en el beneficio, sería sancionado con quinientos pesos de oro de multa, sin perjuicio de juzgársele como amotinado y perturbador del orden.

Nadie ignoraba lo que era capaz de hacer el Gobernador, para conceder a sus órdenes el alcance de simples bravatas. Pero los damnificados con la reforma, sentían tan ardiente el golpe que no temieron llegar hasta las casas de Valdivia a quejarse del despojo. Por cierto que nada obtuvieron, sino la seguridad individual de castigos contundentes, como Diego de Velasco y Antonio de Tarabajano, a quienes amenazó de inmediato con la horca si no callaban. Para algunos no vino a quedar, pues, sino una rabiosa resignación. Pero para otros se mantuvo la esperanza de un próximo e implacable desquite. Y la cabeza capaz de urdir la trama vengadora se mostraría bien pronto.

ENTRE ESPADAS Y SOSPECHAS

I

No ha sido de mucha rudeza este invierno de 1547 y sin embargo, el natural enhiesto de Pero Sancho ha confesado su derrota. Tumbado en el lecho, muestra a los que le visitan un ánimo de pesimismo y quebranto. Habla de testamento, de muerte. Dice que necesita consultar al Gobernador algunos puntos delicados de sus últimas disposiciones y suplica se le pida a Valdivia la merced de que concurra a visitarle.

Sin duda, que negarse al pedido de un moribundo, por villano que sea, es gesto carente de nobleza, se dicen los familiares del caudillo. Pero ¿no podría temerse un hábil lazo urdido en su contra? ¿No es ya suficiente la experiencia de los anteriores golpes para dudar de Pero Sancho y precaverse de todo lo que venga a su nombre? Esta intempestiva muestra de afección y confianza por Valdivia, el punto de sus odios, no deja de ser extraña, cuando no hace mucho se le ha oído murmurar en su contra al verse afectado por la reforma de las encomiendas, y cuando cierta atmósfera general de descontento nacida de este acto de autoridad y de la falta de socorros del Perú, que en balde se esperan cabalmente desde hace ya dos años, parece haber estrechado más de lo corriente los vínculos de amistad de ciertos colonos con el antiguo conspirador.

Ninguno de estos pormenores se escapan a los leales amigos de Valdivia y entre ellos, menos que a nadie, a Inés Suárez, que con su intuición de mujer se pone en guardia ante el peligro latente. Sólo el Gobernador parece desdeñoso de tales temores. Oye con indiferencia no exenta de hastío las observaciones y consejos y volviéndose al fin a uno de los contertulios más insistentes, lo corta brusco:

—“¡Anda! que Pero Sancho es buen hombre. Ya me ha hecho dos ¿y otra me había de hacer?...”

Y después de una pausa, como si recapacitara:

—“Si eso fuera así, yo le castigaría.”

Pero los amigos renuevan sus temerosas consideraciones y en fuerza de tanto insistir acaban al menos por forzar a Valdivia a que acepte compañía en su visita al aposento de Pero Sancho.

Nada extraordinario ocurre en la entrevista y el Gobernador resuelve ausentarse por algunos días de la ciudad rumbo a las minas de Quillota, cuya explotación ha activado a fin de enviar por nuevos refuerzos al Perú. Y arriba ya de la cabalgadura que lo distanciará del caserío, acaso tuvo una sonrisa de irónico despidio para los buenos amigos que le acosaran de precauciones.

Transcurren apenas unos días y el Gobernador recibe un propio de Santiago con mensajes de Inés Suárez que no son para desdeñar. Pedro de Villagra había sido dos veces llamado junto al lecho de Sancho de Hoz para escuchar insinuaciones de unirse a una rebelión contra Valdivia que tendría seguro éxito, pues venían ya en camino dos barcos del Perú con apoyo para los conspiradores.

Esta vez no se trata ya de fantasías de mentes temerosas, sino de un real y efectivo peligro. Bien lo establece Valdivia cuando regresa a Santiago y después de detener a Pero Sancho ordena la instrucción del proceso. Con suma habilidad y fingiéndose enfermo, había éste

atraído hasta su casa, sin llamar por eso la atención, a los principales descontentos, pudiendo así tejer con toda calma la delicada malla de su intriga. En su invitación a Valdivia para que lo visitara, hubo el propósito de hacerle dar de puñaladas por un soldado apostado en la penumbra y que no pudo cumplir el siniestro encargo en vista de haberse presentado el Gobernador seguido de una escolta. Pero lo que más desconcierta a este último es la certidumbre mostrada por el conspirador a Pedro de Villagra de que recibiría en breve un contingente del Perú para apoyar sus pretensiones. ¿Se tratará de una simple farsa encaminada a alentar la adhesión de los descontentos a su causa? ¿O habrá logrado indisponerle con las autoridades del norte? El mismo largo silencio de dos años que rodea a la gestión encomendada a Pastene y sus acompañantes, no deja de ser extraño y de dar base a una fuerte inquietud. Después de todo, Ulloa fué uno de los cómplices de Pero Sancho en el abortado intento de asesinato de Atacama y acaso toda la lealtad prodigada en los últimos años no haya sido sino una delicada estrategia para ganar la confianza del Gobernador y perderle una vez traspuestos los límites de sus territorios.

No era por cierto tranquilizador el cuadro de presunciones y menos pareció la realidad cuando Valdivia recibió la visita inesperada de Juan Bohón, su Teniente de La Serena, que vino a confirmarle en el hilo de sus negros presentimientos. Acababa de arribar allá Juan Bautista Pastene y en la imposibilidad de continuar viaje a Valparaíso por el mal estado de su barco, remitía por tierra con Bohón una carta al Gobernador, advirtiéndole que se cuidara de Pero Sancho, pues tenía fraguado un plan en su contra con Ulloa, que venía traidoramente a apoyarlo con fuerzas desde el Perú.

Tardan pocos días y el propio Pastene llega también a Santiago con algunos soldados. Valdivia le recibe con tales demostraciones que hasta se le saltaron las lá-

grimas de puro contento. Son ya tantos los meses transcurridos sin la menor noticia de su generoso cooperador y su mensaje de La Serena era tan inquietante, que ardía en deseos de comunicarse pronto de viva voz con él. Y el relato de los mil sobresaltos y aventuras de esos dos años de ausencia fluye poco a poco de los labios del genovés en torno de la mesa del Gobernador, donde se le depara con sus acompañantes la ventaja de una cena socorrida.

El Perú era todo un hervidero de pasiones sangrientas. Blasco Núñez Vela, nombrado Virrey por el emperador, había aprisionado a Vaca de Castro, y a su vez tuvo que huir a Quito perseguido por una seria rebelión de Gonzalo Pizarro. Poco después de arribar la comisión a Lima ocurrió la sorpresiva y lamentable muerte del fiel Alonso de Monroy y Antonio de Ulloa comenzó a adoptar actitudes sospechosas. Obtuvo de Lorenzo de Aldana, jefe del destacamento pizarrista que controlaba la ciudad, y con quien lo ligaban vínculos de parentesco, que se retuviesen los dineros llevados por Monroy hasta que Gonzalo Pizarro dispusiere de ellos, y marchó en seguida a entrevistarse con éste a Quito. Hubiera querido Pastene seguirle en este viaje, pero Aldana le prohibió salir de Lima bajo pena de muerte y se incautó de la nave que tenía surta en el puerto.

En este crítico estado se presentaban las cosas para el leal genovés, cuando llegó a Lima el famoso caudillo Francisco de Carvajal, parcial destacado de Pizarro y antiguo amigo y compañero de Valdivia en las guerras de Italia. Un entrevista con él vino a completar a Pastene el cuadro que ya se estaba formando de la conducta y planes de Ulloa. "Sabed, capitán, le dijo el viejo zorro de Carvajal, que Aldana y Ulloa, por gobernar, negociaban la muerte de Pedro de Valdivia en gran secreto; y quiérense favorecer de la amistad que tiene el Gobernador, mi señor, a Pedro de Valdivia, por sacar la gente,

porque saben que si por Pedro de Valdivia no, por otra persona en esta coyuntura no dejaría salir hombre de la tierra para favorecer a su mismo padre que estuviese donde Valdivia está; y conviene callar, porque tienen mucho favor, y si lo descubris para poner remedio, no seréis creído y os matarán y no podrían de esta manera salir con su intención; y siendo avisado Valdivia, yo le conozco por tan hombre que se sabrá dar maña contra personas que tuviesen colmillos, cuanto más contra estos conejos desollados; y si vos no os guardáis para ello, no sé cómo le irá". Pastene había de fingir ignorancia de todas las maniobras de Ulloa, conseguir de Pizarro licencia para partir a Chile con su nave, sin despertar sospechas del traidor y procurar en ocasión propicia desbaratar sus designios.

Gracias a Carvajal logró Pastene salvoconducto para salir de Lima y llegar con cartas de recomendación de éste hasta Gonzalo Pizarro, que le recibió con mucha benignidad ponderándole su aprecio por Valdivia. De regreso a la ciudad de Los Reyes, con una provisión que le autorizaba para enganchar hasta treinta hombres y trasladarlos por mar a Chile, le pusieron dificultades para entregarle su barco. Y un día el traidor zarpó rumbo al sur con éste y otro buque, resuelto a poner en práctica sin más tardanza su tenebroso empeño, pues comprendía que el genovés ya había captado el fondo de sus intenciones y podía llegar a obstaculizarlas.

No se dejó derrotar Pastene por la inacción o el desaliento y venciendo mil obstáculos se procuró una pequeña embarcación y emprendió en ella con treinta hombres el seguimiento de Ulloa. Varios meses tardó, sin embargo, en llegar del Callao a las costas de Tarapacá, pues la nave tenía desperfectos de importancia que le obligaban a recalar con frecuencia y dilapidar el tiempo en urgentes refacciones. Pero tuvo al menos el consuelo de saber, en una de sus bajadas a tierra, que la suer-

te no le había del todo acompañado a Ulloa, pues la tripulación de uno de sus barcos reclutada entre enemigos de Pizarro desterrados por éste del Perú, se había sublevado, alzándose con el buque rumbo a México donde pensaba juntarse con las fuerzas leales al Rey. Se informó también Pastene que Ulloa había remitido por tierra un mensajero y logró a tiempo darle caza y arrebatarle los despachos que llevaba a Gonzalo Pizarro, en los que pintaba a Valdivia como un enemigo de su autoridad y pedía refuerzos para marchar a Chile en su contra.

Ya estaba pues Pastene muy advertido cuando cerca de la costa de Atacama avistó la nave del traidor. Inmediatamente recibió de éste mensajes de fingida amistad que lo invitaban a bajar a tierra; pero el genovés, demasiado listo para dejarse coger en una trampa tan burda, desechó el ofrecimiento y respondió que continuaría su viaje. Enfurecido Ulloa se lanzó con su buque resuelto a abordar la embarcación de su adversario, pero Pastene, como diestro marino, logró esquivar el ataque y escurrirse de las manos, siguiendo sin descanso al sur hasta arribar con no poco trabajo al puerto de La Serena.

Valdivia ha escuchado con inmensa atención todo el largo relato de las peripecias y aventuras que Pastene apenas interrumpe para dejar lugar a la cena y regar su seca garganta con algunas libaciones. El panorama se presenta bastante sobrecargado de perspectivas oscuras. Las guerras civiles en el Perú significan un grave estagnamiento en la tarea de ahondar en la conquista de Chile, pues las posibilidades de refuerzos se van tornando cada vez más ilusorias. Y ¿qué sucedería si Gonzalo Pizarro queda definitivamente triunfante en la lucha? A pesar de su aprecio por Valdivia, es demasiado conocida su ambición para imaginarse que irá a tolerar en éste arrestos de independencia. Lo más posible es que los enemigos del Gobernador de Nueva Extremadura acaben por malquistarle y en definitiva perderle ante el temible aventurero. Y si esto

podía ser a más largo plazo, había entretanto que encarar la presencia de Ulloa y sus hombres que acaso de un momento a otro llegarían a Santiago a encender con el apoyo de los descontentos una revuelta en que sucumbiría la obra y la persona de Valdivia. Frente a tales perspectivas ¿sería prudente hacer pagar a Pero Sancho con la vida la serie de intrigas e ingratitudes que había ido engarzando desde su arribo a estas tierras? No eran por cierto necesarias mayores pruebas de su culpabilidad, pero su muerte podía ser esgrimida ante Gonzalo Pizarro como la suprema muestra del propósito de independencia de Valdivia. Al fin se trataba de un hombre que había tenido el cargo de Secretario del Marqués Pizarro en los inicios de la conquista del Perú y sus relaciones con la familia de éste se mantenían muy cordiales. La situación favorable de Sancho de Hoz no iría tampoco a alterarse en el caso de que las tropas del Rey lograsen batar a los rebeldes pizarristas, pues él tenía provisiones de la corte que le otorgaban la gobernación de las tierras australes y su muerte bien podría tomarse por los adversarios de Valdivia como un signo inequívoco de su espíritu rebelde. Acaso lo más prudente sería perdonarlo una vez más, pues esto, si no traería la corrección del culpable, lo que Valdivia se hallaba muy lejos de esperar, podría al menos reconciliar los ánimos enconados e influir favorablemente en el espíritu de los descontentos. Quizás el aceite de la diplomacia sería capaz de suavizar el ambiente y contener a tiempo los efectos de una lucha de sangre.

Pronto vino a presentársele a Valdivia una coyuntura que le permitiría zanjar el problema exhibiendo todas las apariencias de un corazón magnánimo. Juan Bohón se echó a sus pies e intercedió por la vida de Pero Sancho, apelando a su generosa índole. Con poca dificultad se dejó vencer Valdivia ante las súplicas y accedió a perdonar al culpable no sin recomendarle "que se enmen-

dase y no le engañase el diablo". Muy feliz de haber salido una vez más inmune de la aventura se resignó éste a abandonar la ciudad y trasladarse por orden del Gobernador al lugar de Talagante, a "la madera de Flores".

Algún tiempo después y como un contraste con la alegre primavera de ese año de 1547, tan pródigo en emociones, ocho hombres andrajosos, de rostro nuevo y patibulario, entraban por las callejas de Santiago e iban a hincar la rodilla ante la imagen de Nuestra Señora del Socorro en la ermita de la Cañada. De veinte soldados remitidos por Ulloa desde Atacama, después de haber resuelto tornar con el resto de su expedición al Perú y abandonar por ahora sus planes siniestros en Chile, era este pequeño grupo el único que pudo escapar a la feroz arremetida de los indios de Copiapó. Bien abatidos llegaban y con más ánimos de penitentes que de conspiradores, para que fuera de temer algún desaguizado de su parte. Y así su presencia, lejos de traer inquietudes al Gobernador, vino a proporcionarle la grata seguridad de que ningún daño inmediato podía ya esperar de parte de Ulloa.

La situación política del Perú, según las informaciones de los recién llegados, comenzaba a clarificarse. Acababa de desembarcar allá el Licenciado Pedro de La Gasca, que traía del Emperador la misión de pacificar las turbulentas provincias del antiguo dominio incaico, y el país, liberándose de la tiranía de Gonzalo Pizarro, iba poco a poco sometiéndose a su autoridad. Esta noticia no podía serle indiferente a Valdivia ya que de la suerte del Perú dependía en último término su propia obra. Era utópico pensar ahora en la venida de nuevos refuerzos para la conquista de Chile, pero de las mismas circunstancias críticas del Perú podía sacar algún beneficio para sus intereses. Apoyar al insurrecto Pizarro se le presentaba como la máxima de las locuras, ya que importaba lanzarse en una aventura sin esperanzas ni grandezas.

Ofrecer, en cambio, su experiencia militar y su indiscutido valor al Presidente La Gasca, delegado de la corona, era aliarse a una causa segura y justa, y abrir paso, en un porvenir no lejano, a la ambicionada confirmación real de su título de Gobernador y a la ayuda necesaria para consolidar en definitiva la tarea de sometimiento de las tierras de Chile.

Su resolución está tomada, pero ha de proceder con cautela. Necesitará pocos hombres, aunque si mucho dinero, para colocar favorablemente en el Perú la causa de Chile. Pero ¿cómo procurarse recursos sin despertar resistencias en los colonos, ya cansados de las forzadas contribuciones anteriores? ¿Y cómo ausentarse de la Gobernación sin que quede en peligro su autoridad en la tierra ante las continuas asechanzas de Pero Sancho y sus parciales? Todo esto lo pesa y calcula muy detenidamente Valdivia y del mucho elucubrar, así como de las consultas en el seno de la máxima reserva con Francisco de Villagra y Jerónimo de Alderete, brota todo un plan de convivencia entre la astucia y la audacia.

II

Desde muy temprano, en esa mañana caliente y asoleada del mes de diciembre, en que la naturaleza del valle del Mapocho insinúa su presencia por los ramajes tupidos de verde, ultima los preparativos de viaje el buen Escribano Juan Pinel.

Tiempo hacía que soñaba con el instante en que pudiera evadirse del clima de privaciones y peligros de la conquista de Chile y volverse, después de un navegar que las ansias de llegada tornarían llevadero, a su hogar español, donde le aguardaban María de León, su fiel es-

posa, con la prole ya crecida. Tres mil pesos de buen oro había logrado juntar a costa de "muchas más gotas de sangre" y con ellos esperaba remediar la suerte de las doncellas de su casa que se hallaban en estado de merecer. Mirando día a día esas piezas amarillas y apretándolas entre las manos, esperó con no escasa impaciencia la hora en que el temido Gobernador le permitiera abandonar estas latitudes de hambre y sacrificio. Pero el tiempo iba corriendo y nada cambiaba la resolución de Valdivia de prohibir con penas severas la salida de un solo hombre del país. Y cuando las esperanzas ya parecían desvanecerse en definitiva, súbitamente el Gobernador, ablandado acaso por los ruegos o temeroso de retener gente descontenta, ha anunciado permiso general para trasladarse al Perú a todos los que lo desearan.

De la alegría de Pinel ante semejante nueva, bien puede dar fe certificada su colega de oficio y compañero de habitación, Luis de Cartagena. Porque ya no hay cómo atar conversación con ese hombre a quien la felicidad parece haber sacado del ambiente circunscrito de las realidades para lanzarlo a los vaporosos espacios de la imaginación. Castillos de ilusiones se suceden en vértigo por su cabeza y la lengua, en un monólogo creciente, recita los proyectos sin fin y denuncia el hilo prolongado de infantiles ambiciones.

El escueto equipaje está ya pronto y en lugar seguro el tesoro que financiará los cien mil propósitos descabellados. Otras quince personas que han resuelto también acogerse a la benigna licencia del Gobernador, van con él a Valparaíso y se embarcarán, rumbo al Perú, en "El Santiago", la pequeña nave que trajo a Pastene del Callao y que acaba de llegar reparada del puerto de La Serena. El trayecto de la ciudad al mar lo hacen dominados por la euforia vocinglera acentuada por el periódico sonido del clarín de Alonso de Torres, que hasta el último quiere servir su oficio de corneta.

Poco después llega a Valparaíso el mismo Valdivia, en son de despedida y tras él, Francisco de Villagra y Jerónimo de Alderete, cuyos respectivos viajes para el Perú en busca de refuerzos y para España, a fin de alcanzar algunas mercedes del Emperador, han sido ya oportunamente anunciados.

Mientras los futuros navegantes arreglan en el barco su equipaje, viene a ellos Villagra con un recado del Gobernador que los invita a descender a tierra y aceptar de su parte una última manifestación de simpatía. Pronto el bote los conduce a la playa y allí Valdivia los invita a una ramada donde les tiene preparado un buen almuerzo. Todos alaban la finura y gentileza del diestro capitán y en medio de directes y risotadas van los guisos engulléndose al estímulo del infatigable apetito que produce el aire de la costa. Y cuando el banquete termina, el Gobernador, rogándoles hacer silencio, les dirige la palabra con no disimulada nerviosidad, que ellos atribuyen a lógica emoción:

“Señor y amigos míos: aunque la causa de mi venida a este puerto ha sido la de querer acompañar al señor Francisco de Villagra, Maestre de Campo de mi ejército y persona digna de que yo haga esto por su respeto, pero no ha sido menor motivo el tornar a veros y abrazaros de nuevo, que como ha tantos años que andamos juntos y nos hemos hallado siempre en unas mismas ocasiones, siendo común a todos el bien y el mal de cualquiera de nosotros, tiene el amor echadas tantas raíces en mi corazón que verdaderamente se me parte de ver vuestra partida; porque aquí no hay ninguno a quien yo no tenga por más que hermano muy querido y la misma satisfacción tengo de todos para conmigo, fundada en la experiencia larga que de esto tengo. No me queda otro consuelo sino entender que vais a descansar y gozar con quietud los frutos de vuestros trabajos, lo que mitiga parte de mi congoja. Lo que a todos pido es que si acaso se

vieren en la presencia de Su Majestad, como se verán muchos de los presentes, le informen por entero de los largos trabajos que en su servicio he padecido para ganarle esta tierra poniéndola debajo de su corona; lo cual pido hagais en recompensa de lo mucho que a Su Majestad escribo de cualquiera de vosotros, ponderando mucho lo que le habeis servido. derramando varias veces vuestra sangre por serles fieles vasallos."

Las últimas frases casi se perdieron en la garganta y algunas lágrimas rodaron por las mejillas tostadas del orador.

Se sucede un breve silencio, porque las palabras y las actitudes han tocado al hondo los corazones. Y después, voces y más voces de aprobación y aplauso ahogan el pequeño paréntesis de recogimiento. Ya nadie abriga rencores y todos han olvidado sus diferencias con el Gobernador. Por el contrario, no ven en él sino al hombre generoso que los ayudó a reunir su caudal y que ahora los despide con afecto para que vayan bien provistos a gozar del merecido descanso de sus fatigas. Por eso se muestran llanos a acceder a todos sus encargos en la corte y declarar desde luego ante escribano la cantidad de oro que embarcaba cada uno, pues de esta manera Villagra tendría en el Perú un valioso argumento de convicción sobre la productividad de Chile para mover a los aventureros de Lima y el Cuzco a enrolarse en una partida de refuerzos. Uno a uno van así dando su nombre y lanzando a la par, con no poca satisfacción, el monto de su haber, mientras Valdivia se pasea en las inmediaciones de la playa. Y tan ensimismados se hallan con el vértigo del oro que parece haber convertido la frágil ramada en bolsa de mercaderes, que, sin ser advertido, puede Valdivia llegar con su Secretario Juan de Cárdenas, Alderete y otros, hasta el bote y embarcarse rápido en dirección al "Santiago".

Fué acaso el golpe de un remo, que separaba urgido el agua para distanciar pronto al Gobernador y sus amigos de la tierra, el que sacó de la abstracción de los dorados recuentos al grupo de viajeros en esperanza y les hizo con una sola mirada, entender la amarga burla de la realidad. Atropelladamente se precipitan a la playa dando gritos de indignación y blasfemando de su suerte, mientras el bote, cada vez más lejos, se balancea con irónica e impávida elegancia. Poco más allá está "El Santiago", con todo el cargamento de oro, con todo el fruto de sus sudores y con sus ilusiones cogidas en una vil trampa de engaño.

Piensa Pinel, aplastado por el golpe, en su señora María de León y en sus hijas doncellas que iba a rescatar de su forzada virginidad, y se estruja el cráneo con desesperación. A su lado otro y otro expresan su dolor con contorsiones y gemidos. ¡Ah si pudieran tener a Valdivia cerca de sus manos! Lo matarían, claro está, y con qué horribles suplicios. En las mentes afiebradas por la rabia y el odio se suceden macabras escenas de venganza, mientras junto a una roca el pobre Alonso de Torres, sopla con angustia su clarín y lloriquea una canción: "Cata el lobo do va Juanica, cata el lobo do va..." Y al término, en un acceso de furor, da con el instrumento en las piedras y lo reduce a mil pedazos.

Viene un largo silencio, un replegarse interior de la dolencia. Y un abatimiento horrible, implacable, parece ir cercenando las voluntades. Acaso la muerte será la mejor escapatoria frente al cruel suplicio...

Pero ¿qué se divisa bogando hacia la costa? ¡Es el bote! ¡El bote que se acerca! Y dentro un hombre que hace señas. ¿Quién? Ahora está más próximo y el rostro se hace inconfundible. Es el Maestre de Campo Francisco de Villagra.

En rápido tropel se abalanzan todos hacia el recién llegado y le acosan a preguntas. Viene por encargo del

Gobernador a explicar su actitud: La grave situación del Perú le ha movido a hacer en persona un viaje para ofrecer allá su espada a la causa del rey. Para esta expedición no necesita llevar mercaderes sino sólo unos pocos soldados que ya tiene en el barco, y en cambio requiere dinero, pues debe rehabilitar la fama de Chile en esas tierras y reclutar nuevas fuerzas que vendrán aquí a servir el interés común. Por eso ha resuelto tomar en préstamo forzoso todo el oro depositado en "El Santiago". Pide pues que se le remita el inventario que se ha levantado ante escribano de los haberes de cada uno, anticipándoles que conforme a él y previa verificación de sus partidas en el navío, se procederá a pagar a los acreedores con el producto de sus minas. Les agrega que tiene intenciones de llegar hasta el rey donde no olvidará los servicios de cada uno y les pide que aguarden con paciencia, pues todos sus dineros les serán religiosamente devueltos, mientras él, tan pronto lo permitan en el Perú las circunstancias, procurará enviarles un navío que venga a sacarlos de su destierro.

Poco después el mismo Villagra galopa veloz a la ciudad de Santiago llevando al Cabildo los despachos con que Valdivia le designa como Teniente Gobernador durante el tiempo de su ausencia. Parece tan urgente no descuidar un momento a los colonos, que ni siquiera espera la lista definitiva de acreedores que componen en el barco Valdivia con su Secretario Juan de Cárdenas. Es de prever la reacción que tendrá que producir en todos los ánimos, particularmente entre los no escasos adversarios de Valdivia, la noticia de su huida con el oro. De ella querrá sacar, sin duda, inmediata ventaja el incorregible Pero Sancho para alzar toda la gente y adueñarse del país. No hay pues instante que perder, y así lo comprende Villagra, que agujonea nervioso la cabalgadura, en afán de reducir distancias y llegar oportunamente a Santiago a obtener su reconocimiento de Teniente Gobernador.

Al día siguiente sigue la misma ruta Juan de Cárdenas llevando el censo de los forzados prestamistas y cartas al Cabildo en que Valdivia explica en la mejor forma posible su actitud. Y mientras la cabalgadura de su Secretario se esconde tras la verde cintura de los cerros porteños, el Gobernador procura darse tranquilidad y desecha las negras insinuaciones de su ánimo inquieto.

¿Habrán obtenido Villagra que el Cabildo y el pueblo le acojan como autoridad? ¿O Sancho de Hoz y sus secuaces le habrán arrebatado el mando y dado acaso la muerte? Al fin las interrogantes se disipan con la vuelta de Cárdenas. Una caminata sin tregua desde la noche del 7 de diciembre, lo hace llegar a la rada de Quintero donde el Gobernador ha convenido en aguardarle. Todas las noticias son satisfactorias. Los ediles han reconocido a Villagra en su cargo y han firmado cartas de recomendación para Valdivia, al Rey y al Presidente La Gasca. Hay en Santiago una indudable efervescencia por el intempestivo viaje y el engaño, pero sin duda el Teniente Gobernador acabará por aplacar los ánimos y en caso de extrema necesidad no le faltará la energía suficiente para tomar medidas de rigor en contra de los que se atrevieren a desconocer su autoridad.

Quizás el presentimiento de que queda aún por recibir una nueva de importancia hace a Valdivia dilatar por un día más su estada en Quintero. El hecho es que mientras conversa en la cubierta del buque con su Secretario, la pupila rápida de Cárdenas alcanza a percibir por la cinta de una cuesta la figura presurosa de un jinete que hace señas al navío.

—“Espere vuestra señoría aquel mensajero que allí viene, que pues trae tanta prisa, importante debe ser la embajada”, le advierte a Valdivia, que sin hacerse de rogar envía de inmediato el bote hacia la playa.

—“Señor —le dice luego de llegar a su presencia el inesperado visitante, que es el Alférez General Agame-

nón de Neli,— yo vengo a dar nuevas cómo después que partió vuestro Secretario de Santiago, amaneció y vino Però Sancho de su pueblo, teniendo por cierto que érades ido, e con favor de muchos malos que tenían contratada la traición, querían matar a Francisco de Villagra, e la cabeza principal era el dicho Però Sancho e un Romero, que era de su tierra, de tan loco sostén como el dicho Però Sancho. Y él supo en aquel instante que le venían a matar e procuró con sus amigos de prender al Però Sancho y al Romero, e fecha información bastante y verdadera los ahorcó. Y esto os vengo a decir.”

“—Por eso dejo yo a Francisco de Villagra encargada la tierra del Rey —responde Valdivia— porque sabía que era varón e celoso del su servicio, e si Però Sancho hizo e dijo necedades y deservicios de su rey por do mereciese la muerte, téngala en buen hora, y poca necesidad había de enviármelo a decir, e pues yo lo sé, decidle a Villagra que él hizo como buen servidor de Su Majestad, si la merecía Però Sancho, como decís, e que lo mismo haga de todos los malos e que conociere ser deservidores de Su Majestad e alteradores de sus repúblicas, e que se quede a Dios”.

Y después de despedir a Agamenón de Neli y devolverlo a tierra, da orden de alistar las velas y hacerse a la mar.

III

Un mes de navegación conduce al “Santiago” hasta la bahía del Callao. Ya Valdivia tiene suficiente informe de lo que ocurre en el Perú, pues durante el viaje ha ido efectuando averiguaciones a lo largo de la costa. Sin haberse aun producido un encuentro guerrero de importancia, la causa de Gonzalo Pizarro se desmorona paulatinamente, pasándose muchos de sus principales sostenedores al cam-

po del Rey. Y cuando Valdivia desembarca, acaba de imponerse de que la ciudad de Lima se ha entregado voluntariamente al representante del monarca y que toda la armada del país, sin faltar un solo navío, se encuentra asimismo bajo sus órdenes.

Algunos días se detiene el Gobernador de Chile en la ciudad de Lima, con los diez hidalgos que le acompañan, empleando parte de los ochenta mil pesos de oro que había arrancado de las manos de sus dueños, en la compra de caballos, armas y demás pertrechos para dotar la diminuta tropa. Y luego de recorrer largas jornadas alcanza al valle de Andaguailas, a cincuenta leguas del Cuzco, donde La Gasca, avisado de su llegada por un emisario, le aguarda en su campamento.

No disimula su alegría el Presidente por la llegada de este refuerzo, pues si bien poco o nada representan para su ejército diez nuevos soldados, la sola presencia de Valdivia importa una adquisición en tal extremo valiosa que declara muy en alta voz a los que le rodean que estima más la persona de éste "que los mejores ochocientos hombres de guerra que le pudieran venir aquella hora". Y no se equivoca, sin duda, pues el arrojo y valentía del nuevo aliado, ya están sobradamente probados con la conquista de Chile, y en cuanto a sus dotes de estrategia de buena escuela europea, corre en todo el Perú su fama inolvidable desde la batalla de las Salinas. Le ha venido pues el más deseado de los auxiliares y sin más esperar convoca a sus capitanes y encomienda ante ellos a Valdivia el mando del ejército. Y esta determinación encuentra una entusiasta acogida pues todos estos hombres de armas se sienten muy satisfechos de servir a las órdenes de un militar de tan brillante experiencia. Por el campamento corren voces de aprobación y la alegría se exterioriza en juegos de cañas y de sortija en honor del recién llegado, que trae buena suerte para la causa del Rey.

Con el General Pedro de Hinojosa y el Mariscal Alonso de Alvarado recorre Valdivia una a una las compañías, sin que un solo detalle se escape a su previsión. Y así, debidamente provisto y equipado, se hace el ejército a la marcha introduciéndose con no escasa penalidad por las regiones nevadas de la sierra hasta detener la marcha en las riberas del río Apurímac distante doce leguas del Cuzco.

Era de prever que los de Pizarro, resueltos a estorbar el paso de La Gasca cortaran todos los puentes y por eso Valdivia, que se había adelantado al grueso de las fuerzas, dispuso la inmediata fabricación de criznejas, amplias trenzas de dos palmos de ancho, que entretejidas en número de seis, bastaban para improvisar un puente de efectiva resistencia. El trabajo se practica con suma rapidez y las noches han de pasarse con el arma al brazo, pues las bandas pizarristas merodean la comarca y hacen periódicas incursiones. Al fin la obra está terminada y tres días después puede efectuarse el transporte de todo el ejército.

—“Señor, dice Valdivia al Presidente, yo quiero pasar y tomar el alto, porque si los enemigos lo toman, hemos de vernos en trabajo de subirlo.”

La Gasca le contesta que lo haga y que mire que la honra de Su Majestad está en sus manos, a lo que replica Valdivia:

—“Yo perderé la vida o la sacaré en limpio, como es razón.”

Remontar la cuesta que tiene dos leguas de subida, con todo el peso de la artillería, no es una tarea fácil, pero la resolución de Valdivia es invariable y no queda más que obedecer. Y a repecho van en jadeante arrastrar hombres y bestias, resueltos a no ceder la cumbre al adversario. Ya en lo alto comprenden como nunca que con la posesión de esta cima tienen franqueado el camino.

Bastan dos días de reposo y hay que continuar la jornada, descendiendo esta vez por el intrincado sende-

ro de la sierra, hasta llegar a avistar el campamento de Gonzalo Pizarro al pie de ella, en el valle de Jaquijaguana, preso entre el río y la montaña.

Luego de efectuar algunas caminatas de reconocimiento, dice Valdivia a Alvarado:

—“Volvamos por el campo, aunque es tarde, porque aquí nos conviene traerlo, que en la mañana yo os prometo mi fe y mi palabra, sin romper lanza, de romper los enemigos y hacerlos levantar de donde están.”

Y no obstante las dificultades de la noche, dispone Valdivia el traslado total del ejército al sitio escogido, ordenando con prolijidad la más adecuada distribución de las fuerzas.

Hay un frío que corroe los huesos y más de un soldado aterido, deja escapar por entre el castañeteo de los dientes, una maldición al jefe implacable. Mientras, Valdivia y Alvarado, la noche entera a caballo, inspeccionan sin descanso.

Con el nuevo día llega un grupo de arcabuceros pizarristas que trepan por el camino de una loma con afán de acercarse al campamento. Muy pronto sale a su encuentro Valdivia y con trescientos hombres los hace retroceder, mientras Alderete va hasta La Gasca con recado de su parte para que allí le envíe artillería, reiterándole su promesa de que tomará el campo enemigo sin que perezcan treinta hombres. Con dificultad llegan hasta la loma cuatro piezas de buen calibre y sus primeros disparos introducen la muerte y el pavor entre los enemigos, que se encuentran sin parapeto frente al ataque. Y mientras Valdivia desciende a ubicar en puntos estratégicos los escuadrones de arcabuceros, piqueros y la caballería, la confusión es grande entre los hombres de Pizarro que se desbandan en todas direcciones. “Valdivia está en la tierra y rige el campo, o el diablo”, grita en medio del desorden el terrible Francisco de Carvajal, al percatarse de la distribución admirable del ejército de La Gasca. Y

en balde procura mantener la moral de las tropas que huyen de su lado y corren al de La Gasca a entregarse, convencidos de la inutilidad de toda resistencia.

Casi totalmente abandonado de los suyos se rinde al fin Gonzalo Pizarro, y Valdivia, que recorre de uno a otro extremo el valle, da con Carvajal que se debate en una ciénaga donde le ha botado su caballo. Y en el ángulo dispar de vencedor y vencido vienen ahora a encontrarse los antiguos amigos de Italia que el destino ha empujado por rutas tan opuestas.

El triunfo ha sido tan extraordinario y súbito que parece el resultado de una magia. Y el genio de la estrategia que lo ha provocado sabe muy bien lo que esto significará para el haber de sus ambiciones. Por ahora se acerca a La Gasca, a quien acompañan el Mariscal Alvarado, el General Hinojosa y tres Obispos, e inclinándose ante el Presidente les dice:

—“Señor, y señores, yo soy fuera de la promesa de mi fe e palabra que daba cada día a V. S. e mercedes, e de la que ayer di al Mariscal, que rompería los enemigos sin perder treinta hombres.”

—¡Ah, señor Gobernador, que Su Majestad os debe mucho!”, le interrumpe afectuosamente La Gasca.

“Señor Gobernador”. Es la primera vez que así le llama el Presidente. Ya comienzan a teñirse de realidad las meras esperanzas de ver ratificado el título que en un día de argucias arrancara al Cabildo y pueblo de Santiago. Ser Gobernador por el Rey es el umbral de la gloria tan trabajosamente buscada.

IV

No bien llega La Gasca al Cuzco, después de su victoria sobre Pizarro, extiende muy complacido a Valdi-

via su título de Gobernador de Chile por el Rey. La gran satisfacción le queda sin embargo un poco nublada al beneficiado, pues el nombramiento que se le hace pone límites antes del Estrecho al país que se le confía y todo su anhelo ha sido prolongar hasta allí su dominio. Nada consigue en su insistencia frente al Licenciado, pues éste le expresa que no tiene facultades para otorgar concesiones mayores y que si las desea ha de recurrir para ello al Consejo de Indias. Se resigna por ahora Valdivia y después de permanecer quince días en el Cuzco reclutando hombres para Chile, envía a Esteban de Soza con ochenta de a caballo al valle de Atacama a proveerse allí de alimento, mientras él va a Lima en busca de mayores recursos.

Su trabajo en la ciudad de los Reyes no es sencillo, pues allí está de Corregidor Lorenzo de Aldana, el primo y cómplice del traidor Ulloa. No le faltan los obstáculos puestos con disimulo, pero al fin logra equipar tres navíos cuyo precio promete cancelar en Chile y embarca en ellos algún contingente apreciable. Son muchos los pizarristas prófugos que desean abandonar el Perú y librarse de la posible sanción de la justicia del Rey, Y la conquista de Chile, antes mirada con desdén, les da ahora la ocasión de salir de la tierra sin peligro. De ahí que Valdivia obtenga sin mucha dificultad lo que años antes parecía imposible.

Sigue después con su pequeña escuadra hasta la costa de Arequipa y allí desembarca dejando la armada en manos de Alderete con cargo de continuar la navegación, mientras él se traslada a aquella ciudad a encontrarse con nuevos contingentes. No tarda mucho en abandonar Arequipa, pues a más de desear con vehemencia su retorno a Chile, era preciso librar a la población de los inevitables desmanes de la soldadesca ociosa. Y así, con poco menos de cien hombres, inicia el inmediato caminar al sur.

Ha recorrido ya una extensión apreciable y logra acampar en el valle de Sama en las inmediaciones del puerto de Arica. Todo va hasta allí bien y todo hace creer que continuará en igual ritmo. Pero ¿cómo ubicar en las reflexiones optimistas lo imprevisible? Y sin embargo, no hay como eludirlo y está por llegar.

Galopes presurosos, que al acortar la distancia redoblan el ruido, se acercan al campamento y en pocos instantes más Valdivia ve descender de una cabalgadura al General Pedro de Hinojosa al que acompañan nueve arcabuceros.

Muy grata le habría sido en otras circunstancias la presencia de ese amigo, pero ahora su súbita llegada le sabe a mal agüero. Disimula no obstante su inquietud y se acerca con afecto al recién venido, preguntándole la causa de su viaje. Hinojosa se la comunica de inmediato: Circulan noticias alarmantes sobre la conducta de las tropas de Valdivia, a las que se acusa de sembrar la desolación en los poblados del sur del Perú, que han sido víctimas de sus saqueos y extorsiones. En vista de ello el Presidente La Gasca le ha enviado a recorrer la tierra y a informarse de lo ocurrido.

A una pregunta de Valdivia sobre el resultado de sus investigaciones, responde Hinojosa que está convencido de que no se trata sino de calumnias de sus enemigos, pero que estima prudente que vuelva a sincerarse en persona ante el Presidente.

Dejar abandonada su expedición y desandar las enormes distancias que le separan de La Gasca, le parece a Valdivia inaceptable y se niega a dar acogida a la sugerencia de Hinojosa.

Continúa la caravana descendiendo al sur y con ella el General que parece no insistir en su consejo y estar resuelto a seguir viaje a sus dominios de Las Charcas. Pero llegados a la aldea de Atacama la mera insinuación al creer abandonada, se transforma en orden peren-

toria. Una mañana Valdivia recibe la visita de Hinojosa que le extiende una provisión de la Real Audiencia de Lima por la que se le manda volver a la ciudad de Los Reyes. Valdivia comprende que no le sería difícil resistir, pues, aunque observa que Hinojosa ha tomado la precaución de rodear la habitación con sus nueve arcabuceros, podría él mucho más con el centenar de soldados que comanda. Pero sabe mejor que nadie la ineficacia de las rebeliones y dominando su cólera se resuelve a acatar la orden, pensando que así tendrá ya mucho adelantado frente a La Gasca. Cualquiera traspie en ese momento podía serle fatal y romper para siempre la sensación de su obediencia y lealtad al rey y a sus representantes, de que había dado tan efectivas pruebas hasta ahora. No sólo se muestra, pues, llano a seguir a Hinojosa hasta Lima, sino que también se esfuerza por conducir a la razón a sus capitanes que quieren amotinarse ante una orden que juzgan arbitraria.

Pronto los ánimos están aquietados y después de entregar el mando del campamento a uno de los nueve acompañantes del General, parte con éste y sus demás hombres. Y al llegar al puerto inmediato a Arequipa, donde se halla uno de sus barcos, sigue en él hasta el Callao.

V

Apenas arribado el galeón a su destino, subió a bordo el Licenciado La Gasca en persona y saludó a Valdivia con mucha cortesía. No fué éste menos amable y se adelantó a expresar la ninguna molestia que le había ocasionado el acatamiento de la orden recibida. "No me pesa, le dijo, sino por el trabajo que se tornó en hacer la pro-

visión, pues con escribirmelo por una simple carta, diera la vuelta a la hora". Agradeció estas muestras de acatamiento el Presidente, holgándose "porque con tanta paciencia y humildad había obedecido y dado muy gran ejemplo para que los demás supiesen obedecer, que es más que necesario en aquella coyuntura y tierra". A lo que volvió Valdivia a reiterarle su sometimiento, "porque —le agregó— tengo el obedecer por la principal pieza de mi arnés".

No era poca la inquietud que había pasado La Gasca frente a una posible rebelión de Valdivia. Al fin, éste disponía de buen número de soldados, reunidos en su mayor parte entre la antigua gente de Pizarro y no le habría sido difícil resistir. Quedó, pues, en extremo aliviado al ver la actitud disciplinada del Gobernador de Chile y esto, unido a sus servicios en Jaquijaguana, lo inclinó una vez más en su favor. La verdad es que los cargos que podían hacersele sobre haber embarcado indios para Chile, violando la prohibición existente, y sobre haber realizado sus tropas algunos desmanes en la región sur del Perú, resultaban demasiado insignificantes en el marco turbulento de la hora para hacer desandar a Valdivia todo su camino y obligarlo a regresar a Lima. Y es que no faltaban otras circunstancias que precisaba aclarar y que vendrían a determinar en definitiva la conveniencia de que siguiera Valdivia su viaje a Chile con rango de Gobernador.

Había llegado a los oídos del Presidente, acaso por conducto de Antonio de Ulloa y Aldana, la nueva de la muerte de Pero Sancho a quien atribuían provisiones de gobierno para Chile emanadas directamente de la corona. Si ello era verdad no parecía, por cierto, muy adecuado conceder la Gobernación a su adversario y eliminador, Valdivia, que al obrar en su contra se había constituido en reo de sublevación de las órdenes reales. En

lugar de títulos no quedaba en tal caso para él sino la aplicación de un fuerte castigo.

Todo esto lo pensaba el discreto Presidente y aunque el lógico reconocimiento de los servicios últimamente prestados por Valdivia le llevara a tratarle con una particular deferencia y benignidad, su noción objetiva de la justicia le movía a la vez a informarse con mucho cuidado del valor de los cargos blandidos en su contra.

Mientras La Gasca, con sumo secreto y diligencia, abría una investigación encaminada a aclarar la actitud de Valdivia frente a Pero Sancho y los poderes e investiduras de este último, llegó a sus manos un pliego anónimo que contenía una enumeración atropellada y violenta, de cincuenta y siete imputaciones en contra del conquistador de Chile, a quien se exhibía como rebelde de la autoridad real y ambicioso de mando, cruel y tiránico con los soldados y pobladores, e inmoral y escandaloso de vida. Con tanta minuciosidad como desorden se enumeraban una serie de actos de Valdivia en afán de justificar estas imputaciones: había sacudido su dependencia de Francisco Pizarro desde que pisó el valle de Copiapó, en cuya posesión para nada mencionó su carácter de simple Teniente del Marqués; se había alzado por Gobernador de la tierra y desobedecido la provisión de Vaca de Castro que le titulaba su Teniente; había procedido despóticamente ajusticiando a Escobar, a Ruiz, a Solier, a Pastrana y otros; había robado el oro de los pobladores y se había adjudicado para sí como repartimiento las dos terceras partes del territorio, procediendo a una distribución arbitraria de las encomiendas; vivía, en fin, en público y vergonzoso amancebamiento con Inés Suárez, cuya influencia era decisiva en todos sus actos y medidas.

Abundaban en verdad las acusaciones, pero se hallaban concebidas con tan visible pasión que La Gasca, hombre de intachable probidad y equilibrio, no pudo sino acogerlas desde un principio con reservas. ¿Quiénes eran los

autores del libelo? Muy posiblemente un grupo de soldados que acababan de desembarcar de Chile y que, de seguro, rehuían el papel de acusadores para poder así declarar como testigos en contra de Valdivia en el futuro proceso. Una hábil pesquisa vino pronto a confirmar por entero al Licenciado en el valor de sus presunciones. El documento había sido fraguado en casa de un mercader de Lima por Antonio de Ulloa y siete implacables enemigos de Valdivia que en la primera circunstancia que les fué posible se embarcaron desde Chile resueltos a hacer pagar caro al Gobernador su engaño en la rada de Valparaíso y la actitud de su Teniente Francisco de Villagra con Sancho de Hoz. Pero en el mismo barco habían llegado también de Chile, Pedro de Villagra, en comisión del Cabildo de Santiago para solicitar de La Gasca el título de Gobernador para Valdivia, y varios otros como Luis de Toledo y Diego García de Villalón, que se mostraban al margen de intrigas y maquinaciones.

Fácil le fué al Presidente colocar a los solapados acusadores en su verdadero carácter, inhabilitándolos para declarar como testigos, y así, luego de obtenerlo, dió traslado de los cargos a Pedro de Valdivia para que efectuara su defensa.

No se le podía ocultar a Valdivia la gravedad del momento por que atravesaba. Es verdad que La Gasca demostraba reconocimiento por sus pasados servicios y una notoria estima a su persona, y que, a pesar del proceso, lo continuaba tratando con deferencia y le mantenía en el pleno goce de su libertad. Pero todos estos detalles favorables podían en cualquier momento verse oscurecidos por la activa obra de sus adversarios que era de temer inclinaran al fin en su contra el ánimo del Presidente. Y que el trabajo de los enemigos no era vano, lo demostraba el hecho de que se le hubiere ordenado regresar a Lima después de encontrarse tan avanzado en su viaje. Indudablemente La Gasca, hombre de notoria discreción e

independencia, no iba a acoger a ciegas todo lo que se le dijera en su contra, pero ya era bastante el que lo hubieran tornado circunspecto respecto de su persona. Preparado así el terreno, la tarea de los contrarios se facilitaba extraordinariamente, hasta obtener por lo menos que se le privara de la Gobernación de Chile. Y, después de todo, ¿qué otro golpe podía serle más doloroso? En él iría la quiebra de todos sus ensueños de gloria y de poder, que importaban el fondo y móvil de su vida entera. Vendría para él la existencia anónima y amarga del fracasado que le sería imposible de resistir con el peso de su orgullo.

Con qué nerviosidad y premura debió pues llevar la pluma sobre las cuartillas de papel, en afán de desvanecer las adversas sospechas del Presidente y pulverizar los cargos injustos y calumniosos de sus atacantes. Su dialéctica, aguzada por la inquietud y la urgencia, supo acentuar con brillo los argumentos favorables y torcer con sin igual maña los hechos desventajosos para su causa:

Jamás había pensado emanciparse de la autoridad del rey o de sus representantes. Si aceptó el título de Gobernador fué porque el Cabildo y pueblo de Santiago lo presionaron a ello al saber la noticia de la muerte del Marqués Pizarro, y no sin que de su parte hubiera habido fuerte resistencia. De todo esto hablaba con elocuencia el traslado notarial de su designación. En cuanto a haber seguido usando el título de Gobernador después de que Vaca de Castro le reiterara el de Teniente, podía afirmar que nunca tuvo noticias de tal provisión y que de ese origen sólo se le comunicó el nombramiento de Monroy como sucesor para el caso de su muerte. En fin, la prueba más clara de su fidelidad al rey estaba en su actitud frente a Gonzalo Pizarro, cuya rebelión había venido a combatir desde Chile.

Los actos de despotismo que se le atribuían eran falsos. Si Ruiz, Solier y Pastrana perdieron la vida fué

porque conspiraron en su contra y estimularon el alzamiento de los soldados. Escobar no había muerto; se encontraba en España; y en cuanto a Pero Sancho, lo perdonó innumerables veces a pesar de sus continuas reincidencias.

No podía legítimamente tachársele de codicioso. ¿Acaso se había olvidado la dejación que hizo al ir a Chile de la mina de Porco y de su rico repartimiento? Declara con la fe del juramento no tener en lo hasta ahora poblado de Chile más de mil quinientos indios y ser público y notorio que cerca de treinta vecinos de Santiago y quince de La Serena, gozan de buenas tierras y encomiendas. Si más de una vez tomó el oro de los colonos, lo que no niega, no fué sino para afianzar la conquista y en el caso de Valparaíso, para venir a servir la causa del rey colocándose a las órdenes del Presidente La Gasca.

Por lo que tocó a Inés Suárez, "fué allá —dice Valdivia— con licencia del Marqués, e yo la recogí en mi casa para servirme de ella por ser mujer honrada para que tuviese cargo de mi servicio y limpieza, e para mis enfermedades, e así en mi solar tenía aposento aparte, e en cuanto al comer juntos es lo contrario de la verdad, si no fuese algún día de regocijo que el pueblo hiciese que a ruego de algunos saldría a comer con los vecinos que en aquel pueblo había, porque es mujer muy socorrida, que los visitaba y curaba en sus enfermedades, e por las buenas obras que de ella han recibido era muy amada de todos".

Así van despachándose unos tras otros los cincuenta y siete cargos, sin que ahorre detalles ni argumentos capaces de impresionar en su favor el ánimo del juez. Pero, si aún no bastaba con lo mucho puesto en defensa de su persona, y pareciere todavía su conducta poco nítida, queda por agregar "que en la guerra no pueden ser las cosas tan miradas y justificadas como en pueblos

quietos e de paz." "He padecido, agrega, muy grandes trabajos en sustentar nueve años continuos en tan poca tierra e con tan poco, más de ciento y ochenta españoles sin poder dar de comer a más de cuarenta y tantos, y he fundado dos pueblos donde residen, que son en la ciudad de Santiago y en La Serena, a do, aunque he tenido continua guerra e han servido tan pocos naturales, he fundado, gracias a Nuestro Señor, cinco o seis templos a do se alaba su Santísimo Nombre...". El Presidente considerará todos estos heroicos esfuerzos y sacrificios y, lejos de tratarle como culpable, acabará sin duda por concederle en nombre del Rey abundancia de mercedes.

Mientras La Gasca oía la deposición de algunos testigos que le parecieron de sobrada independencia y que si en algunos puntos rectificaron hondamente la versión del inculpado, en la mayoría de los casos le fueron favorables, Valdivia recibía de algunos elementos pizarristas solapadas insinuaciones para ponerse al frente de una revuelta. Sin duda ellos pensaban que, estimulando el despecho del Gobernador de Chile, cuyos servicios a La Gasca parecían olvidados, podían hacerse de un hábil y prestigiosa cabeza para su causa. Pero ni la amargura de la hora era capaz de enturbiar el equilibrio de Valdivia, demasiado calculador para dejarse llevar por arrebatos impensados. Con mucha diplomacia se escurrió del lazo y aguardó paciente el curso de los acontecimientos.

Poco después, con la sentencia de La Gasca, vino a cosechar los frutos de su actitud sumisa y disciplinada. El Presidente le confirmaba en la Gobernación de Chile y le autorizaba para trasladar allí gente con qué consumir su dominación. Si junto con eso le mandaba separarse de Inés Suárez y en el plazo de seis meses de llegado a Chile, casarla o enviarla fuera del país; si asimismo le ordenaba pagar en el término de un año todas

sus deudas y le prohibía, salvo extrema necesidad, cargar con nuevos empréstitos a los colonos; y si, en fin, le daba muy minuciosas normas para la provisión y cambio de las encomiendas, todo resultaba a Valdivia llevadero después de verse asegurado como nunca en el camino de sus ensueños y ambiciones. Haber escapado de la celada de sus enemigos y salvado la integridad de sus anhelos, no era por cierto poco. Lo que se le pedía en cambio le resultaba insignificante y fácil de ceder. ¿Dejar a Inés Suárez? Pues ¿qué valía el amor de una mujer frente a la satisfacción de su inmensa hambre de gloria y poderío? Ni por un instante se le podía pasar por la mente que debiera sacrificar a los pies de la abnegada compañera de su aventura, el impulso de la obra de propia exaltación. De su corazón egocéntrico no podrá brotar otra ternura que la que le arranque la visión de la tierra de Chile, esa engullidora insaciable de las líneas de su destino, con quien ha llegado a fundirse en una indisoluble unidad. . .

Abandona al fin Lima y en la Navidad de 1548 llega a Arequipa resuelto a organizar cuanto antes su viaje a Chile. Ha logrado desprenderse de esa atmósfera de sinsabores e inquietudes que lo han tenido por espacio de meses en una muy honda tensión. Pero, aunque ha librado con éxito, el organismo se reciente y coje una fiebre abrasadora que le lleva muy próximo a la muerte. Pasan horas y días de batalla entre el ser y el no ser, hasta que el ansia de vivir logra sobreponerse. Y cuando un mes más tarde, a bordo del galeón "San Cristóbal", se aleja de la bahía de Arica y pierde para siempre de vista las últimas costas del Perú, parecen brotarle la novedad y el optimismo del recién nacido.

ESTRATEGIA Y ARTE

I

Corren los días de abril de 1549 cuando el Gobernador toca tierra en la rada de Quintero. El fuego del verano se ha disuelto en el bermellón de la hojarasca y el otoño alienta ahora su vaho húmedo y frío por sobre la ondulada huella de los cerros de la costa. Toda una sinfonía en gris va introduciendo su andante vivo y penetrador en el antiguo dominio del verde y oro. Y es el toque que se aviene al ánimo de Valdivia. Porque entre Arica y Quintero no ha sido poco el pesar adquirido. Es ya de creer que la Providencia no bendice sus ambiciones, pues, apenas libre de las amargas e inquietas horas del Perú, ha de toparse con la triste nueva de la total destrucción de La Serena. Bien trágica sorpresa fué sin duda la que tuvo al desembarcar para dirigirse al caserío de los amigos, y al encontrar sólo escombros y cadáveres rotos y mutilados. Era una recepción a todas luces cruel la que le brindaba la gobernación de sus desvelos después de dos años de ausencia. Porque borrar una de las dos ciudades fundadas en el país, y precisamente la que con su nombre había de recordar la cuna del caudillo, era hacer nada, de un soplo, el trabajo y la fatiga de años y burlarse de sus anhelos de perpetuación e inmortalidad. Conque ya no se trataba de meditar nuevos planes de expansión en las regiones del sur, como él se venía imaginando optimista, sino de tener que volver por los

caminos andados, de reiniciar la tarea que se creía concluida y definitivamente asentada.

El afecto con que le recibe Francisco de Villagra que informado de su llegada se le reúne pronto en Valparaíso, le indica que podrá seguir contando con el concurso generoso de ese capitán en la nueva acción por emprender y que no ha de permitir al pesimismo cercenar el temple de su voluntad. Pero también hasta él viene una sombra a rebrotar en su conciencia el recuerdo de la toma del oro del "Santiago". El pobre Juan Pinel, echado a sus pies, le suplica que le devuelva su dinero, para así volver a España "a remediar sus hijas". Valdivia le promete ocuparse pronto de su asunto, pero el buen escribano no parece escuchar sus palabras y sigue con voz delirante repitiendo sus quejas y esperanzas. ¿Qué será de su señora María de León y de sus pobres y castas hijas que suspiran por pronto acomodo? ¿Cuándo llevará a éstas la dote que las libraré de la humillante soltería? Y el discurso se prolonga y después viene la exhibición de unas cartas cuya lectura pide hacer al Gobernador. Poca paciencia le va quedando a éste para querer prolongar más la incómoda escena y muy luego la majadería de Pinel termina por exasperarlo. De un grito manda retirarse al molesto acreedor, que al fin se aleja entre sollozos.

Se ha perdido ya de vista, pero ha dejado clavada una espina muy honda en la conciencia del Gobernador. Detrás del tropel de palabras y del brillo extraño de los ojos, acaba Valdivia de comprender una realidad tremenda que le pesa y que en balde tratará de eludir por mucho tiempo. Despojada de su dinero y en fuerza de amasar angustias y sufrimientos, el infeliz Pinel ha venido a perder el uso de la razón.

II

Transcurridos dos meses de permanencia en Valparaíso, sigue Valdivia a la ciudad de Santiago, donde el Cabildo y vecindario le dan recepción solemne como Gobernador elegido por el Rey y le invitan a prestar el tradicional juramento exigido a las personas de su investidura, lo que hace por Dios y Santa María y una señal de cruz sobre que pone su mano derecha.

Valdivia considera la urgencia de acrecentar el contingente de soldados a fin de repoblar La Serena y proceder en el sur a la fundación de nuevas ciudades sin debilitar la población de Santiago. Despacha de inmediato a Francisco de Villagra al Perú en busca de mayores refuerzos y asimismo a Francisco de Aguirre a reconstruir desde luego la desaparecida ciudad del norte.

Ya va declinando la crudeza del invierno y es posible intentar la anhelada expedición a las regiones sureñas que proporcionará a la gobernación más amplios contornos. Por otra parte, acaba felizmente de llegar Pedro de Villagra con la mayor parte de las tropas que Valdivia había remitido por tierra desde el Perú, y esto favorece las condiciones militares de la conquista. Hay, además, gran entusiasmo en someter pronto esos territorios, pues se los supone muy poblados, y como tales, propensos a la constitución de bien rentadas encomiendas.

Todo está, pues, por el pronto iniciar de la campaña y Valdivia, en los despuntes de la primavera, pasa revista a los hombres que se propone llevar consigo, cuando un tropiezo de su caballo le bota con él al suelo fracturándole uno de los pies. Y este banal accidente, que pudo en un principio parecer sin consecuencias mayores, fué agravándose con otras complicaciones orgánicas alen-

tadas por el organismo cansado, al punto de temer más de una vez los amigos íntimos por la vida del Gobernador. En los instantes en que le acosa la fiebre se agranda a su vista un terrible fantasma de culpabilidad que le aniquila el espíritu desde hace algunos días. El infeliz Pinel, movido por la fuerza ciega de la locura y sin escuchar las promesas sinceras de pronto reembolso de sus haberes, acaba de terminar su existencia amarga ahorcándose en el sobrado de su casa. Y Valdivia sorprende en la mirada de muchos de los que le visitan un cierto reproche por haber provocado esta tragedia sustrayendo a Pinel el fruto de sus sudores y dando muerte a sus más legítimas ilusiones de padre y de marido. Aunque procure evitarlo, el cuerpo exánime del escribano se balancea fátidicamente en su imaginación dándole muy en el blanco de la conciencia.

Son tres largos meses los que han de transcurrir hasta que el enfermo pueda abandonar el lecho. El verano ya fustiga con su hálito caliente y todo convida a acogerse sin tregua a sus ventajas y emprender cuanto antes el viaje a las lluviosas regiones del sur. Pero Valdivia aún no puede caminar y no faltan amigos que quieren disuadirlo de participar en la sufrida expedición. Hay en su cuerpo huellas tan hondas de cansancio y debilitamiento que parece sin duda una locura lanzarse en esas condiciones a los peligros y sacrificios de una campaña. El convaleciente no se deja, sin embargo, derrotar por los dictados de la lógica ni quiere dar al físico laureles de vencedor de su espíritu, siempre dispuesto a la lucha y a la privación. ¿Será el momento de entregarse al muelle descanso, después de haber perdido todo un año sin avanzar un palmo en la conquista?

Desde su enfermedad del Perú hay dentro de él un presentimiento triste que le corroe el alma y que va tornándose más agudo a raíz del nuevo accidente. La muerte parece rondarle y querer poner fin a sus cincuenta años

vivididos en medio de tantos azares e inquietudes. El cuerpo ya no parece obedecer como antes y una vejez y cansancio poco remediabiles quieren minar su voluntad y ánimo. ¡Y esto, precisamente cuando la tarea está apenas iniciada, cuando la consolidación de la gloria aún no se advierte! Pero hay que sobreponerse y seguir adelante, sin dar lugar en el espíritu al veneno del pesimismo. Ya es suficiente concesión a las negras ideas el extender su testamento cerrado y entregarlo al Cabildo para que lo guarde "en la arca de las tres llaves" y lo cumpla fidedignamente en el caso de su muerte. Ahora no queda más que partir, sin demora, abriendo la marcha al país austral en los inicios del nuevo año de 1550. Lo llevarán en un principio en silla de mano los indios de servicio y pronto estará en condiciones de seguir en su cabalgadura y de olvidar achaques y preocupaciones.

Sí, hay más de algo que quisiera sacar de la memoria. No se trata sólo de un muerto como Pinel, cuya visión inquieta va ya esfumándose desde el desaparecimiento de la fiebre. Lo que ahora lleva en la cabeza es la escena de su separación definitiva con Inés Suárez, que ha dado en matrimonio con buena dote a uno de sus mejores capitanes, Rodrigo de Quiroga. No es realmente amor lo que por ella siente, que en tal caso el desprendimiento habría sido en extremo doloroso si no imposible; pero sí una sencilla amistad y gratitud a la compañera leal y noble de tanta aventura, que más de una vez le salvó la vida y que supo sacrificarle hasta su delicado honor de mujer. Y al alejarse de ella, no deja de sentir cierta nostalgia. Es como todo un ciclo de juventud que se cierra para siempre, mientras el inicio de la nueva etapa le encuentra con nieves de medio siglo y el vaho de tristes presentimientos.

III

La caminata se efectúa sin relieves aún más allá del Maule y sólo en las márgenes del río Laja los indígenas tratan por primera vez, y sin lograrlo, de cerrar el camino a los expedicionarios. Continúan éstos y pronto llegan a las orillas del Bio-Bío, donde periódicas excursiones permiten reconocer detenidamente el terreno y dispersar algunos grupos de adversarios no sin arrebatárles abundante botín de alimentos.

Llega así Valdivia al valle de Andalién en el que establece su campamento, bien advertido de una posible sorpresa enemiga nada extraña en la región. Pronto, en el corazón de la segunda noche, se hizo ésta presente aunque con una furia no imaginada. Ya no se trata de puñados de atacantes en desorden, sino de escuadrones perfectamente disciplinados y con un número en extremo crecido de combatientes. Tan fulminante es la ofensiva que a pesar de su cuidado y vigilancia los soldados apenas se sobreponen. La oscuridad es muy grande y los caballos, temerosos de los gritos de los indios se niegan a obedecer y retroceden con espanto. Un momento más de indecisión y todos perecerán aplastados por esa manada inmensa de salvajes cuajados de lanzas y macanas. "¡Vergüenza, vergüenza de españoles!" grita Valdivia enfurecido. Y ordena rápido desmontar y resistir al enemigo en pie con picas y arcabuces. Todos obedecen y esta vez operan con tal *decisión y seguridad* ante las voces de aliento y el ejemplo del jefe que logran por fin al amanecer dispersar al enemigo después de infligirle grandes pérdidas.

Abandonado ya el valle de Andalién en que tan cerca había vuelto a sentir ese misterioso y reiterado rondar de la muerte, continúa Valdivia en busca del lugar donde

asentar las bases de una nueva ciudad, hasta detenerse en la bahía de Penco, que reúne las exigencias reclamadas por su ánimo de artista y de estratega. Será la ciudad cogida entre la espuma de un mar que trae ecos y comunicaciones de la lejanía, y los brazos dulces de ríos que transportan en la ondulación de su vidrio la vida nerviosa de muchos peces. Porque para el hombre sensible a los halagos de la naturaleza hay prodigalidad en el paraje. Y Valdivia se solaza con ese puerto, "el mejor que hay en las Indias", con ese río grande "de la mejor pesquería del mundo, de mucha sardina, céfalos, tuninas, merluzas, lampreas, y otros mil géneros de pescados", y con el "otro riachuelo pequeño, que corre todo el año, de muy delgada y clara agua".

Pronto comienzan en el lugar escogido a levantarse los gruesos murallones de piedra, adobe y troncos de árbol, tras los cuales puedan guarecerse los moradores en caso de ataque enemigo. Y en torno de la fortificación cavan un amplio foso que hará aún más inaccesible el sitio a los adversarios. Pero estos no parecen muy amedrentados por los preparativos de los españoles; y al cabo de pocos días llegan en gran tropel y provistos de tablones para pasar el foso y de cuerdas con qué escalar los muros del improvisado castillo. Resistir en el interior de la fortaleza era exponerse a ser rodeados y reducidos. De ahí que Valdivia estimara más prudente salir al encuentro de los atacantes a campo abierto, como lo hizo con buen resultado, pues algunas cargas de caballería fueron suficientes para producir el desorden y la fuga de los indios que dejaron muchos muertos y prisioneros.

Días después puede el Gobernador alegrarse del arribo al puerto de Juan Bautista Pastene, a quien acompañan, a más del Bachiller Rodrigo González Marmolejo, cincuenta hombres de refuerzo. Esto permitirá seguir explorando los alrededores sin mucho debilitar la población del fuerte. Y así Pastene por mar y Alderete por tierra

son enviados a reconocer la costa y el interior, con gran eficacia, pues mientras el genovés descubre la isla de Santa María en la bahía de Arauco y trae de ella abundantes provisiones para Penco, el segundo atraviesa el Bio-Bío y logra promesas de paz y amistad de la numerosa población indígena allí establecida. Todo parece confirmar las ilusiones que se han hecho los expedicionarios al salir de Santiago de que encontrarán acá bases para muy ricos y extensos repartimientos. No obstante, la venida del invierno los resigna a dilatar por ahora el logro de sus esperanzas y aguardar la estación propicia para seguir la campaña dominadora hacia el sur.

Los largos meses del invierno no transcurren en vano. A las penalidades de la guerra sucede el trabajo de la fundación. Se espesan y ensanchan los muros del fuerte y van alzándose a su amparo las habitaciones. Y cuando arrecia la lluvia, replegado en su cuarto, deja Valdivia que su pluma haga el recuento prolijo de sus muchas andanzas y lleve a su tiempo al Emperador una imagen acabada de la obra gigante que desarrolla.

Vuelve a recordar con detenida memoria cada uno de los varios incidentes que precedieron a la fundación de Santiago. Y después sigue, sin omitir pormenores y paso a paso, como un fiel cronista, el relato de las muchas inquietudes y penalidades, que le llevaron al fin a ir en persona al Perú en busca de auxilio. Aquí la pluma experimenta un particular agrado y no parece dispuesta a sacrificar ningún detalle que pueda privar a su amo del honor de ser considerado el salvador de la causa del rey en las tierras del Inca. Viene después el relato de la expedición al sur, con la fundación y ataque del fuerte de Penco. sin que quede omitido un nuevo homenaje de amor al país que le sume en el desvelo y que le tiene cautivo en sus mallas de belleza y oro: "Certifico a V. M. que después que las Indias se comenzaron a descubrir, hasta hoy, no se ha descubierto tal tierra a V. M.: es más poblada que la

Nueva España, muy sana, fertilísima e apacible, de muy lindo temple, riquísima de minas de oro, que en ninguna parte se ha dado cata que no se saque, abundante de gente, ganado e mantenimiento, gran noticia, muy cerca, de cantidad de oro sobre la tierra y en ella no hay otra falta sino es de españoles y caballos. Es muy llana, y lo que no lo es, unas costezuelas apacibles; de mucha madera y muy linda. Es tan poblada, que no hay animal salvaje entre la gente, de raposo, lobo, y otras sabandijas de esta calidad, y si las hay, les conviene ser domésticas, porque no tienen dónde criar sus hijos si no es entre las casas de los indios y sus sementeras. . . .”

Ya se ha logrado ampliar y concluir la edificación del fuerte y las habitaciones del contorno y no queda ahora sino proceder a la fundación oficial de la ciudad, lo que Valdivia hace, entrada la primavera, el día 5 de octubre de 1550, dándole el nombre de Concepción del Nuevo Extremo. Instituye Cabildo, reparte solares, concede encomiendas y da en suma todo un ritmo a la nueva población, primera de una serie de ciudades llamadas a señalar a manera de hitos la expansión del dominio de España hacia el Estrecho. Porque Valdivia no abandona la esperanza de extender hasta ese lejano límite la amplitud de su gobernación y en su carta al Emperador vuelve a pedir para sí aquella tierra austral que le fué negada por La Gasca y que teme ver en manos de un futuro rival de sus ambiciones. “La persona a quien se diere, antes estorbaría que serviría”, dice al monarca; pero luego, como queriendo velar esa franqueza denunciadora de tan insaciable hambre de poderío y mando, agrega: “Y no pido esta merced al fin que otras personas de abarcar mucha tierra, pues para la mía siete pies le bastan, e la que a mis sucesores hobiere de quedar para que en ellos dure mi memoria, será la parte que V. M. se servirá de me hacer merced por mis pequeños servicios, que por pequeña que sea,

la estimaré en lo que debo; que sólo por el efeto que la pido es para más servir y trabajar."

Después de un balance tan minucioso de lo realizado para someter este reino distante ¿no era justo que el que todo lo había arriesgado en la incierta aventura recabara del monarca algunos beneficios y premios inmediatos? Pedir la confirmación de su título de Gobernador, el derecho a elegir sus dos sucesores inmediatos, como también la gracia del cargo de alguacil mayor para sí y sus herederos, el derecho a nombrar escribanos y tres regidores perpetuos en cada Cabildo, la concesión de la octava parte de la tierra conquistada por él, la condonación de ciento dieciocho mil pesos de deuda, un donativo de cien mil pesos y el sueldo anual de diez mil pesos, no era sin duda excesivo cuando se ha estado a punto de perder la vida en tantas ocasiones y se ha abordado la conquista de todo un territorio inmenso sin contar con el menor auxilio de la corona. Alonso de Aguilera, su deudo, llevará personalmente esta carta, que concluye y rubrica diez días después de fundada Concepción. En sus últimos párrafos pide muy justamente la mitra para el incansable apóstol González Marmolejo y anuncia a la vez el próximo envío a la corte de Jerónimo de Alderete con una descripción de la comarca "e para que me traiga a mi mujer y trasplantar en estas partes la casa de Valdivia para que V. M., como monarca tan cristianísimo, rey e señor natural, sea servido ilustrarla con mercedes, mediante los servicios por mí hechos a su cesárea persona". El anhelo de perpetuación del nombre y de la fama y de la prolongación de la estirpe no ha desaparecido, sino que por el contrario rebrota con más ímpetu ahora que la muerte parece rondarle con tanta insistencia.



Gerónimo de Alderete

IV

Alderete y Pedro de Villagra, que se han adelantado más al sur, envían emisarios al Gobernador invitándole a reunírseles, pues la comarca hallada convida a establecer una nueva fundación. Valdivia, que estaba nervioso de recibir noticias de sus capitanes, sale pronto a su encuentro con ciento setenta hombres y se introduce por el corazón de Arauco hasta llegar a las márgenes del Cautín. Allí, entre tierras muy pobladas y junto al sitio en que se produce la confluencia con otro río, que llaman de las Damas, sobre un montículo de bellísima visión, dispone el alzamiento de una nueva fortaleza. Es todo un símil de Carlomagno, que aquí y allá va creando las "marcas" fronterizas que preservarán la tierra conquistada de las incursiones enemigas, y asimismo un renovador de la vieja táctica de sus mayores en la guerra contra los moros que luego de posesionarse de una comarca, iban creando poblaciones de avanzada que aseguraran la dominación.

A principios de abril regresa a Concepción a pasar el invierno, dejando el fuerte encomendado a Pedro de Villagra. La nueva estación, fría y lluviosa, se le hace sin embargo muy llevadera, pues viene acompañada de circunstancias que permitirán afianzar la obra de la conquista. Un barco del Perú llega a la bahía de Penco con un refuerzo de cien hombres y al evidente regocijo de tan oportuna visita se sigue otro no menor al tener conocimiento de que el leal y abnegado Francisco de Villagra, ausente ya dos años del país, viene de regreso con gran ayuda desde el otro lado de la cordillera. Contará así cada vez con más elementos y podrá de esta manera seguir su plan de fundaciones hasta tocar las aguas del Estrecho, el codiciado límite de su Gobernación.

Tan pronto lo permiten las circunstancias y en los comienzos del nuevo año de 1552, vuelve a las orillas del Cautín a reunirse con Pedro de Villagra y a dar solemne nacimiento a la nueva ciudad. La bautiza con el nombre de Imperial, que le ha sido sugerida por burdas águilas bicéfalas talladas en madera que coronan algunas habitaciones indígenas. Sin duda este signo heráldico del máximo poder terrestre, hallado en tan distantes latitudes, debía saberle a Valdivia a manera de un símbolo acogedor de las huestes del César Carlos y como una nueva promesa que a las armas de España brindaba la fortuna. Y en verdad que la región por su riqueza era capaz de acallar las voces de los más exigentes encomenderos. "Es todo un pueblo —le dice entusiasmado el Gobernador al Rey en una nueva carta— e una cimitera y una mina de oro, y si las cosas no se ponen unas sobre otras, no pueden caber en ella más de las que tiene: próspera de ganado como la del Perú, con una lana que le arrastra por el suelo; abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios para su sustentación, así como maíz, papas, quínuá, madí, ají y frisoles. La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca, y de lindos rostros, así hombres como mujeres, vestidos todos de lana a su modo, aunque los vestidos son algo groseros. Tienen muy gran temor a los caballos, aman en demasía a los hijos e mujeres y las casas, las cuales tienen muy bien hechas y fuertes con grandes tablazonos y muchas y muy grandes, y de dos, cuatro y ocho puertas; tiénenlas llenas de todo género de comida y lana, tienen muchas y muy polidas vasijas de barro y madera, son grandísimos labradores y tan grandes bebedores; el derecho de ellos está en las armas y así se las tienen todas en sus casas y muy a punto para se defender de sus vecinos y ofender al que menos puede; es de muy lindo temple la tierra y se darán en ella todo género de plantas de España, mejor que allá."

A principios de noviembre abandona Valdivia la Imperial con esa sed nunca apagada de nuevas tierras y aventuras. Por la selva callada y misteriosa, cobijadora franca, ausente de mortíferos secretos, que alterna con cultivados lomajes y pueblos indígenas, van con embeleso Valdivia y sus compañeros hasta acampar en el valle de Mariquina. Hasta allá les alcanza un propio con la nueva de que Francisco de Villagra ha trasmontado la cordillera y viene a reunirseles. Con gran alegría despachó el Gobernador a Juan de Cárdenas, su Secretario, para ir a recibir a la Imperial al recién llegado y entretanto detuvo su exploración y aguardó a Villagra en Mariquina. Y cuando tuvo noticias de hallarse próximo, salió a su encuentro precedido de trompetas y, descendiendo del caballo, corrió a abrazar con gran afecto y emoción al más grande colaborador de su obra.

Bien merecido se tenía por cierto Villagra este homenaje, así como la confirmación de su nombramiento de Teniente General y la entrega de grandes y valiosos repartimientos que le hace Valdivia, pues después de viajar con no escasa dificultad por la región del Tucumán para someterla a la Gobernación de Chile, ha introducido al país cerca de doscientos hombres de refuerzo a más de muchos indios de servicio y gran número de caballos y cabras. El auxilio era en realidad extraordinario y sus proyecciones en el afianzamiento de la tarea colonizadora no podían escaparse a Valdivia. A esto había que agregar la ventaja de contar nuevamente con la experiencia, valor y lealtad de Villagra, lo que significaba recuperar para este momento álgido de la conquista al más competente de los capitanes.

Por algunos días permanece Villagra en Mariquina y, de acuerdo con Valdivia, regresa a la Imperial mientras éste se apronta a seguir al sur. Todo parece favorecer su plan de expansión, pues cuenta con mayores recursos y además los indígenas han cesado en sus ata-

ques, dejando a los expedicionarios libre tránsito por sus tierras. El optimismo, que estuvo a punto de abandonarle, ha vuelto otra vez y ya no quiere ni saber de esos torcidos presentimientos y asechanzas de muerte que en otras ocasiones le han cohibido.

Muy cargada la cabeza de ideas gratas, da término Valdivia a la cena en una improvisada cabaña, poco después de separarse de Villagra, y se apronta a iniciar la marcha, cuando una inmensa masa de guerreros indígenas caen de improviso sobre el campamento, como empeñados en deshacer pronto las fáciles ilusiones del Gobernador. Muy rápidos estuvieron los españoles en montar en sus caballos, que ya tenían listos para la caminata, y lograron dar así una carga tan fuerte a los atacantes que bien pronto los pusieron en fuga, persiguiéndolos sin compasión hasta acorralarlos en una altura desde donde los indios enloquecidos se lanzaron al río Toltén, pereciendo casi todos de la caída.

Continuó Valdivia su exploración más al sur en busca del lugar adecuado para el asiento de una nueva ciudad. Pero pronto las lluvias se desencadenaron con tal intensidad que hicieron dificultosísima la marcha y fué preciso hacer alto y aguardar pacientemente la vuelta del buen tiempo. Mientras tanto, y desafiando el torrencial aguacero, se adelantó Alderete por encargo de Valdivia a explorar los contornos y a su regreso informó que en la orilla opuesta del gran río Calle-Calle existía un hermoso valle donde podía realizarse la nueva fundación.

Han cesado ya los temporales y sobre el cielo de verano, que aún manchan algunas nubes fugitivas de movimiento exótico y cambiante, luce un azul puro y sereno. Abajo está el bosque apretado y húmedo, retorcido de lianas y que alfombran pequeños helechos que aún suspenden en sus hojas breves el brillo de la última gota de agua. Por él van los españoles cortando aquí con el machete la rama importuna de coihue que cuelga su brazo de

encaje deshilachado; gustando allá la silenciosa música de sangre de las campanas de los copihues; respirando luego el aliento tibio de los canelos de troncos remojados y el aroma que se arranca de la flora blanca de los ulmos. Es la naturaleza en plenitud que, ingenua, se deja coger por la mano de hierro de la conquista que más de una vez reducirá la espontaneidad de su encanto.

Así acaban de topar con la orilla del río inmenso que se roba en sus aguas todo el verde matizado de la selva y que se introduce como una monstruosa serpiente de cristal de andar barroco por lugares inimaginables, partiéndose en un punto para reunirse en otro y ahorcar en el intermedio un trozo de tierra que desborda de vegetación. Y en el ámbito, un calor húmedo y sensual, una como transpiración de tierra apasionada que golpea insistente en la puerta de los sentidos.

De nuevo esa nostalgia de los años que huyeron, de la juventud desvanecida. Y un presentimiento triste frente a la exuberancia fresca de esa virginidad provocativa. Suena muy amargo el contraste para un hombre de medio siglo... Y sin embargo no resistirá la tentación de dar su nombre a ese trozo de pubertad que revienta de deseos. Valdivia, sí, Valdivia se llamará la nueva fundación trazada en el valle amable y verde escogido ya por Alderete. Es el desposorio del hombre del Renacimiento, delicado a la vez que carnal, con los pujantes atractivos de la naturaleza.

Por la plaza de la nueva ciudad, donde ya está alzado el rollo de la justicia y la primera iglesia exhibe sus delgados tabiques de madera, conversan muy animados los vecinos. Ya la riqueza y la fortuna, escurridizas hasta entonces, se han dejado asir con mansedumbre. Encomiendas inmensas, de miles de indios, vendrán a proporcionarles rentas fabulosas, que sorprenderían hasta en el Perú. Sus hijos y descendientes gozarán de los beneficios

de estupendos mayorazgos y el nombre de sus linajes quedará perpetuado con lustre y poder. Valdivia estimula con forzada sonrisa a los imaginativos pobladores, pero cada uno de sus proyectos le deja una marca de tristeza en el alma. ¿Quién recogerá la herencia del hombre sin hijos, que ha sometido tan enormes territorios? ¿Respetará siquiera a sus próximos familiares la eterna ingratitud de los reyes? Y absorto y contraído se pasea algo distante de los alegres charladores.

—“Señor ¿no estaba vuestra merced agora aquí con nosotros en buena conversación y alegre? ¿Qué tristeza es esa?”, le interroga uno de los presentes, que ha reparado en su notable cambio.

—“Rueguen vuestras mercedes a Nuestro Señor por mi salud; —contesta Valdivia, aproximándose nuevamente al grupo— paréceme tengo de vivir poco, y la causa de parecer estoy triste es que se me ha representado aquí agora que están en Valladolid los niños en las cunas y otros que se andan paseando o pasearán por ella muy pintados con medias de aguja y zapatos acuchillados, que han de venir a gozar de nuestros trabajos, y nuestros hijos e nietos han de morir de hambre...”

V

Pasado ya el verano de 1552, que había permitido la fundación de la ciudad de Valdivia y asimismo la de Villarrica, por Jerónimo de Alderete, —a orillas del lago Mallalauquén, junto a la cordillera y en una región de minas abundantes de plata y oro— regresó el Gobernador a invernar a Concepción.

Ha sido fructífera la jornada, pero el cuerpo no deja de resentirse con las rudezas del viaje. Las limitaciones que cada vez más apremiante va poniendo la edad

que avanza, no pueden sino aumentarle la melancolía. Y, así el descanso que busca en el lecho se le torna en verdadero suplicio, pues en la soledad y en la inacción la mente abulta más los presentimientos tristes.

—“Vuestra señoría será muy bien que descanse e que no trabaje tanto”, le recomienda afectuosamente el buen sacerdote Hernando Ortiz de Zúñiga, que le visita con frecuencia.

Valdivia le responde que así piensa hacerlo de allí en lo sucesivo. Y mientras conversa con el eclesiástico sobre la mejor forma de aliviarse de tantas cargas, llega al aposento Francisco de Villagra, el Teniente General.

—“Estoy diciendo aquí al señor Visitador —le expresa entonces Valdivia— que quiero descansar ya e no trabajar y andar caminos, e que, pues vos lo habeis de hacer después de mis días, que lo hagais desde agora”.

—“Vuestra señoría vivirá muchos años y lo hará”, contesta Villagra en afán de disipar la tristeza de su señor.

Pero éste, que atraviesa por una de sus periódicas crisis de pesimismo, le repite:

—“No quiero sino descansar, e hacedlo vos, pues que a vos os lo tengo dejado todo e vos gratificaréis a los que trajisteis con vos sus servicios e trabajos.”

Las veladas de ese invierno transcurren en una calma apacible y reconfortadora, capaz de reponer el ánimo perdido. Y el entusiasmo y la alegría de los pobladores acaba por contagiar al Gobernador y sacarlo del fondo de sus negras meditaciones. No es posible escurrirse de las fiestas y así le arrastran a unas y a otras inyectándole nuevos aires de juventud y optimismo. Sobre todo, después de oír los monólogos cómicos del inagotable Francisco Camacho, es difícil aparentar gravedad por mucho tiempo. Ha estado echando ironías sabrosas a cada uno de los colonos que le han ahogado a menudo la voz con estrepitosas carcajadas y aplausos, y el muy pí-

caro, que no busca más que aliento y apoyo para seguir adelante, las embiste esta vez sin mayor respeto con el propio señor Gobernador.

—“Al señor General Pedro de Valdivia —dice sin inmutarse—, le compete por dos razones y títulos este nombre de Pedro: lo primero, por habérselo impuesto en el bautismo; lo segundo, porque ha hecho el oficio de San Pedro”. Y agrega, ante los rostros sorprendidos: “¿Quiérenlo ver claramente? Pues, acuérdense que San Pedro tendió la red en el mar y de un lance la sacó tan llena de peces que se le rompía, con haber estado la noche sin haber tomado uno solo. Pues esto mismo le aconteció al señor Gobernador que por no haber podido Su Señoría acaudalar lo que deseaba en muchos años, echó una vez un lance en el puerto de Valparaíso y cogió más peces que San Pedro, y no de diferentes especies sino todos de una, porque los que pescó fueron ochenta mil dorados sin ningún trabajo suyo ni de sus compañeros, aunque con no pequeño de los desventurados que habían andado toda su vida metidos en el agua para cojerlos.”

Con mucho estrépito celebran la ocurrencia, pero ella no le sabe en un principio a cosa grata al aludido, que guarda silencio. No obstante, Camacho tiene tal frescura y desparpajo, y hay en el ambiente una camaradería tan abierta, que la víctima acaba también por hacer vista gorda de la insolencia y sumarse al coro de risotadas.

VI

En la primavera va el Gobernador a Santiago, después de dos años de ausencia. Su deseo es equipar allá una expedición al otro lado de los Andes, sirviéndose para esto de refuerzos que acaban de llegarle del Perú.

Francisco de Aguirre es el hombre escogido para someter a la jurisdicción de Chile la ciudad de El Barco y sus contornos, que se encuentran a la altura de La Serena. Villagra, por su parte, deberá explorar la cordillera del sur introduciéndose a la otra banda por la región de Villarrica.

Aprovecha Valdivia su estancia en Santiago para hacer reconocer por su Cabildo a Don Miguel de Avendaño y Velasco, valeroso y noble capitán, nieto del Duque de Frías, como Alguacil Mayor del Reino con derecho a voto inmediatamente después de los Alcaldes. El privilegio concedido contraviene los preceptos de las Ordenanzas municipales y los ediles, muy celosos en su guarda, no están dispuestos a ceder ante el capricho del Gobernador. Se junta el Cabildo el 9 de septiembre presidido por el propio Valdivia, y a la reunión se incorpora Avendaño y presta juramento, pero los señores del Ayuntamiento, altivos y firmes, se niegan a reconocerle prioridad de voto respecto de los Regidores. "Por vida de Su Majestad que lo habeis de recibir y si no, que antes que salgais de aquí pagueis la pena de dos mil pesos del mandamiento", exclama furioso Valdivia. Pero los cabildantes, imperturbables, mantienen la resistencia. ¡Pensar que a él, Gobernador por el Rey, se atrevan a contradecirle y levantarle la voz; no es para tolerarlo! La cárcel, a más de fuertes multas, es lo menos que merecen esos ariscos y soberbios concejales. "Por vida de Su Majestad, que se ha de recibir —reitera frenético Valdivia— y si no, que antes que salgan de la cárcel, paguen la pena de los dos mil pesos sin perdonárseles nada; y no es menester hablar más de ello". No lo fué, en realidad, pues el Cabildo atemorizado calló y acabó por someterse al capricho del Gobernador.

Se halla también en Santiago Jerónimo de Alderete, que ha venido a ultimar los preparativos de su viaje a España, en compañía de Diego Nieto de Gaete, cuñado de

Valdivia. Ya tenía anunciada éste al Emperador la embajada, que la urgencia de la conquista del sur había dilata-
do en su despacho. Llevaría Alderete al monarca me-
moriales de los Ayuntamientos de todas las ciudades de
Chile, con expresivas recomendaciones para el fundador,
y procuraría alcanzar para éste el hábito de Santiago y
el título de conde o de marqués, a más de los beneficios
y mercedes ya solicitados en su última carta. Completaría,
en fin, su misión visitando en Castuera a Doña Marina
Ortiz de Gaete, a quien debía traer a Chile, y para la
cual y sus deudos llevaba el donativo de siete mil quinien-
tos pesos.

Los crueles instantes de pesimismo y de melancolía
han avivado a manera de revancha en el espíritu de Val-
divia esa ansia de perpetuación que nunca le abandona.
No es un ablandamiento senil el que lo mueve a querer
reunirse con su esposa después de casi veinte años de se-
paración, y el esperar que con ella vengan otros parientes,
sino el deseo de establecer decorosamente su casa y lina-
je en estas tierras y de preservar así del olvido y del des-
gaste del tiempo la memoria de su nombre. Porque los
años caen unos tras otros y el instinto le dice cada vez
más fuerte que el paso de su vida tormentosa y cansada
ya va palpando el linde de la declinación.

**"LA MUERTE MENOS TEMIDA
DA MAS VIDA"**

I

El mesón de Diego Caballero se ha visto como nunca concurrido y animado. Y no era para menos. Acaban de llegar a Castuera Jerónimo de Alderete y Diego Nieto de Gaete trayendo a Doña Marina muy gratas nuevas de su esposo el Capitán Valdivia. La conversa del vecindario se multiplica sobre las hazañas del ausente y los donativos que ha enviado a la parentela. Porque ahí están Alonso y Diego, sus sobrinos, con cincuenta mil maravías en las manos y otras tantas esperanzas de recibir nuevas remesas de la fuente inagotable de oro de las Indias.

Dicen que los emisarios vienen en busca de Doña Marina y parece que ésta se halla muy resuelta a emprender sin demora el viaje. ¡Pero esa tierra de Chile queda muy lejos! ¡Hay que navegar meses y meses y pasar por grandes peligros! Y ¿qué importa? Se llega al país de las riquezas, de las tierras dilatadas y de los vasallos innumerables. Toda una fantasía oriental ha cobrado realidad y Doña Marina, de vecina de Castuera, noble pero sin recursos, va a convertirse en Gobernadora de un reino distante y maravilloso, con ríos muy grandes, con lagos de anchos espejos y bosques húmedos y perfumados. ¡Ay! ¡Quién fuera Doña Marina!...

Sin esperar el resultado de las gestiones de Alderete en la corte, prepara la mujer de Valdivia su viaje inme-

diato. Se traslada a Sevilla rodeada de parientes que desean seguirla hasta el Nuevo Extremo: Doña Leonor y Francisco Gutiérrez de Valdivia, Doña Catalina de Mirandá, Doña Catalina Ortiz de Gaete con sus seis hijos Suárez de Figueroa. Dejaba en Castuera un transcurrir opaco y estrecho, a cambio de una existencia que se le abría con ricas promesas de felicidad. Y por eso, al separarse de sus vecinos Diego Caballero y Pedro Calderón, no tuvo nostalgia ni amargura y cuando pasó por última vez por la plaza de San Juan, frente a la vetusta casona del bisabuelo Hernando de Valdivia, apenas reparó en ese lema de honor y de misterio que las sierpes de piedra se esforzaban en mostrarle: "La muerte menos temida, da más vida".

Otros pensamientos llenan la cabeza de Doña Marina para inquietarse por anacrónicas filosofías. Debe preparar un equipaje digno del rango de Gobernadora y por eso no escatima gastos para adquirir un sillón de plata, cama y sillas doradas con tapiz de terciopelo azul, una gran alfombra turquesa y plata labrada en abundancia. Todo esto, a más de sirvientes y de un negro esclavo, le darán sin duda el boato y realce necesarios al desembarcar en Chile.

Y antes de seguir a Cádiz, donde los aguarda el navío del maestre Juan de Mondragón, los viajeros acuden a pedir la bendición de Dios. Está diciendo la misa el Padre Francisco de Borja, de quien cuentan cosas muy extraordinarias. En la boca de todos está el incidente que le cambió de Duque de Gandía y Marqués de Lomhay, en humilde soldado de la Compañía de Jesús. "No, Señor, no ya más servir a amo que se me pueda morir", había exclamado al reparar el horrible estrago de la muerte en el rostro de la Emperatriz Doña Isabel, de quien era Caballerizo Mayor. Y desde entonces vivía abrazado en la nostalgia del cielo y en descuido y repugnancia de los dones humanos.

Hay tal suspensión en el ambiente que parece haber caído un trozo de eternidad para servir de dique al trascurrir incesante del tiempo. Se diría que este hombre admirable, al recitar las santas palabras de la Misa, se hubiera entregado en conversaciones con el mundo de los seres invisibles. Y en su rostro hay algo extraño y celestial. ¿Una aureola? ¿Un resplandor luminoso? Si, eso es lo que contempla estremecida de emoción la joven Doña Catalina de Miranda, que ora junto a la mujer de Valdivia. Un milagro, un inmenso milagro y una gracia especial para ella, que acaso estaba menos llena de inquietudes banales y más anhelosa de goces del espíritu que el resto de los viajeros. Era toda una advertencia divina para no dejarse coger por los lazos del honor y la riqueza, que había logrado eludir muy a tiempo el Padre Francisco de Borja, pero que ahora amenazaba de ahorcar el alma de más de uno de los presentes. Y doña Catalina, tersa y simple en su fe, sabe recoger este llamado del cielo a la pobreza del espíritu.

II

El año de 1553 ha sido para Concepción un festival del oro. Día a día nuevas minas y lavaderos se abren a la codicia de los pobladores y no hay ya otra ocupación que la de dejarse coger por la fortuna improvisada. Ahí traen al Gobernador los indios de servicio una batea que rebalsa pepas amarillas y el jefe entusiasmado mete sus manos gruesas en la admirable cosecha y exclama, como desahogando una esperanza al fin cumplida: "¡Desde ahora comienzo a ser señor!" No es que el oro le preocupe como una finalidad, pues bien saben sus amigos qué pronto está para desprenderse entre ellos del dinero

y cómo lo echa sobre las cartas despreocupado. Porque no le bastan los albures de la guerra, sino que aun desafía a la fortuna en los imprevistos del juego. Y así como en las luchas de arma, también aquí le acompaña la suerte. Todos recuerdan aún los catorce mil pesos de oro ganados en el Perú al Capitán Machicao en la dobladilla. No se trata pues de codicia sino de máxima ambición. Ha aprendido en Italia y en el Perú lo que puede el oro para mover a los hombres y transformarlos en serviles esclavos, y sabe que su dominio y poder se irán empinando sobre el cerro de su riqueza. Pero acaso lo que no advirtió mientras oprimía en sus manos los montones de pepas, fué la contracción que tuvo el rostro siempre impávido de su caballerizo indio, Lautaro, y el golpe extraño y rencoroso de su mirada.

Entretanto regresa Francisco de Villagra de su excursión por la región opuesta de la cordillera. No pudo, a pesar de sus deseos, alcanzar hasta el Estrecho de Magallanes, pues el cauce de ríos inmensos le cerraron el camino. Al volver ha advertido en los pobladores indígenas de la travesía, cierta actitud sospechosa que ya se ha desembozado en la encomienda de Pucureo, propiedad del Gobernador, donde la mayoría de los españoles han perecido víctimas de los naturales. No hay duda que el trabajo a que a éstos se somete sin miramientos, está incubando en ellos el odio hacia los conquistadores, y así lo cree también Valdivia que adopta precauciones en el laboreo de las minas, se esmera en dulcificar el trato de los indios y reforzar a la vez las guarniciones de los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén.

Parece que estas oportunas medidas han vuelto otra vez la calma y la confianza, y que a tiempo se ha logrado evitar un estallido. Puede pensarse entonces sin cuidado en nuevas exploraciones y enviarse al sur a Francisco de Villagra, por tierra, y a Francisco de Ulloa por mar, siempre con la idea de llegar al Estrecho de Magallanes.

Asimismo saldrá Pedro de Villagra a excursionar al otro lado de la cordillera donde se rumorea que existen ricos yacimientos salinos.

Pero no bien se han perdido en la distancia los destacamentos expedicionarios, cuando un viento sordo comienza a brotar en la tierra de Arauco y a estremecer con notas de sangre la campana de los copihues. Lautaro es la palabra de lengua vernácula que se repite cien veces bajo los toldos diseminados en la larga extensión de los lomajes. Y los antiguos labradores y cazadores de rostro impassible, comienzan a erguirse con altivez desconocida.

A principios de diciembre recibe el Gobernador un propio de Alonso Corona, jefe de la guarnición de Purén, que le previene de los peligros de un próximo levantamiento indígena, y luego sabe noticias de la destrucción del fuerte de Tucapel. Cree Valdivia necesario recurrir en persona a poner paz en esos lugares y con cincuenta hombres sale de la ciudad de Concepción, deteniéndose varios días en el asiento minero de Quilacoya. Mientras dirige aquí el alzamiento de un fortín, le llega un mensaje de Juan Gómez de Almagro, que a tiempo ha corrido con refuerzos de la Imperial a Purén, librando esta casa de ser arrasada por los indios. Hay al menos un peligro conjurado y puede pensarse en restaurar el fuerte anteriormente destruído. Para esto escribe el Gobernador a Almagro citándole el día de Navidad al lugar de Tucapel. Entretanto sigue él al frente de Arauco y de allí continúa hasta Lavolebo, donde acampa.

La tierra se encuentra cogida por un largo silencio. No hay indicio alguno de vida y los sitios antes habitados se hallan desiertos. ¿Convendrá aventurarse con tan pocos soldados en medio de esta tranquilidad sospechosa? Antes de hacerlo es oportuno explorar algo los contornos, y para eso envía cuatro hombres al Gobernador. Pero pasan horas y horas y trascurre un día y no

regresan. Ordena entonces Valdivia seguir la marcha y continuar descendiendo por esa huella de soledad y silencio.

Una sombra de presentimientos tristes y de negras cavilaciones le acosa sin descanso. Esa calma tan inopinada, lejos de llevarle a la confianza, le envuelve en una ola de tremenda inquietud. Está metiéndose cada vez más al interior de una tierra bravía, cargada de sorpresas, y son menos de cincuenta hombres los que le acompañan. Quizás sea más prudente regresar a Arauco en busca de mayor refuerzo. Pero sus acompañantes, jóvenes al fin, insisten en continuar adelante. Se halla entre ellos un sobrino de su mismo nombre, llegado hace poco de España, y no estaría bien aparentar ante él temores. No queda pues sino barrer de la mente esos fantasmas de pesimismo que no se avienen con la entereza de un Gobernador, y seguir en el camino. "Señores míos —le dice a los compañeros— la causa que me movía a intentar la vuelta, hágoles saber que no es cobardía ni temor, pues en la vida me lo puso la demasiada fuerza de adversarios, pues, como todos saben, me suelo arrojar entre muy grandes huestes de ellos, sin que me impida su mucha fuerza ni la poca gente de mi parte. Me parecía a mí ahora, que el hacer alto en la casa de Arauco para convocar suficiente número de soldados y ordenar el ejército según la oportunidad lo pide, fuera cosa expediente y acertada para dar al más seguro sobre los indios, que ya no son los que solían; pues eran antes conquistados y acometidos y ahora son rebelados y agresores. Mas, pues, vuestras mercedes son de otro parecer, no hay para qué dilatarlo un punto, pues el llevarme a la guerra es encaminarme a mi centro y ha días que no peleo. Por tanto, caminemos luego que aunque estoy viejo soy Valdivia."

Continúan, en efecto, adelante; pero no han andado mucho cuando hasta ellos se acerca despavorido un in-

dio de servicio que acompañaba a los cuatro exploradores y que narra con frases entrecortadas la muerte de los mismos. Bien se imaginaba ya Valdivia lo ocurrido; pero las palabras del indio, si no le traen novedad, vienen en cambio a renovarle las inquietudes que se empeñaba hace tiempo en adormecer y disimular. Y no era todo. El fiel yanacona Agustín, que le ha acompañado con cariño desde el Perú, se arroja a sus pies y entre sollozos y lágrimas le pide no continuar en el camino. "¡Señor, acuérdate de la noche que peleaste en Andalién!", le dice entre gemidos y súplicas. La noche de Andalién. No parece feliz augurio este recuerdo. Porque allí la muerte le anduvo buscando sin tregua y costó no poco librarse de sus garras. Ahora no están las perspectivas muy claras y antes que sea tarde mejor será regresar a Arauco y no lanzar torpes desafíos a la suerte. Pero no. Allí está su sobrino impaciente por reanudar la marcha y sería vergüenza para la sangre de Valdivia desandar un paso. Mejor seguir hasta el fin.

Ha llegado el día de Navidad fijado para la cita con Juan Gómez de Almagro. A la vista de Valdivia están los restos del fuerte de Tucapel, increíblemente destrozado por la violencia del ataque. A su alrededor sólo se advierte el mismo silencio que sobrecoge e inquieta. Del capitán amigo no aparecen aún indicios. Pero un poco más allá de las ruinas hay un macizo de árboles en el que algunas figuras humanas procuran esconderse de los ojos españoles.— No hay duda de que se trata de un grupo de indios emboscados que se les querrán venir encima. En fin, ya habrá un encuentro. Pero, ¿será sólo éste?

Desciende Valdivia de su caballo y se hincó en la tierra. Nunca el corazón le había golpeado así. Ha estado en tantos combates, ha sobrepasado tantos peligros con entereza y frialdad, y sin embargo ahora siente una opresión en el alma que no sabe cómo explicar,

Trabaja en balde contra esa angustia y tristeza, porque a poco de desecharlas parece que le vuelven con más ímpetu. No habrá más que entregarlas en las manos de Dios. Y en una oración apremiante y nerviosa van hasta allá las súplicas, mientras a pocos pasos le observan sus compañeros con no escasa extrañeza.

Se levanta más sereno o acaso más resignado y, luego de montar su caballo, va con su pequeña tropa al encuentro de los atacantes que ya han abandonado el escondrijo para lanzarse francos a la lucha. El choque arrolla a los indios; pero pronto un nuevo grupo viene en socorro de los vencidos y cuando ya es desbaratado y piensan Valdivia y sus soldados que tendrán descanso, llega un tercer refuerzo y después otro y otro.

Revientan los arcabuces y las picas y espadas no cesan en su actividad de muerte. Pero las manos comienzan a cansarse y la esperanza de la pronta llegada de Gómez de Almagro, que hasta ahora les ha sostenido el ánimo, está para perderse. Sólo se ven indios y más indios, que parecen brotar de la tierra con tremenda y demoníaca proliferancia. Los gritos salvajes dominan el aire y van sobrecogiendo la voluntad de los europeos. Hay sí uno que domina sobre todos, un timbre de voz que Valdivia reconocería entre miles; el de su caballerizo Lautaro. Hacía días que había desaparecido como por ensalmo y ahora estaba allí azuzando con vehemencia a los guerreros indígenas en su lengua dulce e incomprensible. Conque al abandono de Almagro había que sumar la traición de Lautaro. No es mucho lo que le queda por esperar en su favor y lo mejor será emprender la retirada sin demora. Va a un lado con los suyos, pero está allí un enorme parapeto de enemigos. Vuelve al extremo opuesto y el camino también está cerrado. Es demasiado tarde para huir. Un cerco irrompible los va estrechando y acabará en breve con ellos.

—“Caballeros ¿qué haremos?”, pregunta Valdivia, buscando una respuesta imposible.

—“¿Qué quiere Vuestra Señoría que hagamos, sino que peleemos y muramos?”, le responde el Capitán Altamirano.

Ya se le va apagando la vida que sin descanso ha estado puesta al servicio de la ambición nunca aquietada. En pocos momentos más los indios que le acorralan, caerán sobre él para cebarse en el goce de la venganza. Todo ha andado tan ligero y tan a medias en esta existencia que ahora termina. Nunca pudo gustar la gloria en su plenitud, porque una continua fatalidad buscaba de reducirla o empañarla. Cuántos años para salir de la turbamulta de aventureros y destacarse; cuántos para llegar a Gobernador de Chile y someter la tierra. Tierra que se le escurre con la fama y que no ha querido dejarse mirar en el último remate del Estrecho. Tierra que le robó el seso y la calma y que ahora le separará cuerpo de espíritu.

Algunos pasos más allá lucha todavía su joven sobrino del mismo nombre. También perecerá y así habrá muerto dos veces Pedro de Valdivia. Doña Marina no encontrará nada, ni un homónimo que le recuerde al marido fugaz, siempre ausente. ¿Dónde estará ella? ¿Habrá salido de España y atravesado el infierno antillano? Y ahora que pudo rehacer la vida de hogar por tanto tiempo cortada...

A dejarlo todo y a poner en manos de Dios la vergüenza de sus faltas. Inés Suárez, Pinel, ¡cuántos recuerdos!... Aún hay tiempo para coger la vida sin término. El Padre Pozo está a su lado y ya le absuelve... No habrá más angustias ni sobresaltos, sino una dulce esperanza de quietud, de paz... Un desaparecer para recobrar. Un rebrotar paradójico de la nada a la existencia. Porque, ya lo ha dicho su estirpe:

“LA MUERTE MENOS TEMIDA DA MAS VIDA”

BIBLIOGRAFIA

a) DOCUMENTOS

- CABILDO DE SANTIAGO — Actas del — ("Colección de Historiadores de Chile"; Santiago, 1861).
- CONQUISTA Y POBLACION DEL REINO DE CHILE — "Colección de documentos inéditos relativos a la — ("Memorial histórico español". T. IV, Madrid, 1852).
- LA GASCA — Relaciones que al Consejo de Indias hace sobre la campaña de pacificación del Perú, el Licenciado Pedro de — 7 de Mayo y 25 de Septiembre de 1548. ("Colección de documentos inéditos..." T. VIII, págs. 195 y 219).
- LA GASCA — Documentos relativos al Licenciado Pedro de — ("Colección de documentos inéditos para la historia de España", T. XLIX y L. Madrid, 1865).
- PINEL — Documentos sobre Juan — ("Colección de documentos inéditos para la historia de Chile". T. IX, pág. 187 y sgts.).
- VALDIVIA — Real Cédula autorizando a Fernán Núñez para que ande armado a causa de las asechanzas que tenía de parte de Pedro de — 20 de Octubre de 1541 ("Colección de documentos inéditos..." T. VIII, pág. 37 y sig.).
- VALDIVIA — Carta del Cabildo de Santiago al Rey sobre elección de Gobernador de Chile en la persona de Pedro de — 10 de Agosto de 1543. ("Colección de documentos inéditos..." T. VIII, pág. 69).
- VALDIVIA — Poder concedido a Juan Bautista Pastene para el viaje al Estrecho de Magallanes por Pedro de — 3 de Septiembre de 1544.— (Colección de documentos inéditos..." T. VIII, pág. 71).

- VALDIVIA — Carta del Cabildo de Santiago al Rey sobre el viaje que proyectaba al Perú, Pedro de — 8 de Diciembre de 1547. ("Colección de documentos inéditos...", T. VIII, pág. 151).
- VALDIVIA — Cartas del Licenciado Pedro de La Gasca al Consejo de Indias sobre acusaciones y procesos de Pedro de — 25 de Septiembre y 26 de Noviembre de 1548. ("Colección de documentos inéditos..." T. VIII, págs. 242 y 244).
- VALDIVIA — Información secreta levantada por el Licenciado La Gasca sobre la conducta de Pedro de — 22 de Octubre de 1548. ("Colección de documentos inéditos..." T. VIII, pág. 258).
- VALDIVIA — Proceso levantado por el Licenciado La Gasca a Pedro de — Octubre y Noviembre de 1548. ("Colección de documentos inéditos..." T. VIII, pág. 311; "Anales de la Universidad de Chile", 1873, pág. 266; "Documentos inéditos para la historia de España", T. XLIX, pág. 451).
- VALDIVIA — Cartas de Pedro de — (Sevilla, 1929).
- VILLAGRA — Proceso de Francisco de — ("Colección de documentos inéditos...", T. XX, XXI, XXII).

b) OBRAS

- ALEMPARTE (Julio) — "El Cabildo en Chile Colonial" (Santiago, 1940).
- AMUNATEGUI (Domingo) — "Las encomiendas de indígenas en Chile" (Santiago, 1909-1910).
- AMUNATEGUI (Miguel Luis) — "Descubrimiento y conquista de Chile" (Santiago, 1862).
- AGUADO (Pedro de) — "Historia de la Provincia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada".
- BARROS ARANA (Diego) — "Historia General de Chile" (Santiago, 1884-1902).
- BARROS ARANA (Diego) — "Pedro de Valdivia antes de venir a Chile" (Revista de Santiago, 1873).

- BARROS ARANA (Diego) — "Cómo obtuvo Valdivia el título de Gobernador". (Idem. 1873).
- BARROS ARANA (Diego) — "Los socios de Pedro de Valdivia" (Idem. 1873).
- BARROS ARANA (Diego) — "Inés Suárez y Doña Marina Ortiz de Gaete". (Idem).
- BARROS ARANA (Diego) — "Los compañeros de Pedro de Valdivia" (Idem).
- CARVALLO GOYENECHÉ (Vicente) — "Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile". ("Colección de Historiadores de Chile", T. IX y X. Santiago, 1875).
- CIEZA DE LEÓN (Pedro) — "Guerras civiles del Perú". (En "Colección de documentos inéditos para la historia de España", T. LXVIII. Madrid, 1877).
- CORDOBA Y FIGUEROA (Pedro de) — "Historia de Chile". ("Colección de historiadores de Chile", T. II, Santiago, 1862).
- CUNNINGHAME GRAHAM (R. B.) — "Pedro de Valdivia conqueror of Chile" (London, 1926).
- CHIAPPA (Victor M.) — "Anotaciones bibliográficas sobre Pedro de Valdivia". (Santiago, 1930).
- ENCINA (Francisco A.) — "Historia de Chile", T. I. (Santiago, 1941).
- ENRIQUEZ (Don Alonso) — "El libro de la vida y costumbres de..." — ("Colección de documentos inéditos para la historia de España", T. LXXV. Madrid, 1886).
- ERRAZURIZ (Crescente) — "Historia de Chile. Pedro de Valdivia". (Santiago, 1911 y 1912).
- ERRAZURIZ (Crescente) — "Los orígenes de la Iglesia chilena". (Santiago, 1873).
- ESPEJO (Juan Luis) — "Nobiliario de la antigua capitania general de Chile", T. I. (Santiago, 1917).
- EYZAGUIRRE (J. Ignacio Víctor de) — "Historia eclesiástica, política y literaria de Chile". (Valparaíso, 1850).
- FERNANDEZ (Diego) — "Historia del Perú". (Sevilla, 1571).
- FERNANDEZ DE BETHENCOURT (Francisco) — "Nobleza española". (Madrid, 1883).

- FERNANDEZ DE NAVARRETE (Martín) — "Biblioteca marítima española". (Madrid, 1851).
- FUENTES (Diego de) — "Historia del marqués de Pescara".
- GAY (Claudio) — "Historia física y política de Chile". (Paris, 1884).
- GARCIA VILLADA (Zacarías) — "La batalla de Pavía y sus resultados" (Madrid, 1925).
- GARCILASO DE LA VEGA (Inca) — "Comentarios reales de los Incas, reyes que fueron del Perú" — (Madrid, 1829).
- GOMEZ DE VIDAURRE (Felipe) — "Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile". ("Colección de historiadores de Chile", T. XIV y XV, Santiago, 1889).
- GONGORA MARMOLEJO (Alonso de) — "Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575". ("Colección de historiadores de Chile", T. II, Santiago, 1862).
- GUTIERREZ DE SANTA CLARA (Pedro) — "Historia de las guerras civiles del Perú y otros sucesos de las Indias". ("Colección de libros y documentos para la historia del Perú". T. II y III, Lima, 1914).
- HERRERA (Antonio de) — "Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano". (Madrid, 1615).
- INFORMACIONES SOBRE EL ANTIGUO PERU — ("Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú". T. III, 2.a serie; Lima, 1920).
- JEREZ Y PEDRO SANCHO (Francisco) — "Las relaciones de la conquista del Perú". ("Colección, ídem: T. V, Lima, 1917).
- LAFUENTE (Modesto) — "Historia General de España". (Barcelona, 1889).
- LIZARRAGA (Fray Reginaldo de) — "Descripción y población de las Indias". (Lima, 1908).
- LOPEZ DE GOMARA (Francisco) — "Historia General de las Indias". (Madrid, 1922).
- MARIÑO DE LOBERA (Pedro) — "Crónica del Reino de Chile". ("Colección de Historiadores de Chile", T. VI, Santiago, 1865).

- MEDINA (José Toribio) — "Colección de documentos inéditos para la historia de Chile".
- MEDINA (José Toribio) — "Diccionario biográfico colonial de Chile". (Santiago, 1906).
- MENA (Vicente) — "Comentarios a la vida de Pedro de Valdivia escrita por el Illmo. Sr. Antonio Miguel-Romero". (Madrid, 1929).
- MIGUEL-ROMERO Y GIL DE ZUÑIGA (Antonio) — "Vida de Pedro de Valdivia". (Madrid, 1928).
- MOLINA (Ignacio) — "Saggio sulla storia civile del Chili". (Bologna, 1787). (Edición castellana en "Colección de Historiadores de Chile", T. XXVI).
- OLIVARES (Miguel de) — "Historia militar, civil y sagrada de Chile". ("Colección de Historiadores de Chile". Santiago, 1864).
- OPAZO (Gustavo) — "Inés Suárez" ("Boletín de la Academia chilena de la Historia", N.º 16; Santiago, 1941).
- OVALLE (Alonso de) — "Histórica relación del reino de Chile" (Roma, 1646).
- PEDRO SIMON (Fray) — "Noticias historiales de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales". (Cuenca, 1626).
- ROA URZUA (Luis) — "La familia de don Pedro de Valdivia, Gobernador de Chile". (Sevilla, 1935).
- ROSALES (Abel) — "La cañadilla de Santiago". (Santiago, 1887).
- ROSALES (Abel) — "La casa de Pedro de Valdivia y la iglesia de la Vera-Cruz". ("El Ferrocarril"; Santiago, 1888).
- ROSALES (Diego de) — "Historia general del Reino de Chile, Flandes Indiano". (Valparaíso, 1877).
- RUIJULA Y OCHOTORENA (José) — "Los Valdivia". (Badajoz, 1929).
- RUIJULA Y OCHOTORENA y DEL SOLAR, Antonio (José de) — "Pedro de Valdivia, conquistador de Chile". (Badajoz, 1928).

- SANDOVAL (Prudencio de) — "Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V" (Amberes, 1681).
- SAYAGO (Carlos María) — "Historia de Copiapó". (Copiapó, 1874).
- SILVA LEZAETA (Luis) — "El conquistador Francisco de Aguirre". (Santiago, 1904).
- THAYER OJEDA (Tomás) — "Santiago durante el siglo XVI". (Santiago, 1905).
- THAYER OJEDA (Tomás) — "Las antiguas ciudades de Chile". (Santiago, 1911).
- THAYER OJEDA (Tomás) — "Los conquistadores de Chile". (Santiago, 1908, 10, 13).
- VALDIVIA — "La casa de Pedro de — (Anónimo — En "El Semanario de Santiago"; Santiago, 1842, T. I).
- VICUÑA MACKENNA (Benjamin) — "Historia de Santiago". (Santiago, 1869).
- VICUÑA MACKENNA (Benjamin) — "Relaciones históricas". (Santiago, 1874).
- VICUÑA MACKENNA (Benjamin) — "Las últimas campañas de Pedro de Valdivia". ("La Lectura"; Santiago, 1884).

c) ILUSTRACIONES

El retrato de Pedro de Valdivia colocado en la portada es el que publica Antonio de Herrera, Cronista de las Indias, en la Década Séptima de su célebre Historia, impresa en 1615, esto es sesenta y dos años después de muerto el conquistador de Chile. Es la efigie más antigua que se tiene de Valdivia y, como lo advierte con razón Medina en su "Diccionario biográfico colonial de Chile", se conforma con la descripción que de su físico hacen los contemporáneos.

Los retratos incluidos en el texto, de Alonso de Monroy, Francisco de Villagra, Juan Bautista Pastene y Jerónimo de Alderete, como también el conjunto ecuestre de Valdivia y sus acompañantes, son tomados de la "Histórica relación del reino de Chile", de Alonso de Ovalle, impresa en Roma en 1646.

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION CHILENA

SECCION CONTROL

Y

CATALOGACION

BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

	Pág.
Prólogo	9
Sangre y piedra	15
Por tierra del sol	29
En la huella de la Antípoda	51
La ciudad del Apóstol	75
Desdoblando horizontes	103
Entre espadas y sospechas	125
Estrategia y arte	157
"La muerte menos temida da más vida"	179
Bibliografía	191

Alonso de Ercilla, por Gerardo Seguel.
Balmaceda, político romántico, por Luis Enrique Délano.
De medio siglo, por Alejandro Silva de la Fuente.
Del presente y del pasado, por Eduardo Balmaceda Valdés.
Don Diego Portales, por Magdalena Petit.
Don Diego Portales, por Máximo Soto Hall.
El golpe de Estado de 1924, por Emilio Rodríguez Mendoza.
Entre dos siglos, por Iris.
Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, por Gerardo Seguel.
Historia de Chile, por Francisco Valdés Vergara.
Hombres e ideas de antaño y hogaño, por Ricardo Donoso.
Lastarria, el hombre solo, por Sady Zañartu.
La conquista de Chile, por Pedro de Valdivia.
La estrella sobre los mástiles por Emilio Rodríguez Mendoza.
La fronda aristocrática en Chile, por Alberto Edwards.
O'Higgins pintado por sí mismo.
Pedro de Oña, por Gerardo Seguel.
Pérez Rosales, por Emilio Rodríguez Mendoza.
Portales pintado por sí mismo.
Valdivia el fundador, por Luis Alberto Sánchez.
Xaviera Carrera Patria, por Sady Zañartu.
Y así vamos, por Carlos Sáez Morales.

Si no encuentra alguno de esos libros en su librería, pídale a

EDITORIAL ERCILLA, S. A.

Agustinas 1639

Casilla 2787

SANTIAGO DE CHILE

Ventura de Pedro de Valdivia, por Jaime Eyzaguirre.—Colección Contemporáneos.